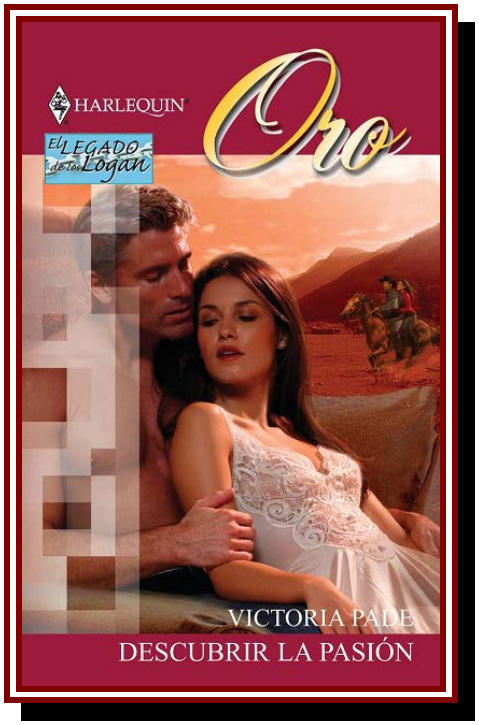
Descubrir la pasión

Victoria Pade

4º Serie Multiautor El Legado de los Logan



Descubrir La Pasión (11.10.2006)
Título Original: For Love and Family (2004)
Serie Multiautor: **4º El Legado de los Logan**
Editorial: Harlequín Ibérica.
Colección: **Oro 132**
Género: Contemporáneo.
Protagonistas: Hunter Coltrain y Terese Warwick

Argumento:

Él luchaba por salvar a su hijo, ella por encontrar su lugar en el mundo. Entre ambos se estableció un vínculo muy especial…

Cuando el viudo Hunter Coltrane se enteró de que su hijo adoptivo, Johnny sufría una extraña enfermedad de la sangre, se dispuso a encontrar a la familia biológica del pequeño. Su búsqueda pronto llegó a un callejón sin salida… hasta que conoció a Terese, una tímida mujer que llevó un soplo de esperanza a su maltrecho corazón.

Tierna y cariñosa, Terese Warwick había sufrido mucho por culpa de los hombres. Pero Hunter parecía diferente: era fuerte, amable y la hacía sentirse bella. Le encantaba sentir que formaba parte de aquella familia, pero… ¿podría curar las heridas del corazón de aquel hombre y conseguir que fuera capaz de volver a amar?

Capítulo 1

—No tengo tiempo para explicárselo, señor. Necesito hablar con Eve Warwick. Y sea como sea, voy a verla y voy a verla ahora.

Después de pasar diez minutos intentando razonar con el mayordomo de los Warwick, que le estaba impidiendo entrar en la mansión de la familia, Hunter Coltrane había llegado a los límites de la paciencia. Había agarrado al mayordomo por las solapas y le había acercado la cara a un centímetro de la nariz al sirviente.

Hunter se daba cuenta de que el mayordomo tenía el miedo reflejado en el rostro, pero en aquel momento, el miedo de aquel hombre no era nada comparado con el miedo que estaba sintiendo él mismo y estaba demasiado desesperado como para preocuparse de si lo estaba asustando. Si atemorizándolo conseguía lo que necesitaba, estaba dispuesto a aterrorizarlo.

—La señorita está a punto de marcharse y me despediría si permitiera que usted o cualquier otra persona le hiciera llegar tarde a su cita —le dijo el mayordomo con un susurro ahogado.

—Entonces, ¿qué le parece si me dice en qué habitación de este maldito mausoleo está ella y la voy a buscar yo mismo?

—¿Qué cree que está haciendo? —preguntó una voz femenina chirriante en aquel momento.

Sin apartar la mirada de la del mayordomo, Hunter reconoció a la persona que había hablado. Aquella voz era la de Eve Warwick. Apartó al sirviente de su camino y entró en el vestíbulo de la imponente residencia, que su esposa y él habían visitado en una sola ocasión, un poco más de cuatro años antes.

Eve Warwick estaba en lo más alto de una gran escalinata curva que llevaba al segundo piso de la mansión. Tenía aspecto de estar completamente indignada, pero Hunter estaba dispuesto a soportar lo que fuera con tal de conseguir lo que había ido a buscar. Intentó reprimir la cólera y la frustración que sentía para poder hablar civilizadamente.

—No sé si se acuerda de mí o no. Soy Hunter Coltrane —le dijo—. Mi mujer y yo adoptamos a su bebé.

—Sé quién es usted y no tiene nada que hacer aquí —declaró Eve Warwick despóticamente.

—Se equivoca. He venido por Johnny. Él…

—No me importa en absoluto el motivo por el que ha venido. Márchese ahora mismo —le ordenó ella.

Hunter hizo caso omiso de aquello.

—Johnny necesita su sangre —le dijo.

Pero ni siquiera aquello tuvo impacto en la mujer perfectamente arreglada, vestida con un traje rosa de alta costura. Su única respuesta fue mirar al mayordomo y decir:

—Pixley llame a seguridad.

—Por favor, escúcheme —le imploró Hunter—. Johnny está en el Hospital General de Portland, en la sala de urgencias y necesita su sangre. Usted sabe que el niño es del grupo AB negativo, el mismo que el suyo, que es muy poco común. Ayer hubo un accidente de autobús y una familia entera de ese grupo sanguíneo resultó herida. Ellos agotaron las reservas del banco de sangre del hospital. Pero Johnny necesita una transfusión rápidamente, así que usted tiene que venir conmigo al hospital rápidamente. ¡Ahora!

Hunter se dio cuenta de que tenía la voz temblorosa de preocupación por su hijo, pero no le importaba.

—Yo accedí a pasar por un proceso de adopción abierta a través de Children's Connection para asegurarme que el niño iba a una familia adecuada —respondió Eve—, no para que pudieran molestarme en cualquier momento después de la adopción. Por si no lo recuerda, usted firmó un acuerdo al respecto. Siento que su hijo esté enfermo, pero eso no tiene nada que ver conmigo. Así que, por favor, márchese.

Aquella mujer no lo lamentaba. Su voz tenía un tono frío, distante y completamente despreocupado.

—¿Es que no me ha entendido? —dijo Hunter, con la voz mucho más aguda de lo normal—. No estoy aquí para molestarla y en otras circunstancias me habría atenido al acuerdo y nunca habríamos vuelto a vernos. ¡Pero mi hijo está en peligro y necesita la transfusión inmediatamente!

Eve Warwick le lanzó una mirada dura y exigente al mayordomo, que estaba en el mismo sitio donde lo había dejado Hunter.

—¿Pixley? No puede llamar a seguridad, tal y como le he pedido que haga, si se queda ahí escuchando las conversaciones de los demás.

—Sí, señora —respondió el mayordomo, mientras se apresuraba a cumplir sus órdenes.

—Mire —dijo Hunter, intentando razonar con la mujer—, a mí tampoco me gusta estar aquí. Yo tampoco tenía la intención de que volviéramos a vernos. Pero mi hijo está en peligro y necesita su ayuda. Lo único que tiene que hacer es venir conmigo al hospital y donar sangre.

—No me gustan las agujas —respondió ella, alzando la barbilla—. Y tengo cita para que me hagan la manicura. Estoy segura de que usted, o el hospital, encontrarán a alguien que pueda ayudarlos. Después de todo, Portland, Oregón, no es el fin del mundo. Es muy probable que haya personas del grupo sanguíneo AB negativo.

—¡No hay tiempo para encontrar a otra persona! —gritó Hunter, completamente frustrado.

—Tendrá que haberlo, porque yo no estoy dispuesta a hacerlo y se acabó.

—No se acabó —bramó Hunter—. Aunque usted diera a Johnny en adopción… ¡Estamos hablando de su propia carne! ¡Eso tiene que significar algo para usted!

—Sólo significa que voy a llegar tarde a mi cita por su culpa. El niño es suyo. Él no es cosa mía.

Hunter y su difunta esposa habían conocido a Eve Warwick cuando habían ido a entrevistarse con ella después de solicitar la adopción del niño que ella iba a tener tres meses después. Y ninguno de los dos la tenía en buen concepto: parecía que el bebé era sólo algo de lo que tenía de deshacerse. Sin embargo, en aquel momento Hunter no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo era posible que aquella mujer le estuviera negando la sangre a un niño y sobre todo al niño al que ella misma había dado a luz?

—Por favor, venga conmigo al hospital —dijo Hunter. Pensó que, si ella quería que le rogara, estaba dispuesto a hacerlo. Haría cualquier cosa por su hijo.

Sin embargo, no surtió efecto.

—No.

—Eso no es una opción —replicó Hunter y se dirigió hacia la gran escalinata.

Si tenía que echarse a aquella mujer al hombro y llevarla al hospital a la fuerza, lo haría. No le importaban las consecuencias a las que tuviera que enfrentarse más tarde.

No había subido tan siquiera el primer escalón cuando aparecieron dos guardias de seguridad. Él lanzó un puñetazo, pero antes de que pudiera hacer algo más uno de los guardias lo agarró y le sujetó los brazos a la espalda para reducirlo.

—¿Eve? ¿Qué ocurre?

La voz femenina provenía de la puerta principal, que se había quedado abierta después de que Hunter entrara con tan pocos miramientos. Sin embargo, él no reconoció la voz. Tenía un tono agradable, pese a la sorpresa que denotaba.

—No pasa nada, Terese —dijo Eve Warwick—. Nada.

—A mí no me lo parece —insistió la otra mujer mientras el mayordomo volvía al vestíbulo y el guardia de seguridad al que había golpeado Hunter compartía la tarea de sujetarlo.

La otra mujer rodeó a Hunter y entonces él la miró. Lo que vio lo dejó confundido.

Al contrario que Eve Warwick, no llevaba un traje de diseñador, sino unos pantalones vaqueros y una sencilla blusa blanca con un jersey sobre los hombros. Tenía el pelo rojizo recogido cu una coleta y no llevaba maquillaje.

Su presencia hizo que Eve finalmente bajara las escaleras. Mientras descendía, iba dando su versión de los hechos.

—Este… individuo ha empujado a Pixley en la puerta y se ha colado en casa. Y yo voy a hacer que lo echen.

—¿Cómo puede hacer esto? —preguntó Hunter, con los dientes apretados de rabia.

—Puedo hacer lo que quiera —respondió la altanera mujer, sin mirarlo apenas.

La otra mujer le prestó más atención y lo miró directamente al hablarle.

—¿Cómo puede hacer qué?

Sin embargo, antes de que Hunter pudiera contestarle, pareció que el mayordomo se deleitaba haciéndolo él mismo.

—Este hombre quiere que la señorita Eve vaya al hospital con él para darle sangre a su hijo.

—El hijo al que ella misma trajo al mundo —añadió Hunter significativamente, mirando a la heredera mientras ella alzaba la mirada al cielo con irritación ante el anuncio.

—¿El bebé de Eve? —preguntó la otra mujer, como si todo hubiera cambiado de repente.

—Ya no es un bebé. Tiene cuatro años y está en peligro. Necesita urgentemente su sangre —dijo Hunter.

La mujer miró a Eve.

—¡Eve! ¿Y te has negado?

—¡Oh, por favor! Terese, déjame en paz. Este hombre está exaltado y…

—¿Exaltado? —preguntó Hunter con sarcasmo—. Por supuesto que lo estoy. Mi hijo está en la sala de urgencias del hospital y yo estoy aquí intentando conseguir algo que debería haber resuelto con una simple llamada telefónica… ¡Si usted hubiera respondido a alguna de las seis que le he hecho antes de venir!

La mujer a la que Eve había llamado Terese se volvió hacia Hunter. O más exactamente, hacia los guardias de seguridad que lo mantenían sujeto.

—Suelten a este hombre —les ordenó.

—Quería acercarse a mí —dijo Eve con petulancia.

—Bueno, ahora ya no tendrá necesidad, porque yo voy a ocuparme de esto —dijo Terese. Después se dirigió de nuevo a los guardias y les dijo, con más firmeza—: Lo digo en serio. Suéltenlo.

Hunter fue liberado después de la segunda orden, aunque los guardias permanecieron junto a él.

—Soy Terese Warwick, la hermana gemela de Eve —dijo ella.

Durante un momento, Hunter se quedó mirándola con sorpresa. Había cierto parecido entre las dos mujeres, pero no lo suficiente como para darse cuenta de que eran gemelas.

—Sé que no nos parecemos mucho. En realidad, somos mellizas —dijo Terese Warwick, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

—Yo soy Hunter Coltrane —respondió él, recuperándose de su sorpresa—. Mi mujer y yo adoptamos al hijo de su hermana.

—¿Y necesita sangre?

—Sí. Fue algo muy tonto. Tuvo una pequeña caída, nada fuera de lo corriente. Pero se dio un golpe en la nariz y comenzó a sangrar. Yo hice todo lo que pude por cortar la hemorragia, pero cuando me di cuenta de que no podía, lo llevé a urgencias. Los médicos tampoco consiguieron que dejara de sangrar y ahora están hablando de hemofilia. Mientras todo esto ocurría, el niño ha perdido mucha sangre y necesita una transfusión y su hermana es la solución más rápida.

—Pero ya sabes el miedo que me producen las agujas, Terese —dijo Eve a la defensiva, como si aquello fuera más importante que la salud del niño.

—Algunas veces, Eve, me asombras —respondió Terese.

—¡Oh ya lo sé! Tú eres mucho mejor que yo, ¿no? —replicó Eve con desprecio—. ¿Por qué entonces no lo haces tú, Terese? Si yo tuviera tu aspecto quizá también fuera tan bondadosa. Es lo único que tienes.

Terese no respondió a aquel comentario cortante. Volvió su atención hacia Hunter como si ya se hubiera dicho todo entre ellas dos.

—Está bien. Yo tengo el mismo tipo de sangre. Iré contigo al hospital y haré lo que necesites. Pase —dijo Terese.

Eran las nueve de la noche y alguien había llamado a la puerta de su habitación del hospital.

Después de haber donado casi un litro de sangre y de que los médicos responsables de la sala de urgencias se convencieran de que su nivel de azúcar había vuelto a la normalidad y de que podía mantenerse en pie sin desmayarse ni marearse, finalmente le habían dado el alta. Así que estaba sentada en una silla, esperando que su visitante fuera una enfermera con los formularios que tenía que rellenar para poder marcharse.

Sin embargo, no fue ninguna enfermera la que asomó la cabeza por la puerta, sino Hunter Coltrane.

—¿Estás visible? —le preguntó él, con la voz más rica y más profunda que Terese hubiera oído nunca.

—No he tenido que hacer nada más que remangarme —respondió ella, riéndose.

Una risita que fue casi infantil, por ninguna razón en particular, salvo porque se había pasado todo el tiempo desde que lo había conocido pensando en él. Preguntándose cosas sobre él.

—Pasa —repitió, intentando que su impaciencia por verlo no se le notara en la voz.

Hunter Coltrane aceptó la invitación, entró y cerró la puerta.

La habitación no era muy grande, pero ninguno de los médicos y las enfermeras que habían estado saliendo y entrando había llenado el espacio como lo hacía aquel hombre. Era una presencia imponente. Medía uno noventa, tenía los hombros anchos y musculosos, las piernas largas y unas caderas y una cintura estrechas. Tenía la mandíbula cuadrada y los labios llenos y los ojos del mismo color que el topacio de uno de los anillos que Terese había heredado de su abuela, ámbar con brillantes motas doradas. Llevaba el pelo, rubio oscuro, un poco largo y despeinado, pero cuando se pasó las manos por la cabeza se le ordenó en ligeras ondulaciones. Ciertamente, no tenía nada que ver con los hombres perfectamente peinados con los que ella se relacionaba en su círculo social.

—¿Cómo estás? —le preguntó él.

—Bien, gracias. He estado un poco débil y mareada, pero me han dado zumo y galletas y ahora estoy bien. Me han dado el alta.

—La enfermera me ha dicho que te marchabas, así que por eso he venido.

Parecía que aquello iba a ser un adiós rápido y Terese no quería que fuera así. No antes de enterarse de cómo estaba su sobrino. Así que dijo:

—Pero lo más importante es cómo está Johnny.

Si Hunter Coltrane había estado pensando en salir rápidamente de allí no se notó, porque pasó la pierna por encima del taburete que había usado el médico para reconocerla y se sentó frente a ella.

—Johnny está bien —respondió él en un tono aliviado—. Ya no sangra por la nariz. Y con la transfusión se siente mucho mejor. Lo van a mantener en observación durante cuarenta y ocho horas, para comprobar sus niveles de hemoglobina y asegurarse de que se estabiliza. Pero siempre y cuando no sangre, estará bien.

—¿Y durante esas cuarenta y ocho horas, van a averiguar si tiene hemofilia o no? —el trayecto hacia el hospital sólo había durando veinte minutos, pero Hunter le había explicado unas cuantas cosas durante el camino.

—Sí, tendrán los resultados antes de que le den el alta. Están bastante seguros de que la tiene, pero dicen que no hay que sentir pánico, sólo ser precavidos y saber cómo reaccionar en algunas ocasiones específicas. No es una enfermedad degenerativa, ni nada que le vaya a hacer enfermar ni a debilitarlo.

—En otras palabras, no es algo que quieras tener, pero podría haber sido peor.

—Exacto. Siento que no hayas podido verlo durante todo este tiempo. Las enfermeras me han dicho que lo has intentado, pero entre la hemorragia de la nariz y la transfusión, el pobre niño ha estado demasiado abrumado y no podía tener visitas.

—No pasa nada, lo entiendo —respondió Terese.

Sin embargo, eso no significaba que no se hubiera quedado desilusionada. Había tenido la esperanza de poder conocer a su sobrino. Un sobrino al que probablemente no tendría más oportunidad de conocer, aunque era algo que siempre había querido hacer.

—Me alegro de que esté bien —dijo.

—Yo me voy a quedar aquí con él, pero como ahora está dormido, pensé que podría llevarte a casa sin que me echara de menos. No quiero que tengas que volver a casa en taxi, ni que nadie tenga que venir a buscarte.

—¿Tu mujer no está aquí? —preguntó Terese. Sabía que al bebé de Eve lo había adoptado un matrimonio.

Los magníficos rasgos de Hunter reflejaron tensión nuevamente.

—Murió hace dos años —dijo suavemente.

—¡Oh! Lo siento muchísimo.

Él no ofreció más información sobre la muerte de su esposa y aunque Terese sentía curiosidad, no le preguntó nada.

Él continuó con lo que había estado diciendo antes de aquello.

—No quiero que tengas que volver a casa en taxi ni molestar a nadie para que venga a buscarte.

—No pasa nada. He llamado a casa y ya han enviado un coche. Pero gracias por pensar en mí.

La expresión del ranchero se relajó una vez más y soltó una carcajada seca.

—Soy yo el que tengo que darte las gracias. No sé cómo agradecerte que vinieras aquí e hicieras esto. Estoy en deuda contigo. Si hay algo que pueda hacer para compensarte…

Terese no respondió inmediatamente. Al cabo de unos segundos, dijo lentamente:

—Hay una cosa que sí me gustaría.

—Lo que quieras —dijo él.

—Verás… durante los tres días siguientes a que naciera Johnny y antes de que tú ganaras su custodia, mi hermana no quiso saber nada de él. Sin embargo yo detestaba la idea de que sólo lo cuidaran enfermeras y pasé mucho tiempo con él. Le di de comer, lo cambié y… —se le estaban llenando los ojos de lágrimas al recordar lo mucho que le había dolido aceptar que su hermana no iba a quedarse con el niño—. Bueno, el caso es que me enamoré de él. Después se fue y… Bueno yo siempre lamenté no poder estar en contacto con él, no poder saber qué tal estaba y qué hacía. Verlo crecer, aunque fuera a distancia…

La postura de Hunter Coltrane parecía más tensa que antes y Terese se apresuró a borrar cualquier duda que ella pudiera estar provocándole.

—Tengo completamente asumido que tú eres su padre y su familia. Por favor, nunca lo olvides. Sin embargo, me encantaría conocerlo. Bajo tus condiciones —añadió rápidamente—. Y él no tendría por qué saber que hay alguna relación entre nosotros si tú no quieres. Podrías decirle que soy una amiga, o la persona que le donó la sangre y dejarlo así.

Hunter no respondió. Parecía que lo estaba pensando cuidadosamente. O quizá sólo estuviera intentando encontrar alguna excusa para negarse.

—De veras yo no haría nada que pudiera ser malo para él y…

—Está bien —dijo entonces el ranchero, alzando una mano para detener la avalancha de argumentos que ella iba a empezar a darle.

—¿De verdad?

—De verdad. Si me dieras un minuto, te diría que no veo nada malo en el hecho de que Johnny te conozca.

—¿Y no lo dices sólo porque te sientes obligado, como si me debieras algo? Porque no es verdad. Yo no querría que hicieras nada que te inquietara. Sé que, algunas veces, la seguridad de un padre adoptivo puede ser…

—Yo no tengo ninguna inseguridad sobre el hecho de ser el padre de Johnny —le dijo Hunter, con una suave sonrisa que hizo que Terese se diera cuenta de lo cierto que era aquello—. Adoptado o no, él es mi hijo y eso no va a cambiar nunca. Creo que no quiero que vaya a tu casa, ni nada de eso, pero ¿que tú lo conozcas? Eso no es ningún problema para mí.

Terese no quería decirle que su hermana tampoco querría que el niño fuera a la casa, así que se limitó a asentir.

—No, yo tampoco creo que sea bueno para Johnny ir a la casa. Yo podría conocerlo aquí mismo, mientras está en el hospital, si no quieres que sepa dónde vivís, o…

—No estoy seguro de que sea una buena idea que lo veas en el hospital. Hay demasiados extraños y él ya está un poco intimidado por el hecho de estar aquí. Pero el lugar donde vivimos no es ningún secreto.

—Yo estoy dispuesta a hacerlo como tú quieras —dijo Terese.

El ranchero se quedó pensativo otro momento y ella se preocupó por si acaso estaba arrepintiéndose. De hecho, la pausa fue tan larga y él la observaba con tanta atención, que Terese comenzó a pensar que iba a decirle que no, después de todo.

—¿Sabes? Tengo una cabaña en el rancho. No es gran cosa, pero si quieres venir y pasar unos días con nosotros, podrás conocer a Johnny y estar con él en su propio territorio. ¿Qué te parece?

—Eso sería maravilloso —dijo ella.

—¿Puedes tomarte unos días libres en el trabajo…? ¿Trabajas?

—Sí. Doy clase de Psicología en la Universidad Estatal de Portland. Pero en este momento tengo un período sabático, así que tengo tiempo.

—Estupendo.

En aquel momento llegó la enfermera con los papeles que tenía que firmar Terese.

Hunter se puso en pie para cederle el taburete.

—Bien, ahora me quitaré de en medio para que puedas marcharte tranquilamente, pero te llamaré en cuanto tenga a Johnny en casa y podemos pensar en la fecha en la que vendrás al rancho.

—Estoy impaciente —respondió Terese, mientras él salía de la habitación.

Sin embargo, mientras se arreglaba el pelo con las manos, una imagen se le pasó por la cabeza, la imagen de Hunter Coltrane. La imagen de Hunter con ella…

—Eso sí que es un sueño —murmuró para sí misma.

Y nadie lo sabía mejor que ella.

Porque Hunter Coltrane era lo suficientemente guapo como para parar la circulación y ella sabía que no era la mujer que podría volverlo loco.

Del montón. Así era ella.

Su madrastra siempre lo había dicho y también Eve. Su hermana lo había mencionado aquella misma tarde. Era algo irrefutable que Terese Warwick era una mujer muy corriente.

Salió de la habitación del hospital diciéndose que debía estar contenta porque iba a conocer a su sobrino.

Y obligándose a quitarse de la cabeza la imagen del padre del niño.

Capítulo 2

—Eh… ¿Johnny? ¿Qué estás haciendo?

Era domingo por la noche y Hunter estaba esperando a que Terese llegara al rancho en cualquier momento. Él había tenido a su hijo de vuelta en casa desde el jueves anterior y después de mucho meditarlo, había cumplido su palabra y el viernes por la noche la había llamado para fijar la fecha en que Terese iría al rancho a conocer a Johnny.

Ella le había dicho que tenía que acudir a algunos eventos benéficos durante aquel fin de semana y le había preguntado si le parecía bien que llegara a las nueve de la noche. Hunter había accedido. Sin embargo, se estaba retrasando y como ya se había pasado la hora de que Johnny se acostara, Hunter había bañado al niño y le había puesto el pijama. Después, el pequeño había desaparecido en el piso de arriba durante un rato y en aquel momento acababa de volver al salón. Hunter se quedó sorprendido al ver el resultado de aquel viaje.

—Tú estás guapo y yo también quería estarlo —le dijo Johnny.

Su hijo se había dado cuenta de que él se había dado una segunda ducha y de que se había afeitado otra vez y de que llevaba unos pantalones de pinzas y una camisa en vez de los vaqueros y la camiseta que hubiera llevado, normalmente, en una noche de domingo.

—Ven aquí y déjame ver lo que has hecho —dijo Hunter, intentando no reírse.

Johnny había cumplido cuatro años el mes anterior y estaba empeñado en demostrar que era más independiente que antes. Sin embargo, a Hunter le parecía frágil y pequeño.

—¿Y eso te lo has hecho tú? —dijo Hunter,, observando cómo se había arreglado su hijo.

Johnny tenía el pelo rojizo y había conseguido, de alguna manera, ponérselo de punta. Hunter le rozó suavemente las puntas con la palma de la mano.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó con seriedad. No quería ofender a su hijo, que claramente estaba orgulloso de lo que había conseguido.

—Me enseñó mi amigo Mikey. Tienes que humedecerte el pelo y peinártelo con la pastilla de jabón hasta que se queda de punta. Después, dejas que se seque.

Aquello fue un alivio. Hunter se esperaba que su hijo hubiera utilizado pegamento.

—Es más moderno —le informó Johnny muy serio.

—Moderno —repitió Hunter—. Ya veo.

Después de aceptar el peinado por el momento, bajó la mirada para observar la cara de su hijo, sus mejillas regordetas y las pecas que tenía por la diminuta nariz.

—¿Y has vuelto a lavarte la cara después del baño? —le preguntó con sorpresa. Siempre requería una batalla que su hijo se lavara la cara una vez y mucho más dos.

—No me la he lavado. Sólo me he afeitado un poco —le dijo Johnny mientras se pasaba la mano por la suave piel de la barbilla.

—Debes de haber apretado mucho —comentó Hunter—. Tienes las mejillas enrojecidas. Has usado la maquinilla especial que te regalé, ¿verdad? Ahora es más importante que nunca que no toques la mía, ¿sabes?

—Lo sé. Porque la tuya tiene una cuchilla muy afilada y por la hemolilia que tengo.

Hunter había intentado enseñarle a que pronunciara la palabra hemofilia correctamente, pero era una batalla perdida.

—Eso es. ¿Y también te has puesto jabón en las cejas para peinártelas? —le preguntó Hunter, al darse cuenta de que sobre los ojos castaños de su hijo, el vello de las cejas apuntaba en todas las direcciones.

—No. Creo que deben de haberse puesto así mientras me secaba la cara de las gotas que me caían desde el pelo.

—¿Me dejas que lo arregle?

Johnny asintió. Entonces, Hunter se lamió ligeramente las yemas de los pulgares y le peinó las cejas a su hijo.

Después, miró su pijama de rodeo y los accesorios que había elegido Johnny.

—Ésa es una de mis mejores corbatas, ¿no?

—Sí. Quería estar guapo.

—Y lo estás —le aseguró Hunter. No pudo evitar que se le dibujara una sonrisa en los labios. Johnny se había anudado la corbata al cuello de la mejor manera que había podido y la prenda le colgaba hasta los pies—. Sólo que me parece que hoy no es una noche apropiada para llevar corbata. ¿No ves? Yo no llevo.

—Quizá debieras ponértela.

—No, no. Además, una corbata es algo demasiado arreglado para un pijama. Incluso aunque sea un pijama de rodeo.

—Pero estoy guapo —insistió Johnny.

—Sí, sí, lo estás. Pero yo creo que quizá nuestra visitante no haya venido tan arreglada y no queremos que se sienta mal, ¿no?

Johnny frunció el ceño y se miró la corbata.

—Podríamos decirle que no pasa nada porque no se haya arreglado.

—Quieres llevar la corbata, ¿verdad?

—Sí.

Hunter asintió. No tenía valor para decirle a Johnny que se la quitara, así que cambió de tema.

—Muy bien. Si ya estás preparado, puedes ayudarme a recoger tus juguetes del salón, para que no parezca que ha pasado un ciclón por allí.

Pareció que el hecho de haberse arreglado hizo que el niño fuera más dócil, porque no protestó ante la sugerencia, como hacía normalmente. En vez de eso, se puso a trabajar directamente.

—¿Y podrías explicarme otra vez quién es esa señora, papá? —le preguntó Johnny mientras recogía sus juguetes.

Hunter no había sabido cómo explicar quién era Terese Warwick. Johnny sabía que era adoptado. Hunter y su esposa habían decidido, cuando el niño todavía era un bebé, que tratarían el lema con total honestidad. A pesar de aquello, parecía que el niño aún no entendía muy bien el concepto. Siempre que hablaban de ello, parecía que Johnny sólo se preocupaba por saber si Hunter era su padre de verdad.

Hunter no había querido confundir a Johnny intentando explicarle que Terese Warwick era la hermana de su madre biológica, así que había decidido darle una descripción más sencilla, que le repitió en aquel momento.

—Es una amiga que te conoció cuando eras muy pequeño y es la persona que tiene el mismo tipo de sangre que tú, así que te dio un poco cuando estabas en el hospital.

—Cuando estaba sangrando por la hemolilia.

—Cuando te sangraba tanto la nariz por la hemofilia, sí.

—¿Es tu novia, como Mindy Harper quiere ser mi novia y besarme? —le preguntó Johnny con inocencia.

—¿Cuándo ha querido besarte Mindy Harper?

—La semana pasada, en el colegio. Cuando estábamos merendando galletas y yogur. Le dijo a Mikey que me quería y que quería besarme y yo dije que ¡puaj!

De nuevo, Hunter tuvo que reprimir una sonrisa.

—No, la señora que va a venir a quedarse con nosotros no es mi novia y no vamos a besarnos. Es sólo una amiga. Y en realidad, va a venir a verte a ti, más que a mí.

—¡Oh, no!—gritó Johnny de repente.

Como indicación de lo muy preocupado que todavía estaba Hunter por la salud de su hijo, aquella simple exclamación hizo que se pusiera tenso al instante y se diera la vuelta rápidamente para mirar a Johnny.

Sin embargo, el problema del niño era mucho menos preocupante de lo que había sido el de la semana anterior.

—¡Se me ha olvidado el peinado y me he puesto mi sombrero! —dijo Johnny mientras se lo quitaba—. ¡Tengo que arreglarlo! —exclamo, mientras se dirigía a toda prisa hacia las escaleras.

—No te pongas más jabón —le dijo Hunter—. Sólo un poco más de agua, si es necesario.

Hunter sacudió la cabeza y sonrió ante los caprichos de su hijo. Después, volvió a la tarea de ordenar el salón.

Sabía que no era el hecho de que Terese Warwick fuera a visitarlos lo que tenía tan emocionado a Johnny. El pequeño no la conocía, después de todo. Era tan sólo la novedad de que alguien fuera a quedarse con ellos.

Para Hunter, sin embargo, era una historia diferente. Para él era la mujer a la que estaba deseando ver de nuevo. Y aquello no le hacía nada feliz.

De hecho, querer verla de nuevo era lo que le había hecho remolonear a la hora de llamarla para arreglar aquella visita.

Desde la muerte de Margee, no había vuelto a experimentar el deseo de ver a otra mujer, pero con Terese Warwick aquello sí había sucedido. Y aquello le producía bastante inquietud. Y confusión. No podía dejar de preguntarse por qué precisamente ella.

Por supuesto, aquella mujer no tenía nada que ver con su hermana. Y quizá el problema fuera lo diferentes que eran.

Pese a toda su fortuna y al elevado círculo social al que pertenecía, Terese Warwick era una persona natural y cercana, muy distinta a su hermana, de una sofisticación artificial.

Y era aquella naturalidad lo que más atraía a Hunter. Él prefería la melena larga y espesa, brillante y limpia de pelo rojizo de Terese mucho antes que el pelo lleno de laca de Eve Warwick Prefería sus pecas difuminadas por su piel de porcelana delicada, que le conferían un matiz de picardía a su apariencia. Y por supuesto, prefería la nariz respingona de Terese mucho antes que la perfecta nariz de cirugía estética de su hermana.

Además, los ojos de Terese no necesitaban un exceso de maquillaje para brillar por sí mismos. Eran cálidos, chispeantes, de un azul vibrante, rodeados por espesas pestañas oscuras y Hunter prefería mirar aquellos ojos mucho antes que ver los ojos azules y fríos de bebé de Eve.

Oh, si le dieran a elegir, por supuesto que se decantaría por la belleza natural y fresca de Terese. Y cuando además, iba unida a aquel cuerpecito esbelto de pechos de tamaño perfecto…

—Ya está bien —murmuró para sí mismo, disgustado.

Sabía que no tenía derecho a pensar en los pechos de Terese Warwick, tal y como había estado haciendo durante los últimos días.

Sin embargo, aquella mujer tenía algo que sin haberlo advertido, le había llegado a lo más profundo. No era sólo su aspecto físico, sino que también parecía una mujer dulce, amable y generosa, pero no de una forma servil. Después de todo, le había plantado cara a su desagradable hermana, lo cual demostraba que tenía fuerza de carácter.

Y allí estaba él, pensó Hunter mientras terminaba de meter los juguetes en su baúl y apretaba la tapa para cerrarla. Se había duchado dos veces en un día, se había arreglado y tenía problemas para controlar su propia impaciencia ante la llegada de Terese Warwick. Y aquello no le hacía feliz.

¿Por qué?

Por el quién y por el cuándo.

La atracción que Hunter pudiera sentir hacia Terese Warwick no tenía importancia ante el hecho de que ella fuera la hermana de la madre biológica de Johnny. Y si aquella sombra no era suficiente, Hunter también sabía, que por muy natural y cercana que pareciera Terese, era una persona que vivía en un mundo totalmente distinto al suyo.

Además, tenía que pensar en el momento que estaba viviendo. Aquel momento era importante, tanto… que aunque Terese no fuera una Warwick, aunque fuera la mujer más asombrosa, bella, perfecta y maravillosa del mundo, él no podría hacer nada.

Porque en aquel momento no podía permitirse el lujo de tener a una mujer en su vida. En aquel momento debía dedicarse exclusivamente a Johnny.

Aquél era un juramento que se había hecho Hunter. Johnny era su prioridad. Quizá no lo fuera para siempre, porque él sabía que al final, su hijo estaría muy interesado en sus propios amigos y sus actividades y no querría que su padre estuviera siempre protegiéndolo. Pero por el momento, él era el centro del universo de Johnny y Hunter no podía ni debía tomarse aquello a la ligera. No permitiría que nadie distrajera.

Así que Terese Warwick, no podía tener más que una presencia superficial en sus vidas y asunto terminado.

Por todas esas razones, él no tenía por qué sentir ninguna impaciencia por verla. Ni tampoco debería sentirse emocionado ante su visita.

Sin embargo, allí estaban aquellos sentimientos.

Así que Hunter supuso que debía mantenerlos controlados, intentar reprimirlos. Y también tendría que asegurarse de que nada de aquello se notara.

Aquellos iban a ser los días de Johnny con Terese y los días de Terese con Johnny. Hunter se quedaría a un lado, observándolo todo. Aquél era su plan.

Pero ciertamente, se sentiría mucho mejor si todas aquellas emociones se desvanecieran y lo dejaran tranquilo.

Eran casi las nueve y media cuando Terese encontró por fin el arco de madera que proclamaba que aquellas tierras eran el rancho de Hunter Coltrane, el *Double Bar S*. Pasó bajo la entrada por un camino de gravilla. El camino estaba bordeado por una valla de madera pintada de blanco y más allá se extendían campos de hierba. Había unas cuantas vacas pastando perezosamente y observándola sin entusiasmo, esperaba que Hunter Coltrane no compartiera aquel sentimiento ante la perspectiva de tenerla allí.

Por fin, divisó la granja de dos pisos en medio de una vasta extensión de terreno. Tras ella se erguía un enorme establo blanco y un silo. La vivienda era una

casita pequeña pero muy bien cuidada, con contraventanas negras y un gran porche cubierto con una barandilla que lo hacía muy acogedor.

Terese se detuvo al final del camino, donde había un macizo de césped y una acera empedrada que conducía directamente hasta la casa.

Había una luz encendida en el porche para ella, que proporcionaba una suave luz dorada incluso cuando apagó el motor y los faros del coche. Salió del coche y se quedó unos instantes observando la casa y asimilando la idea de que su sobrino estaba allí dentro.

En aquellos primeros días de la vida de Johnny ella había llegado a adorar al bebé de su hermana. Lo había cuidado y había pasado horas con él dormido en los brazos.

Durante aquel proceso, había comenzado a albergar la esperanza de que su hermana cambiara de opinión acerca de dar el bebé en adopción. Pensó que podría convencer a Eve para que se lo quedara y de aquel modo, ella podría ser parte de su vida.

Sin embargo, no había conseguido que Eve cambiara de opinión. Ella no quería tener nada que ver con el bebé. No quería verlo ni abrazarlo. Ni siquiera quería saber que estaba vivo. Y por supuesto, no estaba dispuesta a quedárselo. Cuando Terese lo había aceptado, por fin, había empezado a pensar en una solución alternativa. Había decidido adoptar al bebé.

Eve puso el grito en el cielo cuando Terese se lo contó. Tuvieron la mayor discusión de su vida, que había terminado con la negativa rotunda de Eve a permitir que Terese se quedara con el bebé. Y después, para hacerlo aún más difícil para Terese, Eve había dispuesto que se le entregara el niño inmediatamente a los padres que ella había elegido. Terese no había tenido ni siquiera oportunidad de despedirse del bebé. Aquello le había destrozado el corazón. De hecho, había tardado mucho tiempo en superar el dolor y abandonar la esperanza de volver a verlo de nuevo.

Y entonces, un día se había encontrado a Hunter Coltrane en la misma puerta de su casa. Por supuesto, la situación no era la ideal. Ella no quería que un problema de salud fuera la causa por la que su sobrino hubiera vuelto a su vida. Sin embargo, así era como habían sucedido las cosas y en aquel momento, a unos instantes de volver a ver al niño de nuevo, le parecía que todo era demasiado bueno como para ser cierto.

Terese abrió el maletero y sacó su bolsa de viaje. No quería perder más tiempo. Quería conocer a su precioso sobrino. Y ver a su padre de nuevo. Pero Terese se apartó aquel pensamiento de Hunter de la cabeza rápidamente, tal y como había estado haciendo desde aquel día en que había tenido que ir al hospital. Hunter era muy guapo y lo suficientemente honesto como para haber cumplido la palabra que le había dado, pero aquella visita sólo consistía en conocer a su hijo. Y ella no podía permitirse el lujo de olvidar aquello.

Terese estaba decidida a no olvidar, tampoco, lo delicada que era la situación. Sabía que era una intrusa en las vidas del padre y del hijo y debía recordar, que pese

a que era pariente de sangre de Johnny no tenía ningún derecho sobre él. Sólo la generosidad de Hunter había hecho posible que lo conociera.

Así pues, la situación ya era lo suficientemente complicada como para que ella enredara más las cosas pensando en Hunter Coltrane como hombre.

Terese cerró el maletero y subió al porche. Antes de que pudiera llamar, la puerta se abrió y apareció el propio Hunter, más alto, más ancho de hombros y más guapo aún de lo que ella recordaba.

Terese reprimió aquella apreciación involuntaria y se recordó de nuevo que sólo se trataba de Johnny…

—Siento llegar tarde —dijo, a modo de saludo, mientras él abría la pantalla mosquitera de la puerta—. Soy la presidenta del comité que daba la cena de esta noche y no sabía cómo escaparme.

—No hay problema. El hombrecito está despierto todavía y deseando conocerte —dijo el ranchero con aquella voz rica y masculina con la que ella había soñado.

Y en aquel preciso instante, un niño pequeño comenzó a bajar las escaleras dando botes y comenzó a gritar tras Hunter:

—¿Es ella? ¿Es ella?

—¿Qué te he dicho sobre lo de bajar las escaleras más despacio y agarrarte a la barandilla para no caerte, Johnny? —le preguntó Hunter con severidad.

—Lo sé —dijo el niño refunfuñando, casi sin aliento—. ¿Pero es ella?

Hunter no respondió aún. Se volvió hacia Terese y le tomó la maleta de la mano.

—Espero que estés lista para esto —le dijo—. Pasa.

—Gracias —murmuró Terese mientras cruzaba el umbral y entraba en la casa por delante de él. Al hacerlo percibió un ligero aroma de loción de afeitar, que olía como un bosque de pinos.

El hombre le había estado bloqueando la visión del niño, pero una vez que entró en la casa, Johnny apareció justo frente a ella, moviéndose con nerviosismo.

—¡Soy Johnny! —proclamó orgullosamente, vestido con un pijama y una corbata.

Terese no tenía idea de lo que le había explicado su padre sobre ella, así que solamente dijo:

—Hola, Johnny. Yo soy Terese.

En aquel momento, sintió una combinación de emociones que hizo que se le humedecieran los ojos y al mismo tiempo, en sus labios se dibujó una enorme sonrisa.

«*Aquí está*», pensó, mientras él extendía el brazo para estrecharle la mano con solemnidad.

No podía ser más adorable. Tenía las mejillas rosadas, la cara pecosa y era pelirrojo. Se había hecho algo en el pelo para ponérselo de punta. Y en aquel instante, Terese volvió a enamorarse de él.

Tuvo muchas ganas de abrazarlo, pero supo que no podía hacerlo para no asustarlo. Probablemente, le estaba sujetando la mano más tiempo de lo que debía.

—Encantada de conocerte, Johnny —dijo y por fin lo soltó.

—¿Cuál era el trato que teníamos? —le preguntó entonces Hunter a su hijo.

—Yo puedo enseñarle la casa —respondió Johnny—, y después de un cuento corto, tengo que irme a dormir —recitó la respuesta de mala gana y Terese sonrió. Sobre todo, cuando Johnny añadió—: ¿Puede leerme el cuento nuestra visita?

—Nuestra visita es la señorita Warwick.

—¡Oh, no, por favor! —imploró ella—. Soy Terese.

—Está bien. No sé si Terese querrá leerte el cuento. Quizá quiera instalarse primero.

—Me encantaría leerte el cuento —respondió Terese.

—Le encantaría leerme el cuento —repitió Johnny y consiguió que Hunter se riera. Después, alzó la barbilla e hizo un gesto hacia la casa en general—. Muy bien. Entonces, vamos a enseñarle la casa.

El niño condujo a Terese desde el vestíbulo al salón.

—Aquí es donde jugamos y vemos la televisión —dijo Johnny—. Se supone que no podemos comer aquí porque una vez tiré un vaso de zumo sobre el sofá y tuvimos que darle la vuelta al cojín para que nadie se diera cuenta.

—Johnny… —refunfuñó Hunter, tras ellos.

Pero Terese se rió de nuevo, por el hecho de que el niño desvelara secretos y por el azoramiento del padre.

—Uno nunca se daría cuenta —dijo Terese, observando el sofá gris.

—La cocina está por aquí —dijo Johnny dirigiéndola hacia un arco que se abría a la derecha del salón.

La cocina era muy espaciosa, llena de armarios blancos y con una gran mesa de mármol blanco y cuatro sillas.

—Aquí es donde comemos, en Navidad y todo. Mi amigo Mikey tiene una habitación en la que comen en Navidad, pero nosotros no.

—Eso significa que no tenemos comedor —le tradujo Hunter desde la entrada de la cocina.

—Ah —dijo Terese.

—Ésta es la habitación del barro —le dijo Johnny señalando un espacio mucho más pequeño que estaba fuera de la cocina. Allí había una lavadora y una secadora, una fila de perchas fijas a la pared y un banco—. Mi papá dice que se llama así

porque yo siempre entro lleno de barro y tengo que quitarme las botas antes de entrar en la casa y dejar las huellas.

—Buena idea —comentó Terese.

—Así que si tú te manchas de barro los zapatos, puedes hacer lo mismo.

—Lo tendré en cuenta.

—Ahora ya podemos ir arriba —anunció Johnny.

Terese lo siguió de nuevo al salón y le lanzó una ligera sonrisa a Hunter al mirar hacia atrás, para ver si él los acompañaba. Sin embargo, él no vio la sonrisa porque tenía la vista baja. De hecho, a ella le pareció que le estaba mirando el trasero.

¿Le había estado mirando el trasero Hunter Coltrane?

Pensó que debía de estar confundida. Sin embargo, no pudo evitar sentir cierto calor. Un calor al que intentó no prestar atención.

Subieron por las escaleras que Johnny había bajado corriendo y llegaron al segundo piso.

—El baño está por ahí. Hay que llamar siempre antes de entrar —le aconsejó Johnny. Después, señaló otra puerta con un dedo—. Aquélla es la habitación de invitados, para cuando alguien se queda a dormir pero no se queda en la cabaña —dijo y movió el dedo ligeramente—. Aquélla es la habitación de mi papá —añadió y volvió a mover el dedo—. ¡Y aquélla es la mía!

Terese no pudo ver la habitación de invitados porque la puerta estaba cerrada, pero alcanzó a ver un armario antiguo y una enorme cama con una colcha marrón en el cuarto que Johnny había dicho que pertenecía a su padre.

Sin embargo, no pudo ver nada más porque su sobrino entró en su propio cuarto, con la clara intención de que ella lo siguiera.

—Vamos, te daré un libro para que me leas un cuento.

Terese entró en la habitación, que estaba llena de juguetes, pero al hacerlo, miró a Hunter.

—¿Estás seguro de que no te importa que se lo lea yo? —le preguntó. Quería asegurarse de que no estaba traspasando ningún límite.

—Claro que no —le dijo él y después se dirigió a su hijo—. Johnny tienes que quitarte la corbata para dormir.

El pequeño obedeció sin rechistar, le dio la corbata a su padre y después se situó a un lado de la cama para que Terese pudiera sentarse a su lado en el colchón.

—Huevos verdes y jamón —dijo Johnny mientras le entregaba el libro que había elegido—. Mi padre está harto de este libro, pero a lo mejor tú no.

—Creo que no lo he leído, así que para mí será un placer.

Leer un cuento a su sobrino era todo un placer, pero el libro tenía muy poco que ver. Tan sólo el hecho de estar allí sentada con él, participando en su ritual al

acostarse, era algo mucho más especial para ella de lo que el niño ni su padre podrían imaginarse.

Lamentó llegar a la última página.

Mientras cerraba el libro, Johnny se deslizó bajo las sábanas y dijo:

—Vas a estar aquí mañana, ¿verdad?

—Claro que sí— respondió Terese.

—Tenemos que trabajar en el rancho, pero te voy a enseñar el establo y el gato del establo y todo lo que hay fuera, que no te he podido enseñar porque está oscuro.

—Eso me encantaría.

También le habría encantado inclinarse sobre él y darle un beso de buenas noches en la frente, pero se resistió.

—Bueno, entonces, hasta mañana —le dijo, e intercambió su sitio con el de Hunter, que se había quedado en la puerta, para que él tapara a Johnny y le diera el beso que ella no había podido darle.

—Que duermas bien, hijo —le dijo Hunter con cariño.

—Tú también —respondió Johnny con la voz somnolienta.

Hunter apagó la lámpara de la mesilla y después se unió a Terese en la puerta. Cuando bajaron las escaleras, él le dijo:

—Bueno, pues ése es nuestro chico.

«*Nuestro chico*». Aquella forma de decirlo agradó a Terese.

—No estaba segura de si él sabía quién era yo —le dijo entonces, recordando cómo la había presentado a su sobrino.

—No le di los detalles —respondió Hunter. Después le explicó lo que le había dicho a Johnny sobre ella.

A Terese no le importó que su sobrino pensara que sólo era una amiga de la familia y se lo dijo a Hunter. De aquella manera, el niño no sentiría confusión.

—Claro —convino él—. Así, simplemente, se sentirá contento por la compañía.

Parecía que ya no quedaba más que decir con respecto a aquel tema, así que Terese se sintió con valor para hacer otra pregunta que estaba ansiosa por formular.

—¿Y cuál ha sido el resultado de los análisis de sangre? ¿Tiene hemofilia?

Hunter asintió.

—Eso me temo. Pero ahora que lo sabemos, podemos enfrentarnos a ello.

—Por eso no querías que corriera por las escaleras —dijo Terese.

—Sí. Seguramente, estoy siendo demasiado cauteloso, porque me asusté mucho con lo que ocurrió la semana pasada. Sin embargo, Johnny tiene que tener más cuidado que los demás niños ya que es muy fácil que empiece a sangrar descontroladamente si se hace cualquier herida.

—Bueno, al menos ahora sabes dónde puedes recargar— bromeó Terese.

Hunter había estado muy callado desde que ella había llegado, pero aquel comentario hizo que sonriera. Y aquella sonrisa cálida suavizó sus rasgos y le provocó a Terese un hormigueo en el estómago.

En aquel momento, Hunter le hizo un gesto con la cabeza hacia la cocina.

—¿Te apetece beber o comer algo? ¿O quieres que te enseñe la cabaña?

—No, gracias, no me apetece tomar nada. Si quieres, enséñame la cabaña.

Él asintió, tomó la maleta de Terese y la guió hacia la puerta trasera.

El terreno estaba dividido en una parte de tierra, un corral vallado justo enfrente del establo y un jardín pequeño, con césped. Había un columpio colgado de una de las ramas de un roble, un pequeño patio con una parrilla, varios juguetes por aquí y por allí y a unos cuantos metros de la casa había una cabaña de madera.

—La cabaña fue la primera vivienda que hubo aquí —le dijo Hunter mientras la acompañaba—. El padre de mi tatarabuelo la construyó cuando compró la finca y vivió aquí con su esposa y sus tres hijos. Ahora tiene electricidad y agua, claro, pero aparte de eso, se conserva casi igual que en el pasado. Me temo que no es nada a lo que tú estés acostumbrada.

La puerta no estaba cerrada con llave. Terese entró primero y Hunter la siguió unos pasos, lo suficiente para dejar la maleta en el suelo.

Ciertamente, el interior era tan rústico como el exterior. Las paredes eran de troncos y enfoscado y tenía un solo ambiente. Era suficiente para una persona, pero Terese no se imaginaba cómo habían podido vivir cinco en aquella casita.

Había una cama doble, una cómoda, una mecedora y una televisión, una mesita con dos sillas y una estufa de hierro negra que seguramente era la única fuente de calor.

—Es rústica, pero muy agradable —dijo Terese, de corazón.

—El baño está detrás de aquella puerta —dijo él—. Tienes algunas tazas y té, cacao y café soluble en ese armario. Puedes calentar el agua en ese microondas, pero no hay cocina. Yo dejaré la puerta de la habitación del barro abierta, para que puedas entrar en casa siempre que quieras comer algo en mitad de la noche. El resto de las comidas las haremos juntos.

—Normalmente no bajo nunca a comer a la cocina a medianoche.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo. De todas formas, normalmente desayunamos a las ocho, aunque yo me levanto mucho antes a trabajar, así que no te asustes si oyes ruidos de madrugada. Johnny duerme hasta más tarde.

—¿Te levantas a la madrugada? ¿De verdad?

—Es el horario de un ranchero. No es tan malo, al final te acostumbras —le dijo Hunter—. Bueno, ¿hay algo más que pueda hacer por ti? ¿Necesitas algo?

—No, muchas gracias.

—Bueno, entonces…

Hunter salió de la cabaña y Terese lo siguió hasta la puerta.

—Me gustaría decirte lo mucho que te agradezco todo esto —le dijo—. Al ver que no me llamabas hasta el viernes, pensé que te habías arrepentido.

—Reflexioné bastante antes de llamar —admitió él.

—Pero de todas formas, me has permitido venir.

—Sí, porque creo que todo saldrá bien.

—Yo haré todo lo que pueda. Sé que esto no es algo que hayas deseado con todas tus fuerzas.

—No estés demasiado segura —dijo él, más para sí mismo que para ella.

Terese no supo a qué se refería, pero no se atrevió a preguntarlo. Y como él no le dio ninguna explicación, ella continuó hablando.

—Tendré mucho cuidado en no traspasar ningún límite. No me he hecho la ilusión de que pasaré a formar parte de tu familia y sé perfectamente que Johnny es tu hijo.

—Te lo agradezco —le dijo Hunter, mirándola a los ojos.

—Él es un niño estupendo.

—Sí, lo es. Pero es muy revoltoso, por si no te habías dado cuenta.

—Claro que sí —respondió Terese con una sonrisa—. Eso también me gusta mucho.

—A mí también —le dijo Hunter, a modo de confidencia.

Al escuchar aquella confidencia, Terese tuvo la sensación de que se había derrumbado un muro entre ellos. Y se alegró.

Sin embargo, como resultado, su mente comenzó a vagar y comparó aquel momento con Hunter en la puerta con el final de una cita.

—Entonces, nos vemos mañana a la hora del desayuno —le dijo él, después de un momento.

—Muy bien. Me gustaría contribuir en las tareas, para que tú no tengas que cocinar para mí —dijo Terese.

—Yo voy a cocinar de una manera u otra. Pero quizá tú puedas hacer algún turno —le sugirió él, con una nota de picardía en la voz.

Terese supuso lo que él estaba pensando.

—Crees que no sé cocinar, ¿verdad?

Él se encogió de hombros ligeramente y arqueó una ceja.

—¿Sabes?

—Espera y verás.

Parecía que ella estaba coqueteando. ¿Qué estaba haciendo, por Dios?

—Quizá, quizá —replicó él y a menos que Terese se hubiera equivocado, también había un tono de coqueteo en su voz.

Pero entonces, pareció que él se contuvo, porque dio un paso hacia atrás y se alejó aún más de la cabaña.

—Bueno, te dejo para que te instales.

Terese asintió.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondió él. Después se dio la vuelta y se encaminó hacia la casa.

Terese se quedó observándolo, luchando con las imágenes que no dejaban de pasar por su cerebro, como si aquello fuera el final de una cita.

El final de una cita, cuando habría sido posible que se besaran…

¿Un beso de Hunter?

Incluso pensar en aquello estaba fuera de aquellos límites que ella acababa de decirle que no iba a traspasar.

Pero, fuera de los límites o no, aquello era exactamente lo que estaba pensando cuando por fin cerró la puerta de la cabaña.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, después de ducharse, arreglarse y ponerse unos vaqueros y un jersey rojo de cuello alto, Terese salió de la cabaña.

No podía dejar de pensar en el final de la noche anterior y cada vez que lo hacía, sentía impaciencia por ver a Hunter.

Así que, mientras caminaba por el sendero de ladrillo hacia la casa, se recordó una vez más que aquella visita era tan sólo la oportunidad perfecta para conocer a Johnny. Hunter no debía ser más que algo secundario en aquel proceso.

Sin embargo, secundario o no, cuando Terese llamó a la puerta trasera y abrió una mujer de su edad, sintió una punzada desagradable en el estómago.

—Tú debes de ser Terese —dijo la mujer afectuosamente mientras abría la puerta de par en par y le cedía el paso, como si estuviera en su propia casa—. Yo soy Carla.

Carla.

¿Quién era Carla?

—Hola —respondió Terese.

Mientras entraba a la casa, el mecanismo de su cerebro trabajaba febrilmente por responder las preguntas sobre quién era Carla y sobre por qué estaba allí. La noche anterior, había parecido que Hunter quería terminar la velada en cuanto Johnny se había acostado. ¿Se suponía que Carla tenía que llegar después para quedarse a pasar la noche allí?

Terese se dijo que nada de aquello era asunto suyo. Hunter Coltrane era un hombre adulto y sano y podía tener compañía femenina siempre que quisiera. Después de todo, era soltero y estaba disponible.

También se dijo que no había ninguna razón por la que de repente tuviera que sentirse tan azorada por estar allí, porque no había cambiado nada sobre su visita sólo por el hecho de que Carla estuviera allí.

Sin embargo, se sentía terriblemente azorada.

—Buenos días —gritó Hunter desde la cocina.

A Terese le habría gustado darse la vuelta y salir corriendo hacia la cabaña a esconderse hasta que hubiera recuperado la compostura. Como no podía hacerlo, sonrió forzadamente y siguió a Carla a la cocina.

—Buenos días —respondió para devolverle el saludo a Hunter, deseando poder mimetizarse con el papel de la pared.

—No tienes que llamar a la puerta —le dijo él—. Sólo tienes que entrar cuando quieras.

Terese asintió mientras buscaba a Johnny con la mirada por la enorme cocina. Pero el niño no estaba allí. Sólo estaban Hunter, poniendo los platos del desayuno sobre la mesa y Carla, que se había acercado a la cafetera.

—¿Te sirvo una taza? —le preguntó a Terese, como si estuviera en su cocina.

—Sí, gracias —respondió Terese con cierta rigidez. Disimuladamente, observó a la mujer. Era de su edad, morena con los ojos oscuros, un cutis perfecto y muy guapa.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó Hunter. Parecía que no iba a explicarle quién era Carla ni qué hacía allí.

—Muy bien. Es la cama más cómoda en la que he dormido en la vida.

—Me alegro de oírlo —respondió Hunter.

—¿Dónde está Johnny? —le preguntó ella entonces, con la esperanza de que se sentiría más cómoda si aparecía su sobrino.

Carla respondió a su pregunta mientras le tendía la taza de café, asomando la cabeza hacia el vestíbulo y gritando al niño para que bajara como si fuera algo que hacía normalmente.

—Ahora mismo bajará —le dijo a Terese—. El azúcar y la leche están sobre la mesa.

Aquello era una tontería, se dijo Terese mientras se llevaba la taza a la mesa. Ella no había ido allí por Hunter Coltrane. Había ido por Johnny. Así pues, ¿por qué tenía que preocuparle que Hunter tuviera novia, o alguien especial a su lado, o lo que fuera Carla para él? ¿Por qué se sentía tan incómoda? ¿Tan rara? ¿Tan…?

¿Tan celosa? ¿Se estaba sintiendo celosa? No era posible…

De repente se abrió la puerta trasera de la cocina y entró un hombre alto con el pelo negro y un poblado bigote.

—¿Dónde está mi café, mujer? —le preguntó bromeando a Carla mientras le rodeaba la cintura con un brazo y la atraía hacia él.

—Te lo estoy sirviendo ahora mismo. Pórtate bien —le dijo Carla, señalando a Terese con un gesto de la cabeza—. Te presento a Terese. Terese, éste es mi Willy.

—Willy trabaja conmigo en el rancho —le explicó entonces Hunter—. Carla viene cuando tiene tiempo y nos ayuda con la casa.

Terese nunca había sentido un alivio tan grande como el que sintió al oír aquellas palabras.

—John Paul Coltrane, baja ahora mismo —dijo Hunter, con una voz estentórea, mientras ponía sobre la mesa un plato lleno de huevos revueltos, beicon y salchichas.

—Está haciéndose algo en el pelo para estar guapo para Terese —dijo Carla.

Hunter hizo un gesto de resignación.

—No estará poniéndose el pelo de punta con jabón otra vez, ¿no?

—Eso creo.

—Ayer también lo hizo.

—Bueno, voy a subir a limpiar el baño y lo mandaré a la cocina —dijo Carla. Después, mientras salía, añadió—: Si no vuelvo a verte antes de irme, encantada de conocerte, Terese.

—Lo mismo digo —respondió Terese, con mucho más entusiasmo que al principio, al haberse enterado de que Carla no era la novia de Hunter.

—Yo también me voy. Me llevo el café al establo —dijo Willy y salió de la cocina.

De repente, el torbellino en el que había entrado Terese se calmó y ella se encontró a solas con Hunter.

Y mucho más feliz de lo que había estado unos instantes antes.

Hunter le hizo un gesto para que se sentara en una de las sillas de la cocina.

—Será mejor que empecemos antes de que el desayuno se quede frío —le dijo.

Cuando los dos estuvieron sentados a la mesa, comenzaron a comer.

—¿Así que Willy y Carla están casados? —se oyó preguntar Terese, antes de pararse a pensar si no estaba siendo entrometida.

Pero si Hunter pensó que lo estaba siendo, no se lo demostró. Respondió a su pregunta despreocupadamente.

—Llevan casados mucho tiempo, desde que terminamos el instituto. Yo fui el padrino de bodas de Willy y ellos fueron el padrino y la madrina en la mía.

—Debéis de ser muy buenos amigos —dijo Terese.

—Willy es más que un buen amigo —la corrigió Hunter—. Estoy mucho más unido a él que a mi hermano. Trabajamos juntos todos los días y pasamos mucho de nuestro tiempo libre juntos. Tenemos un barco entre los dos. Pescamos y cazamos y vemos juntos los partidos de televisión. Es el padrino de Johnny. Yo le daría hasta la camisa si la necesitara y sé que él haría lo mismo por mí. Y Carla… bueno, Carla era la mejor amiga de mi mujer y es la madrina de Johnny. No sé que habríamos hecho Johnny y yo sin ellos durante los dos últimos años.

Aquello dejó a Terese sintiéndose completamente ridícula acerca de la conclusión a la que había llegado sobre la relación de Hunter con aquella mujer.

¿En qué había estado pensando?

Decidió que no volvería a cometer un error semejante y que lo mejor era olvidarlo.

—Yo nunca he tenido unos amigos así —admitió—. Ni siquiera podría decir lo mismo de Eve.

—No creo que haya mucha gente tan afortunada como para tener unos amigos como Carla y Willy.

En aquel momento, Johnny llegó corriendo a la cocina y puso fin a la conversación al sentarse en la mesa entre Terese y su padre.

—¿Huevos? —dijo en tono quejumbroso.

—Huevos —confirmó Hunter.

Johnny puso cara de repugnancia, pero su padre ya estaba preparado y le puso ketchup a los huevos revueltos antes de que su hijo pudiera seguir protestando.

Johnny se había colocado el pelo de punta de nuevo, como la noche anterior, pero no se había puesto una corbata, sino una camisa de franela, unos pantalones vaqueros y unas botas de vaquero en miniatura.

Y mientras se tomaba el desayuno, comenzó a explicarle a Terese todo lo que iban a hacer juntos aquel día. Entonces, a ella le pareció que todo iba perfectamente de nuevo.

Sabía que seguramente aquél era un sentimiento contra el que debía luchar. Sin embargo, se quedó allí sentada y se limitó a disfrutar del momento.

Johnny no tuvo ningún problema en ocupar todo el día de Terese. Mientras Hunter y Willy reparaban el motor del tractor, el pequeño se dedicó a enseñarle todo lo que sabía de los animales y de su cuidado y le explicó todas las tareas que realizaba por sí mismo.

Era el responsable de dar de comer a las gallinas, de recoger los huevos, de darle la avena a los caballos y de asegurarse de que había agua en los abrevaderos. Tenía un pony propio, que él mismo alimentaba, cepillaba y ejercitaba con gran orgullo. Y hacía pequeños recados para Willy y para su padre.

Al haber pasado la infancia mimada y atendida por niñeras y criadas, al principio Terese encontró un poco duro que Johnny no pudiera disfrutar durante todo el tiempo de los juegos de un niño de cuatro años. Sin embargo, a medida que pasaba el día, vio que al niño le gustaba ayudar, que le proporcionaba un fuerte sentido de sí mismo y de sus capacidades y Terese aprendió que aquello tenía muchos méritos.

Además, Johnny también tenía tiempo para jugar durante muchos ratos. El niño tuvo oportunidad de enseñarle cómo luchaba con la espada y las maderas de las vallas del corral y de mostrarle todos los camiones con los que hacía carreras y choques por las colinas del terreno.

Terese disfrutó y se rió con Johnny durante todo el tiempo que pasaban juntos. Sin embargo, el interés que sentía por todo lo relacionado con su sobrino no consiguió que dejara de sentirse atraída por otra visión una y otra vez contra su voluntad.

Y aquella visión era Hunter trabajando.

Hunter inclinado junto al motor del tractor, con el trasero bien elevado ante la vista.

Hunter levantando una bala de heno, poniendo en marcha todos los músculos de los brazos.

Hunter echándose un par de correas de cuero sobre los hombros.

Hunter estirando la espalda, arqueado hacia atrás, con la mandíbula marcada apuntando al cielo.

Hunter pasándose los dedos por el cabello rubio.

Hunter caminando por el corral de los caballos con un paso tan seguro que casi era de arrogancia.

Incluso la sencilla visión de Hunter limpiándose la grasa del motor de las manos fascinaba a Terese y había conseguido que lo mirara casi en estado de trance hasta que Johnny la había sacado de su ensimismamiento llamándola.

Claramente, merecía la pena mirar a aquel hombre, pero eso no significaba que ella tuviera que mirarlo.

Sin embargo, antes de que se diera cuenta, la vista se le iba de nuevo hacia él, como si tuviera vida propia.

Al final del día, Terese estaba frustrada consigo misma por su falta de control. Frustrada y disgustada.

—Parece que nunca has visto a un hombre guapo —le dijo a su imagen en el espejo mientras terminaba de arreglarse para cenar.

Nunca en su vida se había sentido tan atraída por un hombre y aquello hacía que se sintiera incómoda. Por no mencionar que todo le parecía de lo más extraño…

Cuando llegó a la casa, Terese hizo lo que le había dicho Hunter aquella mañana y entró por la puerta trasera sin llamar.

—Hola ya he vuelto —dijo al entrar.

Johnny y Hunter estaban allí. Hunter estaba sentado en una de las sillas, poniéndose una bota y Johnny estaba arrodillado en el asiento de otra silla.

—Tú quieres, ¿verdad, Terese? —le dijo Johnny en vez de devolverle el saludo.

Parecía que estaba intentando convencer de algo a su padre y acababa de incluirla en el proceso.

—No sé si quiero o no, porque no sé de qué estamos hablando —le dijo a su sobrino.

—No estoy seguro de cómo ha salido este tema —dijo Hunter—, pero tengo entendido que nunca has comido malvaviscos asados en una hoguera.

Aquello la dejó confundida.

—Yo no estoy segura de cómo ha salido la mayoría de los temas de hoy —confesó ella—, pero no, nunca he comido malvaviscos asados.

—Y por eso —intervino Johnny—, tenemos que hacer un picnic nocturno con una hoguera, para poder asar los malvaviscos y que Terese los pruebe.

—Y también para que Johnny pueda comérselos —añadió Hunter irónicamente.

Un picnic nocturno. Eso era lo que quería el niño.

—Tú también quieres, ¿verdad, Terese? —repitió Johnny.

—Eso tiene que decirlo tu papá —respondió ella. No quería apoyar a Johnny si iba a causar un problema.

—Será muy divertido… como una acampada… —insistió Johnny intentando persuadir a su padre—. Podemos ir a la laguna, hacer un fuego y comer perritos calientes, alubias y malvaviscos…

—Lo tienes todo planeado, ¿verdad? —le preguntó su padre.

Johnny se encogió de hombros inocentemente.

Hunter clavó su mirada en Terese.

—Bueno, Terese —dijo, imitando el tono de voz de su hijo—. ¿Qué dices? ¿Te apetece?

—Claro, ¿por qué no? —respondió Terese, encantada.

—Entonces, supongo que eso es lo que vamos a hacer. ¿Has traído un chaquetón abrigado?

—No, sólo una cazadora fina. Ha hecho mucho calor últimamente, pese a que estemos a finales de octubre.

—No creo que eso sea suficiente —respondió él—. Te dejaré algo mío.

—Entonces, ¿vamos a ir? —preguntó Johnny con entusiasmo.

—Sí —le dijo Hunter—. Pero tú también tienes que abrigarte. Quiero que te pongas un jersey y el abrigo.

Aquello fue todo lo que Johnny necesitaba oír. Bajó de la silla de un salto y salió de la cocina gritando:

—¡Ahora mismo vuelvo!

—¿Cómo se te da hacer chocolate caliente y ponerlo en un termo? —le preguntó Hunter a Terese, burlonamente.

—Creo que podré arreglármelas.

Hunter se rió y ella disfrutó mucho de aquel sonido.

—Entonces, ése será tu cometido. Yo tomaré todo lo que necesitamos y lo meteré en una bolsa y te traeré mi abrigo.

Su abrigo.

¿Por qué le resultaba tan excitante la idea de llevar algo de Hunter?

Terese estaba empezando a pensar que los vapores del excremento de vaca le habían hecho algo a su cordura.

Sin embargo, se puso en marcha al instante.

—Sacaré la leche —dijo y comenzó a preparar el chocolate antes de volverse más loca de lo que ya se había vuelto.

Menos de una hora después estaban de camino en la camioneta negra de Hunter.

La laguna estaba en la finca Coltrane. Tomaron un camino de tierra que partía desde detrás del establo y se dirigieron a campo abierto.

Un poco más tarde estaban frenando junto a una pequeña laguna y a un bosque de robles que la rodeaban casi por completo.

—En verano podemos bañarnos aquí, pero esta noche no —le informó Johnny a Terese, mientras bajaban de la camioneta.

Hunter había llevado varios troncos para la hoguera, pero envió a Johnny a recoger ramitas para encenderla. Dejó las luces del vehículo encendidas para tener luz mientras conseguían prender el fuego.

Cuando lo consiguieron, apagaron las luces y se sentaron alrededor del brillo dorado de la hoguera, sobre unos troncos que hacían las veces de asientos, junto a la orilla de la laguna.

—¿Y alguna vez has hecho perritos calientes asando las salchichas en la hoguera con un palo? —le preguntó Hunter a Terese mientras Johnny buscaba los mejores palitos para la tarea y su padre comenzaba a sacar las cosas de la cesta de picnic.

—No, nunca —respondió Terese.

—Fue a un colegio interno —dijo Johnny que no andaba lejos—. Pero yo no entiendo muy bien qué es eso.

—Bueno, ir a un colegio interno significa que duermes en la escuela.

—¿Duermes en el pupitre? —preguntó Johnny con asombro.

—No, hay una escuela en un edificio y otro edificio en el que vives —respondió ella.

—¿Con tu familia?

—No, con tus compañeros de colegio. Tu familia se queda en casa.

—¿No vives con tu padre ni con tu madre? —preguntó Johnny que se había quedado horrorizado.

—No.

—¿Y nunca vas de acampada ni haces la comida en la hoguera?

Terese sonrió.

—No. Comíamos siempre en el comedor.

—A mí no me gustaría eso —dijo Johnny.

—No era muy divertido —le aseguró Terese, mientras recordaba el ambiente de regimiento del colegio, en el que cualquier cosa como hacer una hoguera al aire libre se habría considerado una barbaridad.

—¿Y en verano? —persistió Johnny mientras le enseñaba a Terese a ensartar las salchichas en los palos—. Si no hacías acampadas en verano, ¿qué hacías?

—Iba a Europa. ¿Sabes algo de Europa?

—Sí —respondió el niño y Terese se quedó sorprendida—. Mi padre va a ir dentro de poco —añadió y miró a Hunter.

—Ya no sé si voy a ir —dijo Hunter, como si no quisiera hablar de ello.

Sin embargo, Johnny siguió dándole información a Terese.

—Es un viaje para ir a ver unos toros para agrandar nuestro rebaño y hacerlo más fuerte. Es importante —dijo con autoridad.

—Me parece que las salchichas ya están —dijo entonces Hunter y Terese tuvo la impresión de que quería cambiar de tema.

Los perritos calientes y las alubias fueron una buena distracción para Johnny. El niño le enseñó a Terese a sacar la salchicha del palo sin romperla con el pan, cuáles eran los mejores condimentos y cómo comer las alubias que habían calentado sujetando la lata sobre las llamas.

Las alubias no eran la comida favorita de Terese, pero el perrito le gustó mucho y se lo dijo a sus compañeros.

—Ha sido muy buena idea venir —les dijo.

Y se quedó sorprendida al ver que Hunter sonreía tan complacido como su hijo.

—¡Y ahora, los malvaviscos! —anunció Johnny alegremente cuando terminaron el plato principal—. ¡Yo puedo asar los de todo el mundo en mi palo!

—De acuerdo —dijo Hunter.

Johnny clavó tres dulces en un solo palo mientras Terese y Hunter lo observaban. Cuando estuvieron tostados, le niño le ofreció el primero a Terese.

Antes de que ella pudiera tomarlo, se cayó al suelo.

—¡Oh, no! —se lamentó Johnny como si fuera el final del mundo.

Terese no quería que se desilusionara, así que agarró el dulce del suelo, lo sopló y se lo metió a la boca.

No fue lo más inteligente que había hecho en su vida. El dulce aún tenía granos de tierra pegados y ella no pudo evitar hacer un ligero gesto de repugnancia cuando notó los residuos.

Hunter debió de darse cuenta, porque ella oyó cómo se reía. Sin embargo, no pareció que Johnny se percatara.

—¿No te gusta? —le preguntó, ansioso.

—Sí, mucho —le aseguró Terese, después de tragarse el dulce.

Hunter le tendió la botella de agua y se inclinó hacia ella para decirle en voz baja:

—Podrías haber dejado ése y haber tomado otro recién tostado.

—Quería experimentar por completo lo que la naturaleza puede ofrecerme —mintió ella.

Pero él sabía que aquello no era cierto y se rió de nuevo. Parecía que lo estaba pasando bien y ella también. Pese al malvavisco lleno de tierra.

El segundo malvavisco que le ofreció Johnny fue mucho mejor, pero después Terese no pudo comer más. El límite de Hunter también estaba en dos malvaviscos, pero Johnny era un pozo sin fondo en lo referente a aquellos dulces. Habría estado tostando y comiendo malvaviscos hasta que la bolsa estuviera vacía, pero su padre lo detuvo después de seis.

De todas formas, entre el chocolate caliente y los dulces, Johnny había tenido una dosis de azúcar suficiente como para aguantar despierto toda la noche. Comenzó a saltar por los troncos en los que estaban sentados su padre y Terese y entonces, Hunter le sugirió:

—¿Por qué no lanzas cantos a la laguna? A la luz de la luna es muy diferente que bajo el sol.

Parecía que lanzar cantos y hacerlos botar en el agua era algo muy divertido para Johnny porque comenzó a buscar las piedras más planas que podía encontrar. Cuando tuvo los bolsillos llenos, se acercó al borde del agua.

—¡Ven a verlo, Terese! —le dijo.

—Lo vemos bien desde aquí —le dijo Hunter, antes de que Terese tuviera oportunidad de levantarse.

A ella no le importó, sin embargo. Le gustaba estar sentada junto al fuego.

Con él.

No quería pensar demasiado en ello.

Además, Hunter tenía razón. Veían a Johnny perfectamente desde donde estaban.

Después de observarlo durante un rato y alabar algunos de los tiros de Johnny Terese pensó que también podía satisfacer algo de su curiosidad acerca del viaje a Europa que el niño había mencionado.

—¿Así que has planeado hacer un viaje? —le preguntó, volviendo la mirada del hijo al padre.

—Lo tenía planeado —respondió él—. De hecho, iba a salir el sábado próximo.

—¿Pero ya no vas a ir?

—Creo que no —dijo él suavemente, mientras observaba a su hijo con el ceño fruncido.

—¿Por la salud de Johnny?

Hunter asintió.

—Iba a dejarlo con Willy y Carla. Lo quieren como si fuera su propio hijo y yo nunca he tenido que preocuparme por el niño mientras estaba con ellos. Pero

ahora… bueno, ¿qué ocurriría si se cayera, o algo así, como ocurrió la semana pasada? Podría empezar a sangrar y yo estaría al otro lado del mundo.

Terese se dio cuenta de que realmente, el descubrimiento de que Johnny tenía hemofilia lo había dejado atemorizado.

—¿Tenía razón Johnny sobre lo de que ese viaje es importante? —le preguntó.

—No es tan importante como Johnny. Nada es tan importante.

—No, claro que no. Pero de todas formas, era importante, ¿no? Y ahora también lo es.

—Sí, claro —dijo Hunter.

—¿Ibas a mejorar el rebaño?

—Sí, ésa era la idea. En Europa hay algunas razas de muy alta calidad y yo quería echarles un vistazo y quizá comprar un toro. Aquí, los inviernos son duros y cualquier cosa que sirva para fortalecer a los animales es buena para que pasen los meses de nieve. Además, cuanto más grandes sean las vacas, más beneficios proporcionan en el mercado. Llevaba ahorrando durante dos años para este viaje y la compra.

—¿Y lo vas a cancelar todo justo cuando estabas a punto de hacerlo?

Hunter se limitó a mirar de nuevo a su hijo, como si aquella respuesta fuera suficiente.

—¿Y si Johnny estuviera conmigo? —le preguntó ella.

El ranchero la miró fijamente.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, a que… ya estoy aquí, así que podría quedarme unos días más y cuidarlo. ¿Te sentirías mejor sabiendo que está constantemente acompañado por su banco de sangre personal?

Aquella pregunta hizo que Hunter sonriera.

—Estamos hablando de un viaje de dos semanas —respondió él.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Ya te he dicho que estoy en periodo sabático y dispongo de tiempo. Puedo quedarme esas dos semanas.

Hunter observó de nuevo a su hijo, que continuaba lanzando piedras a la laguna.

—No sé…

—¿Por qué no te lo piensas? —le dijo Terese—. Si te sientes mejor, Willy y Carla también podrían cuidarlo. Así tendría tres niñeras, en vez de dos y una de ellas podría darle una recarga en caso de que la necesitara.

—¿No te importaría que Willy y Carla también se hicieran cargo de él?

—No, en absoluto. Así podría pasar más tiempo con él y eso es lo único que me interesa. En serio —le dijo Terese—, me gustaría hacerlo y tú no tendrías que cancelar un viaje que llevas dos años preparando. Piénsalo.

—Es posible que lo piense, sí —respondió él.

En aquel momento, a Johnny se le terminaron las piedras y tanto la atención de Terese como la de Hunter se fijaron en él al verlo agacharse sobre el agua y comenzar a pasar los dedos por la superficie mientras imitaba el ruido del motor de una lancha.

—Eh, sal de ahí —le dijo Hunter. Entonces se dirigió a Terese—. Creo que será mejor que nos lo llevemos a casa antes de que termine por darse un baño.

Terese asintió y Hunter se levantó para darle a su hijo la noticia de que se iban.

Johnny refunfuñó y se quejó, pero su padre insistió en que se alejara de la laguna.

A los pocos minutos, después de apagar la hoguera y recogerlo todo, los tres estaban de nuevo en la camioneta de Hunter de camino al rancho. Johnny se quedó profundamente dormido y no se despertó ni siquiera cuando el vehículo se detuvo. Mientras Hunter lo subía en brazos a su habitación para acostarlo, Terese se quedó pensando en la conversación que había tenido con él y se llevó la cesta del picnic a la cocina para vaciarla.

Había terminado de hacerlo cuando Hunter bajó las escaleras.

—No tenías por qué hacer eso —le dijo, mientras ella terminaba de limpiar los cacharros de la cena.

—No me importa —le aseguró Terese—. ¿Lo has acostado?

—Sí. Ni siquiera ha abierto los ojos. Es la gran bajada después de la inyección de azúcar.

—Combinada con un día muy ocupado —añadió Terese.

—Sí, ha hecho muchas cosas para lucirse ante ti.

—¿De veras? Eso está bien. Normalmente, no hay muchos hombres que hagan cosas para lucirse ante mí.

—No sé por qué no —replicó Hunter, mientras la miraba a los ojos.

A Terese no se le ocurrió qué podía responder. Se quedó callada y fue Hunter quien rompió el silencio.

—Seguramente, estarás muy cansada de mantener el ritmo del niño desde esta mañana.

—Pues… me vendría bien darme un baño y lavarme los dientes —dijo ella, de manera muy significativa.

Hunter se rió.

—Bueno, el hecho de que te comieras ese primer malvavisco hizo feliz a Johnny así que quizá puedas consolarte un poco con eso.

—Un poco —convino ella.

Hubo otro silencio, durante el cual Terese tuvo la pequeña esperanza de que Hunter le pidiera que se quedara un poco más.

Sin embargo, aquello no sucedió y ella dijo:

—Bueno, entonces, será mejor que me retire.

—Te acompañaré a la cabaña.

—No, no es necesario —dijo ella, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas.

Y su deseo se vio cumplido, porque Hunter se encaminó hacia la puerta trasera y la abrió.

—¿Dejar a una dama que vuelva sola a su casa? —le preguntó mientras lo hacía—. No puedo hacer eso.

Terese salió de la casa y cuando salía al aire fresco de la noche se dio cuenta de que todavía llevaba el abrigo de Hunter.

—¡Oh, tengo que devolverte el abrigo! —comentó mientras caminaban hacia la cabaña.

Sin embargo, él no hizo ningún comentario sobre el tema. En vez de eso, dijo:

—Mañana tengo que llevar a Johnny al hospital, a las once, para una revisión. Tuve que prometerle que comeríamos en uno de esos restaurantes infantiles que tienen sala de juegos y en los que unos adolescentes vestidos de oso te sirven una pizza muy mala. ¿Crees que podrás soportarlo o prefieres excusarte?

—Después del malvavisco lleno de tierra, puedo con todo —le dijo ella, riéndose mientras llegaban a la puerta de la cabaña.

—La pizza es mala, pero puedo asegurarte que no tendrá tierra.

—Entonces, de acuerdo —respondió Terese, con otra carcajada.

Entró en la cabaña y como pensaba que Hunter no entraría con ella, se volvió para hablar con él y se lo encontró apoyado en el quicio de la puerta.

—Me lo he pasado muy bien en el picnic —le dijo—. Con el malvavisco sucio y todo.

Hunter la estaba mirando fijamente y sonrió.

—Dudo que pueda compararse con lo que tú estarás acostumbrada a hacer.

—Lo que yo hago normalmente no es muy divertido —respondió Terese.

—Supongo que serán cosas mucho más sofisticadas que las que planea un niño de cuatro años.

—No habría cambiado comer malvaviscos con tierra por ninguna otra cosa del mundo.

—Eres una buena compañera —le dijo él, de una manera que a Terese le pareció el mejor cumplido que hubiera recibido nunca. Sobre todo, porque Hunter lo dijo como si estuviera impresionado.

—Gracias —dijo Terese.

Durante un instante, siguieron allí inmóviles. Él la miraba con una expresión impenetrable.

Después, Hunter sonrió y se apartó de la puerta.

—Bueno, te dejo para que te des ese baño.

—Tu abrigo —dijo Terese y comenzó a quitárselo.

Sin embargo, Hunter era demasiado caballeroso como para permitir que lo hiciera sola y se acercó a ella para ayudarla. Cuando la rozó con el brazo, ella sintió un cosquilleo por dentro y no pudo resistir la tentación de volver a mirarlo. Estaba muy cerca en aquel momento. Tan cerca, que habría sido muy fácil que acercara un poco más su rostro al de Terese y la besara…

Sobre todo, porque la barbilla de Terese se alzó en el aire.

Y porque la de él se inclinó hacia abajo…

Pero aquello duró sólo un segundo, antes de que él le quitara el abrigo por completo y se irguiera de nuevo, como si sus propias acciones le hubieran sorprendido.

—Desayunamos a las ocho en punto —le dijo Hunter entonces, con una ligera tensión. Después se dio la vuelta y se marchó hacia la casa como si nada hubiera sucedido entre ellos.

Y quizá no hubiera sucedido nada realmente, pensó Terese mientras observaba cómo Hunter se alejaba de la cabaña. Quizá sólo se hubiera imaginado aquel breve momento y el beso no hubiera estado en la mente de Hunter como había estado en la suya.

Pero ella no creía que sólo se lo hubiera imaginado. Esperaba que no sólo se lo hubiera imaginado.

La hacía sentirse muy bien pensar que no había sido así.

Capítulo 4

—¡Así me gusta!

Al día siguiente, Terese, Hunter y Johnny caminaban por uno de los pasillos del Hospital General de Portland cuando una mujer mayor y un hombre de la edad de Hunter torcieron la esquina y aparecieron justo frente a ellos. En cuanto la mujer vio a Johnny y a su padre, se le iluminó la cara con una sonrisa.

—Muy bien. El señor John Coltrane, con un aspecto muy sano y muy feliz y sin miedo después de su aventura de la semana pasada —continuó. Entonces, después de acariciarle la cabeza a Johnny alzó la vista y dijo—: Hola, Hunter.

—Hola, Leslie —respondió Hunter afectuosamente. Después saludó al hombre que estaba con ella—: Morgan, me alegro de verte.

—Hola —respondió el hombre.

Johnny divisó una pecera en una sala de espera que había junto a ellos y habiendo asumido que los adultos iban a charlar durante un rato, se acercó a ver los peces. Hunter dijo:

—Terese, te presento a Leslie Logan. Es uno de los grandes activos de Children's Connection. Y a Morgan Davis, el director de la agencia. Leslie, Morgan, os presento a Terese Warwick.

—Eres la persona que vino al rescate de Johnny la semana pasada —dijo Leslie Logan antes de que Hunter tuviera oportunidad de hacerlo. Entonces, para explicar por qué lo sabía, añadió—: El hospital es como una pequeña ciudad. Una buena historia se sabe rápidamente. Sobre todo cuando trata de uno de los suyos. Y como Hunter adoptó a Johnny a través de Children's Connection, automáticamente Johnny y él se convirtieron en una parte de nosotros.

—Por no mencionar —intervino Morgan—, que Hunter ha seguido participando activamente en la fundación y con el APA.

Terese no sabía qué eran la fundación ni el APA, pero no tuvo ocasión de preguntarlo.

—Me alegro de conoceros —dijo con una sonrisa, antes de que la mujer se pusiera a hablar de nuevo con Hunter, en aquella ocasión con más seriedad.

—Tuviste mucha suerte de que Johnny se pusiera bien la semana pasada.

—Lo sé, lo sé —dijo Hunter.

—Cuando le ocurre algo a un hijo, marca tu vida para siempre. Sabes que mi primer hijo fue secuestrado cuando era muy pequeño y nunca volvimos a verlo. Aquello nos cambió a mi marido y a mí. Lo cambió todo. Para siempre. La pérdida de un hijo no se puede superar. Me alegro de que no hayas tenido que saberlo por propia experiencia.

Estaba claro que aquella mujer todavía sufría por su hijo, pese a que hubieran pasado muchos años desde su desaparición y Terese lo sintió por ella.

—Todos los días le doy gracias al cielo —le aseguró Hunter a Leslie Logan.

—Pero, cambiando de tema —dijo ella, más alegremente—, parece que Morgan y su esposa Emma van a unirse a las filas de la paternidad y la maternidad. Han solicitado la adopción de un niño a través de la agencia.

—Enhorabuena —le dijo Terese a Morgan.

—Me alegro mucho por vosotros —añadió Hunter, muy contento—. ¿Sabéis cuánto durará el proceso?

—Aún nos quedan unos meses por delante. Acabamos de comenzar. Quizá para comienzos de verano del año que viene, si tenemos tanta suerte como tú.

—Mantendré los dedos cruzados por vosotros —le prometió Hunter.

—Bueno, os dejamos —dijo entonces Leslie Logan—. No estaríais aquí con ese precioso niño tuyo, Hunter, si no tuvierais un motivo y os estamos entreteniendo.

—Tenemos cita con su pediatra. Es sólo una revisión —confirmó Hunter.

—¿Nos veremos en la reunión del APA de mañana por la noche? —le preguntó Leslie.

—Allí estaré.

—Bien —respondió ella. Después miró a Johnny que estaba dando suaves golpecitos con el dedo en el cristal de la pecera—. Me alegro de verte, Johnny.

—Yo también —respondió el niño sin apartar la vista de los peces.

Los adultos se despidieron y después, Hunter informó a su hijo de que tenían que seguir. El pequeño se unió a ellos de mala gana.

—¿Qué es el APA? —le preguntó Terese mientras continuaban su camino.

—Es la Asociación de Padres Adoptivos de la agencia. Pertenezco a ella desde que adopté a Johnny.

—¿Y la fundación?

—Está vinculada al hospital. Leslie Logan y su marido son los mayores patrocinadores y además, Leslie dedica mucho tiempo al voluntariado. La fundación es como un paraguas que comprende una clínica de fertilidad, una consulta de Psicología para parejas sin hijos, grupos de terapia, prestación de apoyo financiero para los huérfanos y por supuesto, la agencia de adopción.

—Ya entiendo —dijo Terese, mientras se detenían frente a la puerta de la consulta del pediatra de Johnny.

Sin embargo, antes de que entraran, Hunter se concentró en su hijo.

—Recuerda el trato —le dijo con seriedad—. Comeremos en Pokey's Pizza sólo si te portas bien ahí dentro.

—Pero no habrá inyecciones, ¿verdad? —respondió Johnny recordándole a su padre su parte del trato.

—Creo que no.

—Está bien —dijo el pequeño. Y después añadió en voz baja, para que sólo lo oyera su padre—: Y Terese no puede verme en ropa interior.

Terese contuvo una carcajada, pero Hunter no tuvo tanto tacto. Él no se molestó en ocultar una gran sonrisa.

—De acuerdo. No dejaré que Terese te vea en ropa interior.

Y entonces, mientras Terese abría la puerta y ellos pasaban, Hunter le guiñó un ojo y le dijo:

—Después de todo, no queremos arruinar su imagen sofisticada.

La visita al pediatra fue bien, aunque finalmente el médico le hizo un análisis de sangre a Johnny. El niño se sentó en el regazo de su padre, agarró la mano de Terese y aunque le temblaba un poco la barbilla y tenía los ojos muy abiertos, se las arregló valientemente para no llorar.

Y después llegó su recompensa. Fueron a comer a Pokey's Pizza y Hunter le permitió pasar la tarde allí.

Por supuesto, después de comer los tres comenzaron a jugar en la sala y Terese se dio cuenta de que Hunter disfrutaba tanto como su hijo. Hunter era un buen padre que sabía estimular en su justa proporción el espíritu de competitividad del niño sin echar a perder la diversión, lo suficiente como para que Johnny intentara ser un buen contrincante para su padre en el baloncesto o en el softball. Claramente, Hunter estaba permitiendo ganar a Johnny pero no dejaba que su hijo se diera cuenta, de modo que la autoestima de Johnny se fortalecía saludablemente con cada victoria.

Terese también jugó unos cuantos juegos con su sobrino, pero no era muy buena y prefirió observar la relación del padre y el hijo.

Sin embargo, a medida que pasaba la tarde y por muy frecuentemente que se dijera a sí misma que eran las habilidades de Hunter como padre lo que estaba admirando, en el fondo sabía que aquéllas no eran las únicas cosas que estaba apreciando de él.

Eran casi las seis cuando volvieron al rancho. Terese dejó a Hunter y a Johnny que entraran solos en la casa y ella fue a la cabaña para lavarse y arreglarse un poco antes de cenar.

Cuando un poco más tarde entró en la cocina, Carla y Willy también estaban allí.

—Carla nos ha traído jamón, queso y estofado de patatas —le dijo Hunter, cuando todos terminaron de saludarse—. Yo los he convencido para que se queden a cenar con nosotros.

—Bien —dijo Terese.

La mesa ya estaba puesta para tres y ella supuso que también lo habría hecho Carla. Añadió dos platos más con los cubiertos y los vasos mientras Carla terminaba

de calentar el estofado. Después, sacó la ensalada de la nevera y todo el mundo se sentó a cenar.

Por la charla que mantuvieron durante la cena, Terese supo que Carla les hacía con frecuencia la cena a Hunter y a Johnny y se la dejaba en casa cuando iba a recoger a Willy al final de la jornada. Y que Carla y Willy no se quedaban a cenar a menudo, pese a que a Johnny le encantaba que lo hicieran.

Carla y Willy preguntaron lo que les había dicho el médico sobre Johnny y se quedaron aliviados al saber que el niño estaba bien y que los resultados del análisis de sangre eran buenos. Aparte de ser cauteloso, Johnny podía vivir su vida con total normalidad.

Después de cenar, recogieron la cocina entre todos y entonces, Carla y Willy insistieron en que tenían que marcharse a su casa, pese a que Johnny hizo todo lo posible por conseguir que se quedaran un rato más.

—Está intentando librarse del baño —dijo Hunter, mientras el niño, con un mohín de disgusto, iba al salón para jugar con sus juguetes y Terese y él acompañaban a Willy y a Carla a la puerta principal.

Sin embargo, en vez de desearse buenas noches y despedirse cuando llegaron al vestíbulo, Hunter se volvió hacia Terese y dijo:

—Después de haberlo pensado durante un día, me gustaría preguntarte si sigue en pie tu oferta de quedarte con Johnny si voy a Europa.

Él no había vuelto a hablar de aquel tema y Terese no se esperaba que lo mencionara en aquel momento. Pero como ella no había cambiado de opinión, no dudó en asentir.

—Por supuesto que sí.

—Bueno —dijo Hunter—. He hablado de esto con Carla y Willy antes de que llegaras a cenar esta noche y ellos también creen que debería ir.

—No puedes dejar de ir —intervino Carla. Después se dirigió a Terese—: Le ocurrió lo mismo después de que muriera Margee. Se volvió demasiado cauteloso y no quería dejar que Johnny se apartara de su vista, por miedo a que le ocurriera algo malo. Pero yo le he dicho que entre los tres vamos a vigilar a Johnny como un halcón.

—Es cierto —le aseguró Terese a Hunter.

—E incluso si ocurre algo —intervino Willy—, puedes tomar un avión y estar en casa en medio día. Pero… ¿cancelar el viaje? Lo has estado preparando durante demasiado tiempo como para abandonar ahora.

Hunter estaba de acuerdo con su amigo, pero antes de tomar la decisión, miró a su hijo de nuevo.

—Supongo que estoy un poco paranoico —dijo.

—Sí, lo estás —le dijo Carla—. Ahora di que vas a ir. Probablemente estarás muy preocupado, pero di que vas a ir.

Hunter se rió ante el autoritarismo de su amiga.

—Está bien, está bien. Si Terese quiere quedarse para estar cerca por si hay alguna emergencia, iré.

—Y todo va a salir bien ya lo verás —le aseguró Carla.

Cuando el asunto estuvo resuelto, la pareja les deseó buenas noches a Terese y a Hunter y se marchó.

Una vez que estuvieron solos, había algunas cosas que Terese quería decirle a Hunter, pero entonces comenzó la batalla para acostar a Johnny.

No fue hasta una hora después, cuando por fin el niño se quedó dormido y Terese estaba ayudando a Hunter a recoger los juguetes del salón, cuando encontró la oportunidad.

—¿Sabes? —le dijo entonces—. Es perfectamente normal que te sientas así por Johnny en este momento. Y que te sintieras así cuando murió tu esposa. Hay algunas cosas que son como terremotos emocionales. ¿Te acuerdas de la otra noche, cuando dijiste que lo que le había ocurrido a Johnny te había dejado conmocionado? Eso es exactamente lo que ocurre. Las bases de las cosas se tambalean durante un tiempo, hasta que te acostumbras a los cambios y todo se vuelve normal de nuevo. En este momento estás todavía alerta, esperando las posibles consecuencias.

—¿Es la profesora de Psicología la que habla? —le preguntó él, en tono de diversión.

Terese le sonrió desde el otro lado de la mesa de centro, mientras recogía las piezas de un rompecabezas.

—Sí, en efecto —confirmó.

—¿Y era también la profesora de Psicología la que hablaba antes, cuando me dijiste lo de que los padres adoptivos podían sentir inseguridad cuando entraba en escena la familia biológica?

—Sí, también. Ambas cosas son ciertas.

—Estoy seguro de que sí —convino él. Sin embargo, no pareció que quisiera seguir hablando de aquel tema y lo último que quería Terese era convertirse en su terapeuta.

Entonces, Hunter dirigió la conversación hacia el trabajo de Terese.

—Así que das clases de Psicología, ¿eh? ¿Y cómo empezaste?

En aquella ocasión, fue Terese la que habló en tono de broma.

—Me apuesto algo a que te imaginas que he pasado años y años asistiendo a la consulta de un psicólogo y que por eso comenzó a interesarme el tema.

—¿Y es cierto?

—No. Sencillamente, comenzó a interesarme cuando tomé mi primera clase de Psicología durante el primer año de universidad. En realidad, me di cuenta de que me había pasado la vida mirando a los demás desde la barrera, observando su

comportamiento e intentando adivinar cuáles eran los motivos de sus actos. Entonces, cuando fui a una clase en la que hablaban de todo aquello, descubrí cuál era mi lugar.

Habían terminado de recoger todos los juguetes y Hunter se sentó en un extremo del sofá, ladeado hacia el centro, con un brazo extendido sobre el respaldo.

No parecía que estuviera listo aún para acompañarla a la cabaña. De hecho, parecía que esperaba que ella también se sentara. Así que eso fue lo que hizo Terese. Se sentó en el sofá, pero en el extremo opuesto.

Debió de ser lo que él tenía en mente, porque siguió con la conversación.

—No te tomes mal esto, pero me sorprende que trabajes.

Terese sabía lo que estaba pensando. Pensaba que era una niña rica que no necesitaba ganarse la vida.

—No lo hago por el dinero. Lo hago porque disfruto.

—¿Tu hermana trabaja?

—¿Eve? No. Sólo le interesan la ropa, el maquillaje y los peinados. Quizá por eso tenga ese aspecto, en vez del que tengo yo…

Él la interrumpió antes de que pudiera continuar.

—El día que estuve en tu casa, tu hermana hizo un comentario desagradable sobre tu físico. Tú no te lo creerás, ¿verdad?

—¿El hecho de que soy menos atractiva que Eve? No es cuestión de creérselo o no. Es un hecho objetivo.

Hunter frunció el ceño.

—Tú eres distinta a ella, pero no creo que seas menos atractiva.

—Eve es guapa —dijo Terese.

—La belleza está en los ojos del que observa —replicó él—. O quizá sea mejor decir que la belleza está en el interior. Pero de cualquier manera, a mí no me parece que tu hermana sea guapa. Pero tú…

Él la estaba estudiando atentamente y aquello hizo que Terese se sintiera incómoda. Sobre todo, porque estaba segura de que él iba a encontrar todo tipo de defectos.

Entonces, Hunter continuó hablando.

—Tienes un pelo precioso y la piel perfecta. Te brillan los ojos. Me recuerdas a una mañana de primavera, cuando todo está claro, brillante y nuevo… —dijo y sacudió la cabeza sin dejar de mirarla—. Me gusta cómo eres. Eres mucho más guapa que tu hermana.

Había algo en su tono de voz que consiguió que Terese creyera que aquello era verdaderamente lo que pensaba, aunque no la convenció de que ella fuera más atractiva que su hermana. Pensó que la opinión de Hunter se veía afectada negativamente por la forma de actuar de Eve y positivamente por su manera de

comportarse. Y aun así, la opinión que él tenía de ella la hacía más feliz de lo que Hunter pudiera imaginar.

Y la avergonzaba, al mismo tiempo. Notaba que tenía las mejillas muy calientes y sabía que tenía que estar muy colorada.

Pero si Hunter se dio cuenta, no hizo ningún comentario. Simplemente, continuó.

—Además, a menos que se me haya escapado algo, tú eres mucho mejor que tu hermana en todos los demás sentidos.

—Sólo soy profesora —balbuceó ella.

—Una profesora de universidad.

Terese se encogió de hombros. No sabía qué decir.

—Bueno, ¿por qué decidiste ser profesora? ¿Por qué no te decidiste por abrir una consulta, por ejemplo?

Terese no sabía cómo habían pasado de hablar de su apariencia a hablar de su trabajo, pero de todas formas, estaba contenta con el cambio de tema.

—Me apetecía relacionarme con el mundo académico —respondió ella—. Doy clases y además hago investigación…

—¿Qué tipo de investigación?

—Sé que cuando digo esto, la gente se imagina que estoy entre tubos de ensayo. Pero la investigación psicológica se basa en entrevistar a la gente. Por ejemplo, antes de empezar el periodo sabático, trabajé con un grupo de adolescentes que llevaba tomando drogas psicotrópicas unos diez años, desde los ocho. Eso significó encontrar a los jóvenes del estudio y hablar con ellos sobre dónde estaban, física y mentalmente, después de todos esos años, e intentar determinar si la medicación estaba siendo lo suficientemente beneficiosa como para garantizar los efectos secundarios. Es ese tipo de investigación.

—¿Y por qué estás ahora en periodo sabático?

—Estoy terminando mi tesis doctoral —dijo ella.

Hunter arqueó las cejas.

—¿Serás la doctora Warwick?

—Sí. Al menos, para mis compañeros de trabajo y para los estudiantes.

—La doctora Warwick —repitió Hunter—. ¿Y crees que tú vales menos que tu hermana? Eso es mucho más de lo que ella puede decir. Estoy impresionado —dijo, aunque lo hizo con una sonrisa que dejó claro que no se sentía intimidado por los logros de Terese, de la forma en que lo estaban otros hombres a los que ella había conocido. A Terese le gustó aquello.

—¿Y tú? —le preguntó ella—. Sé que el rancho ha pertenecido a tu familia durante generaciones, pero ¿cómo es que sois Willy y tú los que trabajáis aquí, en vez de hacerlo tú y el hermano al que mencionaste antes?

Él arqueó una de las cejas mientras la señalaba con el dedo índice.

—Estabas prestando atención —le dijo él, como si se sintiera halagado por el hecho de que ella le hubiera estado escuchando y recordara lo que le había contado.

—Confieso que sí. Dijiste que Willy está más cercano a ti que tu propio hermano. Por lo cual, deduzco que al menos tienes un hermano.

Pero Hunter no hizo ningún comentario sobre sus relaciones familiares. Comenzó a hablar sobre cómo había acabado siendo ranchero.

—Comencé a trabajar con mi padre y con mi abuelo a la misma edad que Johnny tiene ahora. Y me encantaba, igual que a él. Para mí, estar al aire libre todo el día era más un juego que un trabajo. A medida que me hacía mayor, empecé a apreciar el hecho de poder moverme a mi ritmo durante todo el día, de no tener un jefe encima. No me importaba ensuciarme las manos ni tener que ponerme a trabajar antes del amanecer, ni trabajar los fines de semana y durante las vacaciones. Ya sabes, a los animales hay que alimentarlos y darles agua y ordeñar a las vacas aunque sea fiesta. Pero aun así, me gusta —concluyó.

—¿Así que tú encontraste tu lugar a los cuatro años y nunca vacilaste? —preguntó Terese, asombrada.

—Bueno, en realidad, durante la adolescencia tuve un período de rebeldía. Fui a la Universidad de Colorado, en Boulder. Durante cuatro años trabajé para pagarme el alojamiento y la matrícula como vigilante de noche en un edificio de oficinas y durante el día asistía a clase. Sin embargo, finalmente supe que no quería ser abogado ni hombre de negocios. Cuando me licencié, volví aquí. Mi abuelo murió y mi padre se quedó solo con mi hermano, así que yo vine a ayudarlos… Entonces, hubo un problema con mi hermano… Aunque en realidad, durante todo el tiempo que estuve en la universidad, en el fondo sabía que echaba de menos vivir al aire libre otra vez.

—Y desde que volviste, ¿nunca más te has movido de aquí?

—No, nunca. Este rancho es mi lugar en la vida. Lo adoro.

—Por eso quieres mejorar el rebaño y mantener en marcha las cosas —concluyó Terese—. Y por eso has decidido ir a ese viaje.

Él asintió, pero lo hizo tan ligeramente que Terese se dio cuenta de que todavía tenía dudas.

No supo si fue por aquellas dudas o por el hecho de que llevaban hablando un buen rato y se había hecho tarde, pero parecía que habían llegado a un punto muerto. Terese se puso en pie y dijo:

—Estoy segura de que el hecho de haber perdido tanto tiempo de trabajo hoy significa que mañana tendrás mucho que hacer, así que tendrás que descansar.

Hunter no la contradijo. De hecho, él también se puso en pie.

—Hablando de mañana… —le dijo a Terese mientras se dirigían a la cocina—. Willy y yo tenemos que arreglar la valla en el extremo más lejano de la propiedad y Johnny no puede venir. Se aburre porque no tiene nada que hacer. Así que me estaba

preguntando, si te importaría quedarte por aquí con él. Me ha estado persiguiendo para que le deje dibujar caras en unas cuantas calabazas y después se las talle y tiene un vídeo de Halloween que no he tenido tiempo de ver con él. Podrías hacer algo de eso con él, si no te importa…

—Arreglar vallas parece algo un poco aburrido —reconoció Terese—. Pero me encantaría tallar calabazas y ver un vídeo de Halloween. En el colegio no celebrábamos esa fiesta. El director decía que era de las clases bajas, que era una fiesta pagana. Así tendré oportunidad de experimentarla.

—¿No había acampadas y no os dejaban celebrar Halloween? ¿Qué tipo de infancia has tenido?

Terese se rió.

—Una muy reprimida —dijo.

Habían atravesado la cocina y estaban en la habitación del barro y Hunter se adelantó para abrirle la puerta. Cuando ella salió, él la siguió. Parecía que el hecho de acompañarla a la cabaña se estaba convirtiendo en una costumbre.

Terese no tenía queja al respecto. Le agradecía aquella cortesía y agradecía también que le proporcionara unos cuantos minutos más a solas con él.

—Espero que no te sintieras forzada a venir al médico hoy —le dijo Hunter mientras caminaban.

Durante la visita de Johnny, el doctor le había recomendado a Terese que se hiciera unos análisis de sangre, puesto que la hemofilia se transmitía de madre a hijo, y debían determinar si como su hermana melliza, ella también llevaba el gen de la enfermedad.

A Terese no le había entusiasmado la idea, aunque sólo se trataba de un sencillo análisis, pero el doctor de Johnny había insistido hasta que ella había cedido, finalmente. Terese tenía una cita en su consulta a principios de la semana siguiente.

—Probablemente, tenga razón —le dijo a Hunter—. Es una información que debo tener, aunque no sea relevante.

—¿Y por qué no iba a serlo? —le preguntó él—. ¿No quieres tener hijos?

—Me encantaría tenerlos, pero dudo que tenga oportunidad.

Hunter frunció las cejas en un gesto inquisitivo.

—¿Por qué no?

Aquél no era un tema del que Terese quisiera hablar. Se encogió de hombros y respondió:

—Es algo complicado, pero no creo que el matrimonio y los hijos estén en mi futuro.

—No será algo relacionado con que eso de que tú eres menos que tu hermana, ¿verdad?

Terese se encogió de hombros significativamente otra vez.

—Y también con algunas experiencias previas —añadió.

Hunter la estaba mirando fijamente y sacudió la cabeza.

—No sé de dónde sale todo esto, pero estás muy equivocada…

Él tenía los ojos clavados en los de Terese y ella se había quedado hipnotizada por la intensidad de su mirada. Tanto, que aquellas palabras se le escaparon y lo único en lo que pudo pensar fue en lo mismo que las dos noches anteriores: cómo sería que él la besara.

Y de repente, él se inclinó hacia delante. Terese alzó la barbilla. Y sus bocas se encontraron mientras ella cerraba los ojos. Hunter la estaba besando. Notaba sus labios en la boca, separados ligeramente, dulces y sensuales. Y ella lo estaba besando a él.

Estaba permitiendo que sus labios se relajaran y se abrieran, también, ligeramente. Estaba dejando que su cabeza se ladeara un poco, en respuesta a sus movimientos.

La cabeza le daba vueltas en mitad del puro asombro de que aquello estuviera sucediendo y sus sentidos registraban hasta el más mínimo roce de aquel beso, el olor de la loción de afeitar de Hunter, el calor de su respiración contra la piel…

Fue un beso maravilloso. Un beso que ella hubiera deseado eterno.

Pero no duró. Hunter lo rompió lentamente. Irguió la cabeza y volvió a mirarla a los ojos.

—Lo siento —le dijo—. No debí hacerlo.

—Sí, debías —soltó ella, antes de darse cuenta de lo que había dicho.

Notó que enrojecía y aquel comentario y el rubor hicieron que Hunter sonriera.

—¿Debía? —le preguntó él.

—Quiero decir que no ha sido nada —dijo ella, en un desesperado intento de recuperar el control de la situación.

Hunter sonrió aún más.

—¿No ha sido nada? —bromeó, como si ella hubiera despreciado el beso.

—Eh… quiero decir que no ha sido nada malo, que ha estado bien —explicó Terese. Parecía que por fin había recuperado la compostura y podía seguirle el juego.

Hunter se rió sin apartar la mirada de los ojos de Terese durante un momento más. En aquellos instantes, a ella le pareció que cientos de emociones le cruzaban la expresión y pensó que él se había quedado tan sorprendido como ella con aquel beso.

Finalmente, él reaccionó.

—Mañana por la noche tengo esa reunión de la Asociación de Padres Adoptivos.

—Lo recuerdo.

—Es a las siete y no creo que dure más de una hora o así. Willy y Carla van a quedarse a cuidar de Johnny.

—¿Quieres que lo haga yo, en vez de ellos?

Hunter sonrió ligeramente.

—No, le han prometido que pasarían la velada haciendo manzanas caramelizadas y cualquiera que se interponga tendrá problemas. En realidad, iba a preguntarte si querrías venir conmigo a la reunión. Supongo que no será muy interesante para ti, pero podrías leer una revista o algo así mientras dura y después, podríamos ir a cenar. ¿Qué te parece? La reunión se celebra en una de las salas del hospital y muy cerca, hay una buena marisquería. ¿Te gusta el marisco?

—Sí —respondió ella, con la cabeza dándole vueltas.

—Después de la cena de ayer, con los perritos calientes y el malvavisco lleno de tierra y la pizza de hoy supongo que te debo una buena comida —continuó él.

—No me debes nada.

—Bueno, pero me gustaría compensarte.

¿O simplemente estaría ocupando su tiempo ya que tanto Johnny como él ya tenían planes?

—Hunter, no te sientas obligado a distraerme porque Johnny y tú tengáis cosas que hacer. Yo…

—Sólo estaba pensando que sería agradable que cenáramos juntos. A mí me gustaría.

—Y a mí también —dijo Terese rápidamente, cuando obviamente, él comenzó a pensar que ella estaba intentando darle largas—. Me parece un buen plan.

Él le sonrió una vez más, de nuevo observando atentamente su rostro, mirándola a los ojos durante un momento antes de romper el contacto visual y alejarse de la puerta.

—Entonces, hemos quedado para cenar —confirmó.

—De acuerdo.

—Hasta mañana —le dijo Hunter, mientras se daba la vuelta hacia la casa.

—Hasta mañana —respondió Terese, obligándose a retirarse hacia el interior de la cabaña, en vez de quedarse en la puerta mirando cómo él se alejaba.

Sin embargo, aunque Hunter se alejó y ella lo perdió de vista, no consiguió quitárselo de la cabeza.

Y tampoco el beso que él le había dado.

Ni tampoco el hecho de que la hubiera invitado a cenar al día siguiente.

Y aunque los últimos minutos de aquella noche la habían dejado confusa, también la habían dejado con una sonrisa tan grande que casi le dolían los labios.

Capítulo 5

—Ayer hubo buenas noticias sobre Johnny ¿eh?

Fue una de las primeras cosas que Willy le dijo a Hunter el miércoles por la mañana. Acababan de cargar la camioneta de Hunter y se dirigían hacia la parte de la valla que tenían que reparar.

—Serían mejores si nos hubieran dicho que no tenía hemofilia, pero como eso no va a suceder… Sí, ha sido una buena noticia que ya haya pasado el susto y no haya más problemas —respondió Hunter.

—Al menos, ahora sabemos lo que ocurre y dónde podemos encontrar sangre en caso de emergencia —dijo Willy.

—Es cierto. Y Terese no le fallaría.

—No. Parece que está muy encariñada con él. Y muy encariñada quizás también contigo…

—¿Cómo? —preguntó Hunter, como si aquella sugerencia fuera absurda.

—Carla dice que siente las vibraciones cuando Terese y tú estáis juntos. ¿Tengo que hacerle caso?

Hunter no respondió. Sólo se encogió de hombros.

—Así que es cierto que está ocurriendo algo —le dijo Willy con cierta sorpresa.

—En realidad no… —dijo Hunter, mientras pensaba en el beso que se habían dado la noche anterior y que no debería haber sucedido.

—Te gusta —le dijo Willy como si acabara de darse cuenta.

—Bueno, sí —respondió Hunter—. Terese es una persona muy agradable. Es muy diferente a su hermana.

—Su hermana, que también es la madre biológica de Johnny.

—Pues… sí. Terese es muy diferente a su hermana, que es la madre biológica de Johnny —repitió él.

—Pero siguen siendo hermanas —persistió Willy.

—Sí.

—¿Y a ti te gusta la hermanita pequeña?

—No lo sé. Pero sí sé que no es la situación más ideal de todas.

—Por decirlo suavemente —observó Willy y después añadió pensativamente—: Ésta es la primera vez que te sientes atraído por una mujer.

—No sé… —repitió Hunter—. No sé. Supongo que sí, que estoy disfrutando del hecho de tenerla aquí.

—¿A ella en particular, o estás disfrutando de tener una mujer de nuevo en la casa?

Hunter reflexionó un instante y después confesó:

—A ella en particular.

—Vaya —dijo Willy con una sonrisa—. ¿Y cómo es eso?

—Pues… porque ella no es exactamente como yo me esperaba. Después de que viniera al hospital la semana pasada yo ya me había dado cuenta de que era mucho mejor persona que su hermana, pero pensaba que aun así sería… bueno, no sé… altiva, o engreída, o mojigata. Pensaba que me atacaría los nervios.

—Pero no lo es en absoluto.

—No, no lo es. Aunque haya crecido en una familia muy rica, es una mujer que tiene los pies en la tierra y está abierta a experimentar cosas que no haya hecho antes. No arruga la nariz ante nada, ni se cree superior a nadie. Le gusta aprender cosas y sabe escuchar. Me escucha a mí y escucha a Johnny incluso cuando el niño le está hablando sin parar. Es honesta y responde a las preguntas que cualquiera de los dos le hacemos. Además, es divertida y Johnny y yo nos lo pasamos muy bien con ella y…

Y él la estaba echando de menos en aquel mismo momento, pero no podía decírselo a su amigo. De hecho, apenas se lo creía.

—Así que te gusta de verdad —concluyó Willy—. Y Carla piensa que a Terese le gustas tú.

—¿De veras?

—Sí. Dice que Terese te mira cuando tú no te das cuenta y que se le ilumina la cara cuando tú entras a una habitación y que demuestra mucho interés cuando tú estás hablando, o con ella o con otra persona. Todas esas cosas hacen que Carla piense que le gustas.

Por aquella razón ella le había devuelto el beso la noche anterior…

Pero Hunter no dijo nada de aquello. Miró al cielo con resignación y sacudió la cabeza.

—Terese es una persona muy agradable y quizá Carla esté dándole demasiada importancia a las cosas que ella hace de manera natural.

—¿Y si Carla no está confundida? ¿Y si tú le gustas a Terese y Terese te gusta a ti? ¿Dejarías que las cosas fueran más lejos?

—Dejar que las cosas fueran más lejos sería complicado y probablemente, no fuera la mejor idea del mundo.

Entonces, Willy se quedó mirándolo con asombro.

—¿Complicado? ¿Mala idea? ¿Por qué no has rechazado de plano esa idea, como has hecho todas las veces que Carla ha intentado arreglarte una cita desde que murió Margee? ¿Por qué no has dicho que no rotundamente, como has hecho con otras mujeres?

De nuevo, Hunter no tenía respuesta.

—No lo sé.

—Está claro que te gusta —concluyó Willy.

—No estoy diciendo que me guste, pero, ¿qué tendría de malo que me gustara?

—Sería complicado, tal y como tú mismo has dicho.

—¿Con Carla y contigo? —le preguntó Hunter, tentativamente.

—Conmigo no —respondió Willy—. Yo quiero verte feliz. Y tampoco con Carla. A ella le cae bien Terese y creo que se llevarían bien. Sólo es un poco difícil para ella verte con otra mujer que no es su mejor amiga. Pero las cosas son complicadas por quién es Terese.

«*Complicado y mala idea*», se repitió Hunter.

Sin embargo, Hunter no podía dejar de pensar en Terese por mucho que lo intentara. Quería estar con ella y no se le iba de la cabeza el beso que se habían dado la noche anterior. Había disfrutado mucho de aquel beso.

Y tampoco podía dejar de pensar que quería hacerlo de nuevo.

Ni siquiera las complicaciones, ni siquiera el solemne voto de resistencia al amor que había hecho al morir su esposa conseguían reprimir sus pensamientos.

A Terese se le pasó el día volando con Johnny. Dibujaron caras en seis calabazas y Terese las talló. Después, con las pinturas de la escuela de Johnny hicieron adornos de Halloween para el salón y la cocina y también para la cabaña de Terese. Por último, se sentaron en el sofá y vieron algunas películas de dibujos animados sobre Halloween.

Durante todo el tiempo, Terese intentó concentrarse tan sólo en su sobrino. No cabía duda de que había llegado a adorarlo y que se sentía muy contenta de poder estar con el niño. Sin embargo, no le resultaba fácil impedir que su pensamiento derivara hacia Hunter siempre que bajaba la guardia. Estaba esperando ansiosamente a que llegara la hora de la cena de aquella noche…

Cuando Hunter y Willy volvieron de reparar la valla, ella dejó a Johnny con su padre y se fue a la cabaña para arreglarse. Mientras se duchaba y se vestía, también le resultaba imposible apartarse a aquel hombre de la mente.

No dejaba de hacerse preguntas sobre el motivo por el que Hunter la había besado y por qué le había pedido que cenara con él.

No quería sentirse hastiada, pero la experiencia le había enseñado algunas lecciones dolorosas sobre hombres atractivos que decían que se sentían atraídos por ella y sobre dejarse convencer fácilmente de que estaban atraídos por ella…

Entonces, ¿por qué la había besado Hunter la noche anterior y la había invitado a cenar?

Terese quería creer que él disfrutaba en su compañía, que ella le gustaba.

Pero también recordaba otra ocasión en la que había creído aquello de otro hombre y se había equivocado.

Así que, quizá, le dijo una vocecita en su mente, no debería creer demasiado rápidamente que la causa de aquel beso era que Hunter se sintiera atraído por ella, o que la había invitado porque quisiera pasar un rato a solas con ella. ¿Por qué, entonces? La única razón que se le ocurría era la peor de todas.

Hunter era el propietario de un rancho, que aunque obviamente mantenía a la familia, no era lo suficientemente lucrativo como para permitirle que hiciera un viaje de negocios sin ahorrar durante dos años. Terese asumía que las finanzas eran una cuestión que Hunter debía cuidar como la familia Warwick nunca tendría que hacer.

Y en el peor de los casos posibles, no sería la primera vez que alguien la había cortejado e invitado a cenar para conseguir una ganancia económica.

Con tan sólo pensar en que aquél pudiera ser el objetivo de Hunter, hacía que Terese se sintiera mal. Ciertamente, aquello hacía que el beso que había estado recordando desde el momento en que había sucedido no fuera tan brillante, ni tampoco la cena que estaba deseando compartir con él.

«*Por favor, que no sea ése el motivo*», le imploró en silencio a nadie en particular. Pero sabía que debía estar mental y emocionalmente preparada para ello. Tenía que ir a aquella cena sin hacerse ilusiones, con los ojos bien abiertos. Sin embargo, no podía dejar de recordar el beso.

Aquel beso que aparentemente, había sorprendido a Hunter en la misma medida que a ella.

Un beso que había parecido sincero.

Y que había sido tan agradable…

Quizá debiera concederle el beneficio de la duda, pensó. Después de todo, Hunter no le había dado ningún motivo para desconfiar de él. ¿No quería decir aquello, que al menos, podría juzgar la situación basándose en hechos objetivos?

Exacto. Aquélla era la solución. No sacaría conclusiones exageradas de lo que ocurriera entre ellos. Ni positivas ni negativas. Simplemente, sería cautelosa y objetiva.

Mientras terminaba de ponerse los pantalones negros y el jersey de cuello vuelto, también negro, que había decidido llevar a la cena, se dijo que podía ser cautelosa. Y que debía serlo.

Pero no era así como se sentía. Se sentía excitada, esperanzada e impaciente. Tenía la esperanza de que no se cumpliera la peor de sus sospechas. Y de que las horas que tenía por delante serían tan buenas como cualquier otra hora que hubiera pasado con Hunter hasta el momento.

Y aquella noche podría terminar también con un beso…

A Terese no le importó asistir a la reunión de la Asociación de Padres Adoptivos. Hablaron de algunos problemas que habían surgido recientemente a causa del tráfico ilegal de niños en el mercado negro en Rusia y de la preocupación que sentían porque aquel tráfico pudiera tener algún vínculo con Children's Connection o con su orfanato asociado en aquel otro país. Hasta aquel momento, la investigación no había conseguido descubrir ninguna relación y aquella noticia se supo con alivio entre los miembros de la asociación de padres.

También se habló sobre una subasta de solteros que iba a celebrarse para reunir fondos. Terese se distrajo durante la primera parte de la charla, pero cuando todos comenzaron a intentar convencer a la presidenta de la subasta, Jenny Hall, de que pujara para conseguir una cita con alguien llamado Eric Logan, Terese sintió curiosidad.

—Está muy ruborizada, pero sonríe mucho ante la idea y no parece que esté muy en contra —le susurró a Hunter mientras observaba a la guapa mujer, que estaba intentando cambiar de tema desesperadamente.

—Me parece que tienes razón —respondió Hunter.

—¿Eric Logan tiene algo que ver con la mujer que me presentaste ayer?

—Leslie Logan. Sí, Eric es su hijo —confirmó Hunter—. Son buena gente. Y Jenny también es muy buena. Me gustaría que formaran una pareja.

La reunión terminó pronto y aunque podrían haberse quedado a tomar unos refrescos, Hunter y Terese prefirieron irse al restaurante.

El local estaba abarrotado. El vestíbulo estaba lleno de gente que esperaba su mesa y Hunter la dejó un momento para abrirse paso y hablar con el maitre y decirle que tenían reserva.

Terese lo observó mientras lo hacía, intentando no devorarlo con la mirada. Pero no era una tarea fácil. Hunter llevaba unos pantalones de lana marrones, una camisa beige y una americana de color chocolate y estaba tan guapo como cuando llevaba vaqueros o ropa de trabajo.

Sin embargo, ella no quería quedarse mirándolo embobada, así que fijó la mirada en una pareja que estaba junto a la barra, a poca distancia de ella.

El hombre le llamó la atención porque llevaba una tarjeta de identificación del Hospital General de Portland prendida en la solapa de la chaqueta. Parecía que se le había olvidado quitársela después del trabajo. Terese estaba lo suficientemente cerca como para leer su nombre, *Everett Baker* y el nombre del departamento en el que trabajaba, *Contabilidad*.

La mujer que estaba con él era joven y guapa y llevaba un uniforme de enfermera, así que Terese supuso que acababan de salir del hospital.

Además, Terese estaba muy cerca como para no oír su conversación, aunque intentara no hacerlo.

Hunter volvió justo en aquel momento y vio a la otra pareja. Intercambiaron unos breves saludos y después, Hunter se dirigió a Terese para decirle que su mesa

estaba preparada. Los dos siguieron al maitre y se sentaron. Entonces, Terese le preguntó:

—¿Conoces a esa pareja de la barra? —preguntó ella.

—No mucho —respondió Hunter—. La mujer es enfermera y creo que se llama Nancy. Estaba trabajando en la planta de Johnny una de las tardes que el niño pasó allí la semana pasada. Y al hombre me lo presentaron una vez en un acto benéfico, de pasada. Pero aparte de eso no los conozco mucho.

Terese asintió.

—¿Los conoces tú? —le preguntó Hunter.

—No. Vi la tarjeta de identificación de él y como tú estás involucrado en algunos de los asuntos del hospital, pensé que quizá fuerais amigos, o conocidos.

—Yo estoy involucrado en el APA, pero no mucho con el hospital.

Terese asintió de nuevo. Sin embargo, mientras abrían los menús se le ocurrió una idea, un modo de hacer que Hunter se delatara si aquella cena tenía otro propósito distinto a pasar una buena velada. Y ya que las sospechas que había sentido mientras se arreglaba seguían molestándola, decidió hacer una pequeña prueba.

Así que, intentando que su tono de voz fuera despreocupado, dijo:

—Estaban hablando de una adolescente embarazada.

—¿De veras?

—Sí —confirmó Terese—. La enfermera estaba diciendo que se le rompe el corazón al ver lo jóvenes que son algunas madres y lo solas que están. Pero… fue un poco raro, porque cuando lo dijo, el hombre se interesó mucho de inmediato, como si acabaran de darle un estímulo o una pista para una buena inversión.

Terese subrayó la última palabra y observó a Hunter atentamente a través de las pestañas, fingiendo que no levantaba la vista del menú, para examinar su reacción.

Sin embargo, no pareció que la mención de una posible inversión estimulara mucho a Hunter, porque lo único que dijo fue:

—Quizá sea su primera cita y él le está demostrando lo impresionado que puede llegar a quedarse por cualquier cosa que ella diga.

—Quizá —respondió Terese y se relajó ligeramente al comprobar que él no había mordido el cebo.

Entonces, él la ayudó a relajarse aún más al cambiar de tema por completo y centrar su atención en el menú.

—La última vez que comí aquí estaba con mi hermano y él tomó cangrejos de concha blanda. Me dijo que eran los mejores que había comido en su vida.

—Creo que probaré la gallineta —replicó Terese.

El camarero les llevó el vino que había pedido Hunter y después de que les tomara nota y se marchara, Terese decidió aprovechar la oportunidad y seguir con la conversación que él había iniciado.

—¿El hermano con el que estuviste aquí es el mismo que se quedó con tu padre en el rancho cuando tú estabas en la universidad y tu abuelo murió?

—Eres muy buena escuchando. Debe de ser la psicóloga que hay en ti —le dijo él y después respondió a la pregunta que ella le había hecho—. Sólo tengo un hermano, así que sí, ese hermano con el que estuve aquí es el que se quedó en el rancho. De hecho, aquella cena fue la última ocasión en que lo vi.

—¿Discutisteis sobre los cangrejos de concha blanda y la gallineta? —bromeó ella mientras les servían las ensaladas.

—No. Discutimos por el rancho. Yo me negaba a venderlo y él quería que lo hiciera y que le diera la mitad del dinero.

—¿Él es el dueño de la mitad del rancho?

—No, ya no. Yo hipotequé la propiedad y le compré su mitad. Pero al principio, mi padre nos la había dejado a los dos, así que cuando estuvimos aquí cenando él era el copropietario.

—¿Pero no quería trabajar en él?

—Él siempre decía que no era un paleto como nosotros. Después de que muriera mi abuelo, tuvieron una gran discusión. Sean no quería quedarse aunque mi padre necesitara la ayuda. Y Sean se fue, de todas formas. Además, limpió una de las cuentas del rancho. Ése fue el gran problema que hubo con él.

Terese arqueó las cejas.

—¿Le robó a su propia familia?

Hunter tomó aire y después exhaló un largo suspiro.

—Sí —admitió—. Mi padre se quedó hundido al enterarse de lo que había hecho Sean. Perder todo aquel dinero no fue tan devastador para él como saber que había sido uno de sus hijos el que se lo había robado. Mi padre y Sean no volvieron a verse.

—¿Y tú? ¿Mantuviste el contacto con él?

—No hasta que murió mi padre, hace unos diez años. Sean no vino al funeral, pero se puso en contacto con el abogado que gestionaba el testamento para averiguar si le había dejado algo. Me parece que eso requiere… agallas.

—¿Y tu padre le había dejado la mitad del rancho, pese a todo lo que había hecho?

—Mi padre luchó contra lo que había hecho Sean durante mucho tiempo, pero finalmente decidió que si Sean necesitaba marcharse de aquí a toda costa y le hubiera pedido el dinero, él se lo habría dado. Supongo que al final, lo perdonó. Mi padre nunca perdió la esperanza de que Sean cambiara de opinión en cuanto al rancho y quisiera volver a trabajar con la familia. Creo que por esa razón no desheredó a Sean.

—¿Y el hecho de que fuera propietario de la mitad del rancho no hizo que cambiara de opinión? —le preguntó Terese.

Hunter se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Sean es… no sé, distinto. Siempre creyó que era mejor que los demás y que se merecía más que los demás. El problema es que parece que no encuentra a nadie que también lo crea. Así que ha saltado de un trabajo a otro, de una relación a la siguiente…

—Entiendo que no había tenido éxito profesional y que por eso quería que vendieras el rancho y le dieras su parte…

—Intentó convencerme de que lo hiciera en cuanto supo que era el copropietario…

—¿No podía obligarte?

—Mi padre dejó una cláusula en el testamento. Se suponía que yo era una especie de salvaguardia en caso de que Sean continuara siendo… Sean. Yo tenía la capacidad de negarme a vender. Esa decisión estaba en mis manos y Sean no podía hacer nada sin mi consentimiento.

—Eso parece la receta para un conflicto.

—Exacto. Cuando volvió a Portland, comenzó a presionarme amigablemente y a intentar convencerme de todo lo que me perdía en el mundo al quedarme atado a este rancho y de que yo debía vender la propiedad por el bien de los dos. Normalmente yo me negaba a vender y le daba algo de dinero. Sin embargo, las últimas veces… la cosa se volvió fea. Comenzó a decirme que estaba cansado de tener que venir a pedirme dinero, que él tenía derecho a la mitad de todo. Dijo que quería lavarse las manos del rancho y de mí. Yo supe que nunca cambiaría de opinión, así que al final cedí. Hice que tasaran el terreno y le compré la mitad a Sean.

—Y desde entonces no has vuelto a verlo.

—Dudo que vuelva a saber algo de él —respondió Hunter, con una expresión de tristeza. Sin embargo, parecía que no era de los que perdían el sentido del humor, porque esbozó una ligera sonrisa y añadió—: A menos que necesite uno de mis riñones o algo así, en cuyo caso me buscaría.

—Las familias son complicadas —afirmó Terese, mientras les retiraban los platos de ensalada y llegaba el segundo plato.

Mientras comenzaban a disfrutar del marisco y del pescado, él dirigió la conversación hacia ella.

—¿Y tu familia y ese asunto de la peor melliza? No parece que tu hermana y tú tengáis una relación cercana.

Él había sido abierto y sincero con ella, así que Terese sintió que le debía lo mismo.

—No es cercana en absoluto. De hecho, a veces no nos vemos durante meses, aunque vivamos en la misma casa. Eve casi nunca está en la ciudad. Pasa el tiempo

con sus amigos en Londres, París y Nueva York. Portland sólo es su base y no pasa mucho tiempo aquí.

—Creía que los mellizos y los gemelos eran inseparables —dijo Hunter.

—Nosotras no. Somos muy distintas. Nunca nos han interesado las mismas cosas. Y al morir mi madre, cuando teníamos siete años…

—Mi madre también murió cuando yo tenía siete años —dijo Hunter, sorprendido por aquella coincidencia—. Se cayó de un caballo.

—Mi madre murió en un accidente de tráfico —le explicó Terese—. Pero yo nunca te he oído hablar de una madrastra…

—No, mi padre no volvió a mirar a otra mujer.

—Bueno yo no puedo decir lo mismo del mío. Él se casó de nuevo un año después de la muerte de mi madre. Y su nueva esposa tenía veintitrés años.

Hunter arqueó las cejas.

—¡Vaya!

—Sí. Ella era más parecida a alguien que habrían podido contratar como canguro, pero de repente, era nuestra madre. O al menos, la madre de Eve.

—¿Y tuya no?

—Ellen, mi madrastra, nos echó un vistazo a las dos y pareció que al momento, había decidido que Eve sería su preferida y que yo estaba en medio.

—¿Así que fue una madrastra malvada?

—Bueno, eso podría ser un poco exagerado —respondió Terese—. Pero definitivamente yo no era su favorita.

—¿Por qué no? —le preguntó, como si fuera un concepto que no podía entender.

—En gran parte, debido al hecho de que Eve era más guapa. Ellen siempre nos estaba comparando, diciendo cosas como que el pelo de Eve era más fino y más liso y que el mío era áspero y feo. O que Eve era como una muñequita y que yo era todo rodillas, codos y torpeza, como un burro.

—¿De veras esa mujer os comparaba y te decía que tu hermana era mejor? —preguntó Hunter, indignado.

—Sí. Durante años y años, no pasó un día en que Ellen no nos comparara. Y a medida que Eve se hacía mayor, comenzó a obsesionarse tanto como Ellen con la apariencia física y comenzó también a echarme en cara mi aspecto y mis defectos físicos. Y como yo no quise operarme…

—Un momento. ¿Esas dos querían que te hicieras la cirugía plástica?

—Bueno, ellas lo llamaban cirugía para mejorar. Para mejorar mi aspecto y que no fuera… del montón.

—Del montón —repitió él.

—Desde que nos conocimos, mi madre no dejó de repetirme que era del montón. Y Eve también me lo decía.

—Y por eso tú piensas que eres la peor de las dos mellizas.

—Bueno, no es tan malo como parece. Yo estoy acostumbrada.

—Nadie debería acostumbrarse a que le digan que es del montón. Ni a pensar que es menos que otro.

—Hace mucho tiempo que decidí tener en cuenta de qué fuente provenía todo esto. Yo no respetaba el estilo de vida ni la forma de pensar de mi hermana y mi madrastra, así que no permití que la apariencia se convirtiera en el punto más importante de mi vida, como lo era para ellas. Así que, cada vez que me decían lo que opinaban sobre mí yo tenía en cuenta quién me lo estaba diciendo. No les hacía demasiado caso.

—Espero que eso sea cierto. Pero parece que eso ha estado ocurriendo desde que eras pequeña y supongo que a los nueve o diez años todavía no habrías aprendido a tener en cuenta quiénes eran la fuente de esas opiniones. Tuvo que tener un fuerte impacto sobre ti. Sobre tu forma de verte.

—A decir verdad, el mayor impacto vino mucho más tarde y no de mi familia —dijo Terese. Hunter frunció el ceño al oír aquello, pero después de haber hecho el comentario, Terese pensó que no quería explicárselo. Así que dijo—: Digamos que sobreviví a la opinión que Eve y mi madrastra tenían de mí.

—Sobreviviste, pero piensas que eres la peor melliza.

—No. Sé que soy menos engreída, menos egoísta, muy poco parecida a Eve.

Hunter sonrió.

—Espero que sea cierto. No me gusta pensar que estás convencida de que eres menos que esas dos.

—Si te lo garantizo, ¿dejarás el tema de la peor gemela para siempre? —le preguntó ella, con más coquetería de la que hubiera querido.

—Convénceme —respondió Hunter, con una sonrisa que hizo que Terese sintiera fuego en las venas.

Terese se puso una mano sobre el corazón y dijo solemnemente:

—De veras creo que soy la melliza más estupenda.

Hunter soltó una carcajada.

—Me lo voy a grabar en la memoria, junto al apartado de aficiones.

Él se rió de nuevo y sacudió la cabeza, pero el regreso del camarero impidió que dijera nada más.

El camarero intentó tentarlos a que tomaran un postre, pero ni Terese ni Hunter tenían más apetito, así que pidieron la cuenta. Hunter insistió en pagar la cena y después, salieron del restaurante.

Habían llevado el coche de Terese porque Hunter sólo tenía la camioneta, pero él había conducido en el camino de ida y Terese se alegró de que condujera también durante el de vuelta al rancho.

Mientras iban hacia casa, él la miró, le lanzó una sonrisa y le preguntó:

—¿Puedo preguntarte algo más sobre tu hermana? Pero antes, me gustaría que supieras que si no quieres responder, no tienes por qué hacerlo.

—Está bien —dijo ella.

—Margee y yo conocimos a Eve en el sexto mes de su embarazo y le respondimos a todas las preguntas que nos hizo, pero a nosotros nos pareció poco delicado preguntarle ciertas cosas sobre las que teníamos bastante curiosidad.

—¿Como por ejemplo?

—Su actitud era un poco extraña para ser una madre soltera que iba a dar a su bebé en adopción. Tenía veinticinco años, era una persona culta y rica que podía mantener a un hijo… y nos resultó difícil creer que no supiera quién era el padre, que fue lo que nos dijo cuando se lo preguntamos. Después de lo que ocurrió la semana pasada, creo que yo debería tener esa información, por si acaso ocurre algo más con la salud de Johnny.

Aquélla era una pregunta razonable. Y Terese sabía la respuesta, pero reflexionó un instante sobre si debería dársela a Hunter.

En realidad, no estaría divulgando ninguna confidencia que le hubiera hecho su hermana. Eve se había visto como la víctima de aquella situación y había hablado con total libertad sobre ella. De hecho, Terese había oído una vez a su hermana explicándoselo todo a su manicura, incluso los detalles más sórdidos. Si la manicura de Eve podía saberlo, ¿por qué no iba a poder saberlo el hombre que se había convertido en el padre de Johnny?

Terese pensó que sí debía decírselo. Se lo merecía.

—Eve no mintió cuando dijo que no lo sabía. En aquel momento se estaba acostando con tres hombres. Uno de ellos estaba casado y ella no quería pedirle que se hiciera la prueba de paternidad, porque la esposa era amiga de Eve. Otro hombre era un extraño al que había conocido en Montecarlo y no podía seguirle la pista. Y el tercer candidato era un hombre que decidió que no quería saber nada más de ella antes de que ella supiera que iba a tener un bebé.

—¡Oh!

No era una imagen muy bonita y Terese lo sabía. Además no estaba segura de que Hunter quisiera seguir escuchando la historia, así que se lo preguntó.

—Sí, me gustaría —dijo él.

—Está bien. El embarazo se debió a un fallo del método anticonceptivo que utilizaba Eve. No se dio cuenta de que había fallado porque estaba usando un método de largo período, una inyección que su ginecólogo le ponía cada pocos meses y que se suponía que evitaba sus ciclos. Pero parece que no es el método más fiable para impedir la ovulación. Como ella siguió sin menstruar, simplemente pensó que

los efectos de la inyección no habían pasado y esperó otros dos meses antes de ir a la consulta del ginecólogo.

—Y para entonces, el embarazo estaba demasiado avanzado como para interrumpirlo —concluyó Hunter.

—Exactamente. En cuanto a quedarse con Johnny… Eve nunca quiso tener hijos. De hecho, se hizo una ligadura de trompas en cuanto Johnny nació para asegurarse de que aquello no volviera a suceder. Y se negó a que Johnny permaneciera en su vida.

Hunter apartó los ojos de la carretera oscura y durante un instante miró a Terese.

—¿Sabes? Al final del proceso de adopción, hubo un acortamiento extraño de los plazos que nunca nos explicaron. Pensábamos que aún quedaban varios días para que nos entregaran a Johnny pero de repente, recibimos una llamada de la agencia diciéndonos que podíamos recogerlo en una hora. Eso no tuvo nada que ver contigo, ¿verdad?

Aquel hombre era muy perceptivo, aparte de todo lo demás.

Pero Terese no veía ninguna razón para mentirle, así que le contó lo que había ocurrido inmediatamente después del nacimiento de Johnny que había querido quedarse ella misma con su sobrino, pero que su hermana se había asegurado de que aquello nunca ocurriera.

—No puedo decir que sienta que no te dejara quedártelo —confesó él, después de un momento—. Pero siento que fuera tan duro para ti.

—Y yo me alegro de que fuera a parar a un buen hogar y de que haya podido conocerlo —dijo Terese, mientras llegaban al rancho.

Hunter pasó por delante de la casa y aparcó el coche muy cerca de la cabaña. Era tarde y como él había previsto que no llegarían pronto a casa, Willy y Carla se habían quedado a pasar la noche en la habitación de invitados y parecía que ya se habían acostado, porque la única luz que se veía era la del vestíbulo, que siempre se quedaba encendida de noche.

Para Terese, aquello significaba que la velada había terminado.

Mientras Hunter apagaba el motor, se recordó que acababa de pasar varias horas con él y que no tenía por qué lamentar que se acabara.

Pero eso no sirvió de nada.

Hunter salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta. Mientras iban hacia la cabaña, le devolvió las llaves.

Pero después de dárselas, hizo algo más que consiguió que Terese se estremeciera ligeramente. Le puso la mano en la espalda, a la altura de la cintura.

Probablemente, sólo fuera un gesto de cortesía, pensó ella, pero aquello no cambiaba el hecho de que le gustara tanto sentir su palma en la espalda. Sentía

pequeñas descargas eléctricas que se generaban en aquel punto y se le extendían por el cuerpo.

Cuando llegaron a la cabaña, él apartó la mano y ella hizo lo que había hecho las noches anteriores: abrió la puerta, encendió la luz, entró en la casa y se volvió hacia Hunter. Como si no se hubiera dado cuenta de que había sido la primera vez que él la tocaba.

—Después de una noche como ésta, te invitaría a una última copa, o a una taza de café —le dijo, intentando que su voz sonara con normalidad—. Pero me temo que no tengo nada de eso para ofrecértelo.

—De todas formas, debo irme ya —le dijo él con una sonrisa lenta y perezosa, tan sexy que a Terese casi se le paró el corazón.

Sin embargo, Hunter no hizo ademán de marcharse. En vez de eso, se apoyó con un hombro en el quicio de la puerta, tal y como había hecho las demás noches. Pero aquella noche, alargó el brazo y le tomó la mano a Terese. Y ella, como hipnotizada, se acercó un poco a él, lo suficiente como para percibir el olor de su loción de afeitar y como para sentir el calor que irradiaba su cuerpo grande, duro y masculino…

—Mañana será un día de trabajo normal —le dijo él—. Pero le prometí a Johnny que después de la cena iríamos a comprar su disfraz para Halloween. ¿Te apetece acompañarnos?

—Claro que sí —respondió ella.

—Y si termino el trabajo pronto, quizá vacíe y talle las calabazas que faltan antes de cenar.

—¿Serviría de algo que cocinara yo? —preguntó ella, haciendo uso de la pequeña parte del cerebro que le funcionaba en aquel momento.

La sonrisa que él tenía en los labios se hizo aún más amplia.

—Es verdad —dijo él, como si acabara de recordar algo divertido—. Dijiste que sabías cocinar. Quizá deba hacer que lo demuestres.

—Quizá —replicó Terese, sorprendida, porque su propia voz tenía también un tono burlón e íntimo.

—Entonces, de acuerdo. Yo tallaré las calabazas mientras tú cocinas. Pero no vale hacer trampas —le advirtió él.

—¿Y cómo voy a hacer trampas mientras hago la cena? —preguntó Terese.

—No vale llamar a escondidas a la cocinera de la familia para hacer una receta y después decir que lo has hecho tú sola.

—Vaya, acabas de descubrir mi plan.

Hunter se inclinó hacia ella y le dijo, en voz baja, a modo de secreto:

—Si las cosas van mal, a Johnny y a mí nos gustan mucho los sandwiches de mantequilla de cacahuetes.

—Lo tendré en cuenta —respondió Terese y alzó la cabeza como gesto de aceptación del desafío.

Lo cual dejó sus rostros a muy poca distancia el uno del otro.

Mientras se miraban a los ojos, ninguno dijo una sola palabra. Y en el silencio, parecía que el aire chisporroteaba por la misma electricidad que ella había sentido cuando él le había posado la mano en la espalda. Era una electricidad que se estaba generando entre ellos dos.

Y en aquel momento, Hunter recorrió el camino que le faltaba hasta sus labios y la besó.

Pero, al contrario que con el beso de la noche anterior, aquél fue un beso más seguro desde el principio. Él abrió los labios sobre los de Terese e hizo que ella los abriera también. Al mismo tiempo colocó una mano en su cintura y la dejó allí unos segundos, para después rodearla con los brazos y convertir el beso en una caricia aún más profunda.

La mente de Terese se quedó en blanco de todo pensamiento salvo de aquel beso que estaba experimentando. De la sensación que le producía tener la mano en su cadera. De sentir la otra mano sobre su pecho y de sentirse abrazada por él, sujeta contra su magnífico cuerpo.

Él separó más los labios y deslizó la punta de la lengua hasta rozarle los bordes de los dientes y Terese respondió a la llamada y le devolvió el roce, tímida pero atrevida a la vez.

Fue todo el estímulo que él necesitaba. Abrió más la boca y su lengua comenzó a danzar con la de ella, en círculos, para provocarla jugueteando, para exigir que el beso se volviera más caliente y más sensual a cada segundo.

Casi demasiado sensual como para no inspirar deseos de que las cosas fueran más allá de un beso. Terese estaba empezando a notar cuántas cosas se estaban despertando en su interior y cuántas se estaban despertando también en Hunter cuando él comenzó a acariciarle la espalda.

Pero justo cuando todos aquellos mensajes alcanzaban la parte racional de su mente, él debió de decidir que sería mejor no dejar que las cosas fueran más lejos, porque retiró la lengua de mala gana y rompió el beso lentamente.

Sin embargo, no dejó de abrazarla mientras le decía con suavidad:

—Espero que no te hayas aburrido mucho durante la reunión.

Nunca había nada aburrido durante el tiempo que Terese pasaba con él, pero ella no creyó que debiera revelárselo, así que tan sólo respondió:

—No, no me he aburrido.

Y aunque hubiera sido la reunión más pesada del mundo, habría merecido la pena asistir sólo por aquel beso…

—Me lo he pasado muy bien —le dijo él.

—Yo también.

—Gracias por llenar esos vacíos de información que tenía sobre tu hermana y Johnny.

—De nada. Gracias por la cena —respondió ella.

Aquel comentario hizo que él esbozara aquella deliciosa media sonrisa malvada suya.

—Me compensarás mañana, cuando cocines, ¿no te acuerdas?

Terese le devolvió la sonrisa. Iba a demostrarle que cocinaba de veras.

—Me acuerdo. ¿Quieres el pan tostado en el sandwich de mantequilla de cacahuete o no?

Él se rió.

—No.

Después, la besó de nuevo. Brevemente.

Pero, aun así, mantuvo su mirada fija en los ojos de Terese durante el tiempo suficiente como para que ella se preguntara si iba a besarla más veces, lo cual le habría parecido muy, muy bien.

Finalmente, él sonrió de nuevo y la soltó.

—Nos vemos mañana —le dijo mientras se alejaba de la cabaña.

—Hasta mañana —respondió ella, deseando en secreto que nunca se acabaran aquellas sonrisas, mientras lo observaba alejarse.

Entonces, él la saludó con la mano y desapareció por la puerta de la habitación de barro.

Terese echó un último vistazo, dejó escapar un suspiro de felicidad y después cerró la puerta.

Y fue entonces cuando se le ocurrió que su peor sospecha no se había confirmado. De hecho, todo había salido de la mejor manera posible.

Así que había sido una boba al preocuparse de todas aquellas cosas, pensó mientras se quitaba los zapatos.

Sin embargo, también se dio cuenta de otra cosa.

En lo más profundo de su ser tenía la esperanza de que el beso de la noche anterior y la cena y el beso de aquella noche podrían significar que Hunter de verdad veía algo que le gustaba en ella.

Y aquella pequeña esperanza era suficiente para asustarla.

Porque cuando había aquella clase de esperanza, el dolor podría venir después…

Capítulo 6

—¡Hola! ¡Soy yo!

—Pasa estoy en la cocina —dijo Terese, cuando oyó que Carla se anunciaba desde la puerta principal.

A los pocos instantes, Carla entraba en la cocina.

—Willy está en el establo con Hunter y Johnny —le dijo Terese—. Están tallando las calabazas, pero vendrán ahora mismo.

Carla asintió ante aquella información, pero pareció que su interés se centraba en la fuente de pollo que Terese había puesto en el centro de la mesa antes de volver a la cocina para limpiar los fogones.

—¡Oh, vaya! Este olor me trae muchos recuerdos.

—¿El pollo frito?

—El pollo frito aquí —aclaró Carla—. Es gracioso que un olor pueda llevarte a otro momento del pasado, ¿verdad?

—Espero que fuera un buen momento.

—Bueno, es un recuerdo agridulce, ahora que Margee ya no está. Me recuerda a un picnic al que fuimos Willy y yo con Margee, Johnny y Hunter el verano anterior a que ella muriera. Margee hizo pollo frito y toda la casa olía como ahora.

—Hunter me ha contado que erais muy amigas.

—Sí, era mi mejor amiga —dijo Carla—. Hunter y Willy también eran muy amigos y trabajaban juntos. Así que es natural que los cuatro tuviéramos vínculos tan fuertes como los de una familia.

Carla se sentó en la mesa y comenzó a revolver su bolso buscando algo. Tomó su cartera, la abrió y sacó una fotografía que le tendió a Terese.

—Mira, creo que esta foto es de aquel picnic.

Terese terminó de limpiar y se acercó a la mesa para tomar la fotografía. Estaba impaciente por verla.

—Me preguntaba cómo era la mujer de Hunter. No hay muchas fotografías por la casa.

—Margee lo prefería así. Era modelo, ¿sabes?

—No, no lo sabía.

—Sobre todo, trabajaba como modelo fotográfica, así que siempre estaba viendo fotografías suyas por todas partes y prefería no tenerlas también en casa. Aunque fuera modelo, era la persona menos engreída que he conocido. Siempre decía que no quería ver su cara por todas partes. Así que todas las fotografías están en álbumes.

Terese estudió la foto. Carla, Willy y la difunta esposa de Hunter aparecían en ella sonrientes, con los brazos entrelazados.

—Hunter tomó la foto, por eso no está en ella. Y Johnny estaba durmiendo en una manta, bajo la sombra de un árbol —le explicó Carla.

Sin embargo, Terese no prestó demasiada atención a lo que Carla le decía, porque era la impresionante rubia de la fotografía la que tenía todo su interés en aquel momento.

Margee Coltrane era una mujer alta y esbelta, con el pelo rubio y brillante, los ojos azules y los rasgos perfectos.

—Era preciosa —dijo Terese, con un respeto reverencial. Margee había sido exquisita.

—Lo sé —dijo Carla—. Y era una persona muy natural. Nunca llevaba maquillaje, salvo para sus sesiones de fotografía profesional. Y podía comer más que Willy y Hunter a la vez, pero no engordaba. Y no creas que en esa fotografía está especialmente guapa; en persona era incluso mejor.

Terese miró la fotografía de nuevo, no demasiado animada al oír todo aquello.

—Es un poco desmoralizante —dijo, más para sí misma que para Carla.

Pero Carla la oyó y soltó una carcajada irónica.

—¡Dímelo a mí! Si no hubiera sido tan buena y tan divertida yo la habría odiado.

Aquello hizo que Terese también se riera. Ella no odiaba a Margee, pero sí tuvo una sensación de inseguridad mientras seguía observando la foto. Sintió inseguridad al pensar en cómo una persona de aspecto tan corriente como ella podría competir con una persona que había sido tan bella.

O atraer a un hombre que ya había tenido una compañera tan bella…

—Ahí vienen los chicos —dijo Carla en aquel momento—. Deja que guarde la foto antes de que la vean. No quiero que nadie se ponga triste.

Terese le devolvió la foto sin decir nada. Ella tampoco quería que Hunter viera la fotografía.

Sin embargo, mientras los hombres y Johnny entraban por la puerta y todos se saludaban antes de que Willy y Carla se marcharan, ella no pudo evitar que la imagen de la difunta esposa de Hunter la obsesionara.

Después de la cena que había preparado Terese, que obtuvo entusiasmados halagos por parte de Johnny y de Hunter, los tres se fueron a comprarle un traje de Halloween al niño. Durante la compra, Johnny había decidido que Terese también debía disfrazarse como una princesa muy guapa, que según dijo él, había visto en un libro de cuentos. Johnny insistió en que la princesa era igual que Terese.

Terese había rechazado suavemente la idea de disfrazarse, pero su sobrino no había cejado hasta que ella había accedido a comprar, al menos, una corona de piedras preciosas, que debería llevar cuando acompañara a Hunter y a Johnny a pedir caramelos a los vecinos.

Cuando volvieron a casa, bañaron a Johnny y lo prepararon para acostarse, pero antes de meterse en la cama, Johnny buscó el libro en el que había visto a la princesa y se la enseñó a Terese y a su padre.

—¿Lo ves? —le preguntó a Terese, señalándole el dibujo—. ¡Eres igual que ella! Tiene el pelo largo y lo lleva en una trenza como tú y tiene los ojos azules como tú y esos puntos en la cara.

—Los puntos se llaman pecas —le dijo Terese, mientras miraba por encima de la cabecita de su sobrino el cuento.

Ella no veía el parecido, pero le agradaba que Johnny pensara que ella era como una princesa.

—¡Por eso tienes que ser una princesa en Halloween! Deberías haber comprado un vestido entero y estarías tan guapa como la princesa.

—Bueno ya está bien con el traje —dijo Hunter—. Deja que Terese te lea el cuento de la princesa para que puedas dormirte, o mañana estarás demasiado cansado para tu fiesta y para ir a pedir caramelos por la noche.

Aquélla fue una buena advertencia. Johnny le entregó el libro a Terese y escuchó atentamente mientras ella le leía la historia. Cuando ella terminó, Johnny se metió bajo la manta y les dio las buenas noches a Terese y a su padre, como si tuviera prisa por dormirse para que el día siguiente llegara más rápidamente.

Terese y Hunter salieron de la habitación del niño y bajaron a la cocina.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —le preguntó Hunter por el camino—. Mañana, antes de que vaya a la guardería, podemos parar en una pastelería y comprar galletas.

—Claro que sí quiero hacerlo —dijo Terese.

Hunter se había acordado aquella misma noche de que él había recibido el honor de aportar las galletas a la siguiente fiesta de Halloween de la guardería el año anterior. Cuando Terese se enteró de que tenía pensado llevar un paquete, se había ofrecido a hacerlas ella misma cuando Johnny estuviera acostado. Y ya que Johnny había apoyado la moción con entusiasmo, porque decía que los otros niños siempre llevaban galletas que les hacían sus madres, Hunter había accedido.

Pero no sin insistir en que ayudaría a Terese en la tarea.

Y aquello le pareció muy bien a Terese, porque aunque había cocinado mucho aquel día, no había cocinado con Hunter como pinche.

—Estás trabajando mucho en la cocina hoy —le dijo Hunter.

—No importa. Me gusta —le aseguró ella—. Piensa que es mi oportunidad de atacar y ensuciarme.

—Oooh, me gusta cómo suena eso —dijo él, con la voz más sexy que ella hubiera oído nunca.

Ella sabía que sólo era una broma, pero de todas formas al oírlo sintió un cosquilleo excitante en el cuerpo, un cosquilleo que continuó hasta la cocina.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —preguntó él cuando llegaron.

—Remangándonos y lavándonos las manos —respondió ella.

Ambos se lavaron y se secaron. Después, Terese comenzó a medir los ingredientes para hacer las galletas de avena mientras Hunter preparaba las bandejas del horno.

—Bueno, ahora cuéntame dónde aprendiste a cocinar —le preguntó a Terese.

—Esperaba que no me lo preguntaras —confesó ella.

—Te escapaste de casa un verano y trabajaste de ayudante de cocina para mantenerte —aventuró Hunter.

—No. De hecho, creo que ya te he contado que Eve y yo pasábamos la mayor parte de los veranos en Europa. Nuestra abuela paterna ha vivido siempre en París y nuestro padre nos enviaba allí en cuanto terminaba la escuela. Decía que necesitábamos la atención de una mujer. Pero la abuela tampoco sabía muy bien qué hacer con nosotras. Cuando éramos pequeñas, nos dejaba con las niñeras, pero cuando nos hicimos mayores, necesitaba tenernos ocupadas en cosas que no le quitaran tiempo.

—¿Te ibas a Europa a pasar el verano con tu abuela pero tenías que hacer cosas que no la involucraran? ¿Y cómo te afectaba eso?

Terese se encogió de hombros.

—¿Que cómo llevaba que mis padres y mis abuelos no quisieran estar conmigo?

Hunter asintió y frunció el ceño, apenado por lo que estaba escuchando.

—No lo sé. En realidad, nunca conocí otra cosa. Para mí, las cosas eran así. Y para mi hermana también. Sin embargo, ella enseguida se aficionó a los balnearios, las compras, los tratamientos de belleza y las reuniones sociales. Yo, por otra parte, me aburría con esas cosas y me iba con la cocinera. Cuando mi abuela se dio cuenta de que eso era lo que hacía, me envió a clases de cocina de verano en una escuela francesa. Pasé allí los días durante muchos veranos.

—Así que eres una chef experta y no quieres alardear —dijo Hunter.

—No sé si soy experta. Casi nunca tengo oportunidad de poner en práctica todo lo que aprendí. Pero sí sé cocinar.

—Así que tienes una habilidad que te puede resultar muy útil si el clan de los Warwick pasa por malos tiempos. Lo veo: tú en la cocina y Eve sirviendo las mesas.

Terese se rió.

—Y podría contratar a Johnny para que tostara los malvaviscos del postre.

—No se cobrará más si el cliente prefiere que los tire al suelo de camino a la mesa —contribuyó Hunter, riéndose con ella.

Después, él dijo:

—Bueno, aprendieras donde aprendieras, el pollo frito de hoy ha sido el mejor que he tomado en mi vida y además, te agradezco mucho que hagas las galletas para la fiesta de Johnny. Algunas veces yo no soy tan bueno haciendo de padre y de madre.

A Terese, aquélla le pareció una buena oportunidad para abordar el tema de su mujer, para que él continuara con lo que Carla había empezado a contarle sobre la madre de Johnny durante sus primeros dos años de vida.

Con la mirada fija en la masa de las galletas, que estaba colocando con una cuchara en pequeños montones sobre la bandeja del horno, le dijo:

—Carla me ha contado que tu mujer también hacía un pollo frito muy rico.

—Es cierto —respondió Hunter, pero no dijo nada más y Terese no supo si debía insistir o no. Decidió que lo intentaría una vez más.

—También me ha dicho que el olor de la casa de hoy le había traído muchos recuerdos. ¿A ti también te ha ocurrido? ¿Te ha recordado a tu mujer?

—Muchas cosas me recuerdan a ella, pero el olor al pollo de hoy no —respondió Hunter y se quedó callado, como si aquél fuera el final de la conversación.

Bien, así que quizá él no quisiera hablar de su mujer. Terese no insistió.

Pero entonces, cuando parecía que Hunter no iba a decir nada más, lo hizo.

—Así que Carla se acordó de Margee, ¿eh?

—Eso me dijo. Recordó un picnic que habíais hecho.

Hunter asintió.

—Nos lo pasábamos muy bien juntos —le explicó él con nostalgia.

—Carla me dijo que Willy era tu mejor amigo y que Margee era su mejor amiga.

—Es cierto.

—¿Y cómo se formaron las parejas? ¿Estaba Willy saliendo con Carla y ellos te presentaron a tu mujer?

—Bueno, no hubo presentación, en realidad. Todos íbamos al mismo instituto y Carla y Willy comenzaron a salir muy pronto. Entonces, ellos nos animaron a salir también, como hacen los niños. Pensaban que yo debía pedirle que fuera conmigo a los bailes y cosas así.

—¿Y lo hiciste?

—Sí. La primera vez que lo hice, ella me dijo que no.

Terese se rió.

—Vaya, vaya.

—Había esperado demasiado y ella ya tenía una cita. Pero vino conmigo al cine la semana siguiente.

—¿Y estuvisteis juntos desde entonces?

—Más o menos. Se marchó durante una temporada a aprender la profesión de modelo. Ella trabajaba de modelo fotográfico.

—Me lo ha contado Carla.

—Pero cuando consiguió trabajo fijo para algunas revistas y se estableció en una agencia, volvió a Portland y nos casamos tres semanas después de Willy y Carla.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Hace ocho, casi nueve años.

—¿Así que sólo llevabais casados tres años cuando decidisteis adoptar un bebé? Quiero decir que… sé que el papeleo lleva tiempo y todo eso y Johnny tiene cuatro años…

—En realidad, Margee quiso tener hijos rápidamente. Pero tuvo un embarazo ectópico que le dejó el útero dañado y después no pudo quedarse embarazada. Por eso comenzamos el proceso de adopción. Y pasaron dos años hasta que conseguimos a Johnny.

—Y otros dos años antes de que la perdieras —dijo Terese suavemente.

Hunter asintió y en aquella ocasión, su expresión reflejó una infinita tristeza.

—Estaba de camino a hacerse las fotografías para un catálogo de bañadores en California. Iban a hacerlas en un lugar bastante lejano al que se accedía en helicóptero. El helicóptero se estrelló y no hubo supervivientes.

—Debiste de quedarte destrozado.

—No me acuerdo de mucho de aquellos primeros meses. Creo que era como un muerto viviente. Me levantaba por las mañanas, ponía un pie delante del otro y hacía lo que podía para superar el día. Willy y Carla se quedaron conmigo y llenaron los vacíos.

—¿Y Johnny? ¿Se enteró de mucho, a los dos años?

—No, de mucho, no. Preguntaba por ella y lloraba. No había manera de hacer que entendiera lo que había ocurrido. Yo lo intenté, pero era demasiado pequeño. Lo único que podía decirle era que mamá se había marchado y que no podía volver. Al final, se rindió.

—Debió de ser mucho más duro para ti teniéndole a él preguntando y echándola de menos —dijo Terese, con la voz temblorosa.

—Me rompía el corazón. Pero lo superamos —dijo él, en tono resignado.

—¿Y desde entonces, no has tenido ninguna cita? —le preguntó Terese, incapaz de resistirse a la curiosidad.

Hunter soltó una carcajada seca.

—No.

—Pero debes de haber tenido oportunidades —dijo Terese.

—No importa. Cuando conseguí recuperarme de la muerte de Margee, me pareció que Johnny debía ser el centro de mi vida. Así que me dije que no iba a involucrarme en ninguna otra relación y por eso no salí con nadie.

Terese se preguntó cómo encajaba con eso el hecho de que ella estuviera allí y lo que estaban haciendo. Pero no lo preguntó. En vez de eso, dijo:

—¿Y ahora? ¿Habla Johnny de su madre?

—Un poco, de vez en cuando, pero no mucho. Entiende que murió, aunque no estoy seguro de si comprende el concepto. Creo que no se acuerda mucho de ella y no le parece alguien real. Es una pena, porque Margee era una madre estupenda y quería muchísimo a Johnny. Era una persona maravillosa. Era dulce, cariñosa, generosa, paciente…

Cuando él se interrumpió, Terese dejó de repente de poner las galletas que había sacado del horno y había dejado enfriar en la lata en la que las estaba guardando y lo miró preocupada por si él estaba demasiado disgustado como para continuar.

Pero no fue así. en vez de eso, vio que Hunter la estaba observando atentamente.

Entonces, él dijo:

—En realidad, tú te pareces a Margee en muchas cosas, ahora que lo pienso.

—¿Yo? —preguntó Terese asombrada—. Yo estoy muy lejos de ser modelo.

Hunter no le hizo caso a aquello.

—Margee tenía muchas más cosas que la belleza. Y no le daba importancia. No se daba cuenta de qué eran las cosas que la hacían tan especial.

«¿Él piensa que yo soy especial?», se preguntó Terese, sin dar crédito.

Aquella posibilidad la halagó y la azoró al mismo tiempo y notó que se estaba ruborizando.

—Bueno, voy a limpiar todo esto —murmuró, mientras llevaba el cuenco de masa vacío al fregadero.

Hunter debió de ver que se había ruborizado y ella le agradeció que le concediera algunos segundos para tranquilizarse. Él se puso a meter más galletas en la lata mientras ella aclaraba el cuenco y los utensilios y los metía al lavaplatos.

El temporizador del horno sonó y ella sacó la última bandeja de galletas del horno mientras seguía pensando en lo que él le había dicho e intentando controlar el efecto que había tenido en ella.

—Bueno, ¿has terminado de estar avergonzada? —le preguntó él, con una voz suave, baja, íntima.

Terese sonrió ligeramente.

—No del todo —respondió.

Hunter se acercó a ella y la miró a los ojos.

—Me gustaría borrar todas las cosas poco agradables que te han dicho durante tu vida —le dijo—, y convencerte de lo maravillosa que eres.

Terese no pudo evitar sonreír más y ruborizarse de nuevo.

Pero en aquella ocasión Hunter no le dio espacio para que superara su azoramiento. En aquella ocasión se quedó frente a ella, observándola, sonriendo.

Entonces, le dio un beso en la frente, un beso largo y permitió que el calor de su respiración bañara su piel durante un momento. Lo suficiente como para que ella olvidara su vergüenza. Para que olvidara lo guapa que era Margee. Como para que lo olvidara todo, salvo lo bien que se sentía al lado de Hunter.

Entonces, él abandonó su frente y recorrió con los labios su sien y su mejilla hasta que llegó a su boca y la besó.

El primer beso fue muy tierno, pero el siguiente fue más profundo, más serio. Hunter deslizó la mano bajo su barbilla e hizo que elevara la cabeza mientras le acariciaba con los pulgares entre el pelo.

Con voluntad propia, los brazos de Terese rodearon a Hunter y ella apretó las palmas de las manos en su espalda mientras sus labios se encontraban, se separaban y se encontraban de nuevo. Deliberada, lenta, perezosamente.

Al menos, los besos fueron deliberados, lentos y perezosos durante un tiempo. Después se hicieron más fuertes, más hambrientos, intensos y exigentes.

Hunter la abrazó y la sostuvo con fuerza contra su cuerpo mientras abría la boca sobre sus labios y comenzaba a juguetear con la lengua.

Entonces, deslizó las palmas de las manos por sus costados, por sus caderas y después hacia su cintura de nuevo y allí se detuvo y la agarró para alzarla y sentarla sobre la encimera para que estuvieran a la misma altura. Terese lo rodeó con las piernas cuando él se las separó para poder meterse en medio y pegarse a ella de nuevo.

Terese tuvo un pensamiento fugaz sobre el decoro, o la falta de decoro en aquella posición, pero desapareció en cuanto otros muchos pensamientos, mejores pensamientos, se abrieron paso en su cabeza. Y los sentimientos. Y las sensaciones.

Una vez más, sus manos cobraron voluntad propia y le acarició la espalda y los costados y después recorrió su torso duro y ancho. Los besos de Hunter eran cada vez más frenéticos, mientras ella tenía la sensación de que no podía acariciar lo suficiente su magnífico cuerpo que el trabajo del rancho había esculpido a la perfección.

Y sin pensar en nada más que en el puro deseo de liberarse de cualquier interferencia, le sacó la camisa de los pantalones. En cuanto lo hizo, pasó las manos por debajo de la tela y comenzó a acariciar la seda que cubría el acero de sus músculos sobre su espalda desnuda y Hunter siguió su ejemplo. Tiró de su blusa y se la sacó de los pantalones vaqueros.

Entonces, Terese sintió sus manos grandes, fuertes, cálidas y encallecidas acariciándole la carne y notó cientos de diminutos dardos de deseo en el cuerpo mientras él la recorría.

Terese arqueó la espalda y dejó que sus pezones chocaran contra el pecho de Hunter, insinuándole una necesidad que no sabía si él entendería.

Pero pareció que sí, porque mientras la sujetaba con una mano por la espalda, con la otra tomó uno de sus pechos y satisfizo aquella necesidad.

El único defecto era el sujetador de Terese. Incluso aquel pequeño triángulo de encaje sobraba y ella fue feliz cuando Hunter lo apartó y tomó el globo hinchado de su seno en la palma de la mano.

Entonces, él dejó sus labios y recorrió su cuello regándoselo de besos hasta que llegó al lóbulo de su oreja y se lo mordisqueó y después se lo acarició con el filo de los dientes antes de seguir el camino de besos hasta llegar al hueco de su garganta mientras no dejaba de acariciarle el pecho y pellizcarle suavemente el pezón.

Estaba volviéndola loca de deseo. La estaba llevando tan alto que ella comenzó a fantasear sobre librarse de la ropa. Sobre desabotonar la camisa de Hunter. Sobre deslizársela por aquellos hombros enormes. Sobre desnudarle el pecho ante su mirada, para sus manos, para su boca. Sobre desabrocharle la cremallera de los pantalones, el botón de la cintura…

Pero fue entonces cuando sus viejas dudas la asaltaron de nuevo y le advirtieron que si la ropa de Hunter caía al suelo como ella quería que cayera, su ropa la seguiría. Y eso no sólo lo dejaría desnudo a él, sino que ella quedaría expuesta también.

Y ella no creía que pudiera hacerlo.

No, cuando acababan de pasar tanto tiempo hablando de su mujer.

Su bella mujer.

—Espera —dijo Terese de repente, cuando notó que él comenzaba a desabrocharle el sujetador.

Él se detuvo instantáneamente y posó las manos en su cintura.

—Creo que sería mejor que nos tomáramos las cosas con más calma —dijo ella.

No podía mirarlo a la cara y conseguir resistirse a él, así que bajó la mirada y la cabeza y Hunter apoyó la frente sobre ella.

—Justo cuando yo quería tomármelas con más alegría… —respondió él en un tono persuasivo, burlón.

—Sobre todo en este momento —respondió ella—. Johnny está arriba y nosotros estamos aquí abajo y mañana es un gran día y…

—Y estás un poco asustada y azorada —añadió él. Sabía la verdad.

—Un poco —confirmó ella, suavemente.

Él le besó la cabeza y se detuvo un instante, hasta que por fin cedió y le sacó las manos de debajo de la camisa.

Entonces la agarró de la cintura y la bajó del mostrador. Con un suspiro de resignación, le dijo:

—Vamos, será mejor que te acompañe a la cabaña antes de que intente convencerte de otra cosa.

La tomó de la mano y ambos salieron hacia la cabaña.

Durante todo el camino, Terese tuvo que luchar contra la desilusión porque él hubiera hecho exactamente lo que ella le había pedido.

Cuando llegaron a la puerta, Terese la abrió y siguiendo el mismo modo de actuación de las noches anteriores, entró y se volvió hacia él. La diferencia estuvo en que en aquella ocasión, él no titubeó a la hora de acariciarle la mejilla con las puntas de los dedos, tan dulcemente que Terese se estremeció.

—Bueno, pues aquí estás, sana y salva —le dijo Hunter, mirándola con sus ojos de color ámbar, con una sonrisa de indulgencia dibujada en su magnífica boca.

—Gracias —respondió ella. Sin embargo, no sentía ni una pizca de agradecimiento, porque el deseo de estar entre sus brazos para hacer lo que estaban haciendo unos momentos atrás era demasiado insoportable.

Y como si lo supiera, él le dijo:

—¿Estás segura?

Terese no lo estaba. ¿Cómo iba a estarlo, si lo deseaba tanto?

Sin embargo, se descubrió repitiendo algunas de sus excusas.

—Johnny… Halloween…

—Tienes miedo.

Terese sonrió y estuvo a punto de rendirse. Pero finalmente, no lo hizo.

En vez de eso, dijo:

—Nos veremos mañana.

Él suspiró y se rió suavemente.

—Sí, hasta mañana. Buenas noches, bella princesa.

Entonces, Terese también se rió.

—Buenas noches.

Cuando Hunter se alejaba de la cabaña, ella tuvo que luchar contra el impulso de detenerlo, pero se obligó a entrar y a cerrar la puerta en vez de quedarse observándolo, como las demás noches.

Pero incluso sin mirarlo, su imagen le ocupaba toda la mente.

Estaba en su cabeza y en su sangre.

Hacía que la sangre le corriera caliente y salvaje por las venas, con todo lo que él acababa de despertar en ella.

Lo único que deseaba era tener coraje para permitir que Hunter la calmara y la satisfaciera…

Capítulo 7

Como Hunter se marchaba a Europa el sábado, hizo la maleta el viernes por la mañana. Mientras la hacía, Willy estaba trabajando en el rancho y Terese hizo unas alcachofas guisadas para contribuir a la cena en casa de Willy y Carla, antes de llevar a Johnny a pedir caramelos por las casas del vecindario.

Johnny le estaba haciendo compañía a su padre en la habitación. El niño ya se había puesto su disfraz de superhéroe, aunque la fiesta de la guardería no fuera hasta por la tarde. Estaba sentado sobre la cama, botando ligeramente, porque estaba demasiado emocionado como para quedarse quieto.

A pesar de todo, Hunter decidió aprovechar la oportunidad para hablar con el pequeño.

—Así que te parece bien que Terese se quede aquí contigo mientras yo no estoy ¿verdad? —le preguntó Hunter a su hijo mientras metía unos zapatos en la maleta.

—Sí —confirmó Johnny.

—¿Y te parece bien que te acompañe al médico la semana que viene?

—¡Pero sin agujas! —advirtió el pequeño.

—Sin agujas —le aseguró Hunter—. Por lo menos, para ti. A Terese le tienen que hacer un análisis de sangre, pero a ti sólo te harán una revisión, así que no tienes por qué preocuparte.

—Entonces, de acuerdo. Iré y le agarraré la mano a Terese mientras le sacan la sangre.

Hunter sonrió ante la valentía de su hijo cuando se trataba del análisis de otra persona.

—Estoy seguro de que eso la ayudará mucho —le dijo a Johnny y volvió al tema que quería tratar con él—. Sabes que Willy y Carla también estarán cuidándote. Willy vendrá todos los días, como siempre.

—Lo sé.

—Y tendrás que hacer tus tareas como todos los días, sin que tengan que decírtelo y ayudar a Willy si lo necesita.

—Mmm.

Hunter se detuvo un instante después de poner unos cuantos calcetines en la maleta.

—¿Me estás prestando atención, hijo? ¿O sólo estás pensando en Halloween?

El niño sacudió la cabeza rápidamente.

—Estoy prestando atención. Terese me va a cuidar y Willy y Carla estarán aquí como siempre.

—Muy bien. Pero si no quieres que Terese se quede, podemos volver al plan del principio y que se queden sólo Willy y Carla…

—No, me gusta el plan nuevo. Me cae muy bien Terese.

Hunter había estado más preocupado a medida que se acercaba el día de su marcha, porque quizá Johnny podría tener dudas o inseguridades por quedarse al cuidado de alguien a quien no conocía desde hacía demasiado tiempo. Pero no parecía que aquél fuera el caso.

—Te gusta mucho Terese, ¿verdad? —le preguntó a Johnny.

—Sí —respondió su hijo—. Es muy simpática y divertida y huele muy bien.

—Ya veo —dijo Hunter. En silencio, convino con su hijo en lo bien que olía Terese.

—¿Y a ti, te gusta Terese? —le preguntó entonces Johnny.

—Sí, claro —respondió y no tuvo que pensarlo demasiado. Era algo que tenía presente muy a menudo últimamente. Era cierto que le gustaba Terese. Mucho. Quizá más de lo que debería.

—Entonces, ¿podemos quedárnosla?

Hunter se quedó inmóvil en mitad de la tarea de plegar una camisa.

—¿Que si podemos quedárnosla? —preguntó Hunter.

—Sí ya sabes, cuando vuelvas del viaje y todo eso, ¿podemos quedarnos con Terese?

—Bueno, no —respondió Hunter, sorprendido por la pregunta, sin saber muy bien qué decir—. Terese no es una mascota, ¿sabes?

—Sí, lo sé. Es una señora. Pero podría quedarse aquí y jugar conmigo y leerme y hacer más galletas y pollo y puré de patatas.

—Pues… no. Sólo está aquí de visita. Terese tiene un trabajo, otra gente a la que conoce y tiene que ver y otras cosas que hacer. No puede quedarse aquí a jugar contigo y a hacer la comida para siempre. Sólo está pasando una temporada con nosotros.

Aquel «*nosotros*» le resonó en los oídos. Terese no estaba allí para pasar tiempo con él; estaba en el rancho para pasar tiempo con Johnny. Pero por algún motivo, Hunter se había olvidado de aquel detalle.

Y recordarlo no cambiaba para nada el hecho de que él estaba disfrutando tanto de la estancia de Terese como su hijo.

Lo cual era algo que probablemente no debiera ser así.

—¿Eso significa que cuando tú vuelvas de tu viaje Terese se marchará y no volveremos a verla? —preguntó Johnny frunciendo el ceño ante aquella posibilidad.

—No —respondió Hunter. Pero no respondió tan rápidamente ni con tanta confianza como lo había hecho antes, porque se dio cuenta de que en realidad no sabía lo que iba a ocurrir con Terese cuando él volviera.

—¿Vendrá y se quedará de nuevo con nosotros?

—No lo sé —respondió Hunter, sinceramente.

—¿Vendrá algunas veces, como Carla y Willy?

—Quizá.

—Pero Terese no vive tan cerca como ellos, así que no será fácil que venga. Creo que debería quedarse en la cabaña para siempre —concluyó Johnny—. Yo le haré dibujos para que los cuelgue, porque le encantan y dice que son obras de arte. Entonces, le encantará la cabaña y se quedará.

«*No pensarías eso si supieras de dónde viene*», pensó Hunter, al recordar de repente que había una gran diferencia entre el lugar del que provenía Terese y el rancho, una gran diferencia entre su vida y la de Terese, una gran diferencia entre el camino que seguirían cada uno de ellos.

Pero no quería pensar en todo aquello en aquel momento. Se marchaba en menos de veinticuatro horas, e iba a estar fuera dos semanas.

—Vamos a concentrarnos en el día de hoy, en esta noche y en el viaje, ¿de acuerdo?

Y aquello era exactamente lo que él iba a hacer. Se concentraría en aquel día que iba a pasar con Johnny y con Terese. En aquella velada, que pasaría cenando con Terese, con Johnny, con Willy y con Carla. Y en aquella noche, cuando Johnny estuviera dormido y cuando él estuviera a solas con Terese.

Oh sí, aquél era un pensamiento mucho más agradable que plantearse de dónde provenía Terese y a donde se dirigían desde aquel punto.

—Pero, ¿cómo vas a ser la princesa si te quitas la corona? —razonó Johnny mientras Hunter aparcaba aquella tarde.

Mientras entraban en el aparcamiento de la guardería, Terese se había quitado la corona que había estado llevando todo el día para agradar a su sobrino. No quería llevarla dentro de la escuela.

—Seré la princesa de nuevo después de la fiesta —le dijo.

—Pero es una fiesta de Halloween —señaló Johnny.

—Pero es para los niños, no para los mayores —intervino Hunter mientras paraba el motor.

—Te prometo que en cuanto nos marchemos, me pondré otra vez la corona y no me la quitaré durante el resto del día —añadió Terese mientras se desabrochaban los cinturones de seguridad y salían de la camioneta.

—Está bien —cedió finalmente Johnny con un mohín.

Sin embargo, aquel mohín no duró demasiado, porque Johnny vio a su amigo y gritó:

—¡Mikey!

Después, salió corriendo hacia él.

—¡Cuidado con los coches! —le dijo Hunter.

Pero Johnny ya había llegado hasta su amigo y su madre, que los guió por el aparcamiento.

Mientras Terese y Hunter los seguían, Hunter se inclinó ligeramente hacia ella y le dijo:

—Eres muy paciente con él.

—¿Estás de broma? Cree que soy como una princesa de cuento y quiere incluirme en la segunda mejor fiesta del año…

—La mejor es Navidad —le explicó Hunter, como si Johnny no lo hubiera explicado varias veces ya.

—Me siento halagada y emocionada —añadió Terese.

Hunter la observó atentamente durante un instante, como si estuviera maravillado por algo. Después, dijo:

—Verdaderamente, ¿estás emocionada porque quiera incluirte en la mejor fiesta del año? ¿Aunque eso signifique que te pida constantemente que lleves la corona en público?

—Sí, estoy emocionada. Me parece que es señal de que le caigo bien y eso es muy agradable.

—Oh, puedes estar segura de que le caes muy bien —dijo Hunter, como si él supiera algo que ella desconociera. Después, suspiró y le preguntó—: ¿Entramos?

—Cuando tú quieras.

Cuando entraron, el vestíbulo de la escuela estaba abarrotado de niños disfrazados y padres. Johnny se unió a ellos en aquel momento, con la cara iluminada de excitación.

—Se supone que vosotros vais a la cafetería y yo a mi clase. Después nosotros entraremos y haremos un desfile para los mayores. Así que Mikey y yo nos vamos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Hunter, pero no apartó la vista de su hijo hasta que el niño entró en el aula.

Después, Hunter le señaló la cafetería a Terese y los dos hicieron lo que Johnny les había dicho.

En la cafetería, los adultos estaban alineados junto a la pared, de manera que el centro quedara libre para el desfile que daría comienzo a la fiesta.

A los pocos minutos, una de las profesoras entró en la cafetería y apretó el botón de la máquina de discos para que sonara una música animada y los niños comenzaron a desfilar por toda la sala para que los adultos pudieran verlos.

Los niños estaban muy contentos y muchos de ellos actuaban como los personajes de los que iban disfrazados.

Terese pensó que eran adorables. La pura alegría y la inocencia de aquellos pequeños de cuatro años era algo que ella no había presenciado nunca y se deleitó viendo la exhibición casi tanto como los niños en su celebración.

Después del desfile hubo juegos y después, se sirvió la merienda.

Más tarde, cuando terminó la fiesta, Terese, Hunter y Johnny fueron a casa de Willy y Carla, una casa de madera blanca construída al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando se necesitaban hogares nuevos para los soldados que regresaban a casa y para sus esposas.

El interior estaba decorado con muebles de pino y sofás tapizados de color azul y marrón y resultaba tan acogedor que Terese se sintió como en su casa en cuanto entró por la puerta principal.

La cena fue sencilla. Las alcachofas guisadas que había hecho Terese sirvieron de acompañamiento a la carne asada, las patatas y la salsa de Carla. Había también ensalada y panecillos. Terese era la única de la mesa que llevaba corona, pero Johnny estaba muy contento y aquello era lo que contaba.

Después de la cena, Hunter y Terese llevaron al niño de puerta en puerta. El tiempo cooperó, porque aunque hacía frío, no había viento y el ritmo rápido de Johnny al caminar hizo que todos entraran en calor con facilidad.

El pequeño podría haber continuado pidiendo caramelos durante toda la vida, pero finalmente Hunter se puso firme y le dijo que tenían que volver a casa de Willy y de Carla.

Allí, vaciaron sobre la mesa de la cocina el saco que Johnny había conseguido llenar de dulces para inspeccionarlos antes de que Johnny pudiera tomar alguno.

Mientras los adultos comprobaban el cargamento de Johnny, el niño se quedó dormido en el sofá.

—Parece que por fin Halloween ha podido con él —susurró Terese.

—Será mejor que nos lo llevemos a casa —dijo Hunter.

—No —intervino Willy—. ¿Por qué no lo dejáis a dormir aquí? Tenemos ropa limpia que se dejó la última vez que se quedó y yo lo llevaré conmigo mañana cuando vaya a recogerte para llevarte al aeropuerto. Entonces podrás despedirte de él.

Hunter miró a su hijo de nuevo mientras consideraba aquel ofrecimiento.

—¿No os importa tener un invitado repentino?

—Ya sabes que no —dijo Carla—. Déjalo dormir.

Hunter se encogió de hombros.

—Bueno, si estáis seguros…

Con aquello terminó la velada y después de meter todos los dulces de Johnny en el saco de nuevo, Terese y Hunter se despidieron y se marcharon.

Solos.

Pero Terese no quería pensar en aquello.

Como si el hecho de hablar pudiera servir de carabina, cuando se dirigían a casa, Terese comentó:

—Pobre Johnny. Después de todo el día esperando los caramelos, se ha dormido antes de poder comerse ni siquiera uno.

Hunter se rió.

—No te preocupes, se resarcirá por ello. Tendrás que escondérselos y racionárselos, porque si no se los comerá todos a la vez y se subirá por las paredes.

«*Mientras tú estás fuera…*» Terese no quiso pensar en que Hunter se marchaba y en que no iba a verlo durante dos semanas.

Aquel pensamiento la desanimaba mucho, aunque pudiera quedarse con Johnny.

—Si quieres quitarte ya la corona de princesa, no se lo diré —le prometió Hunter en aquel momento y la sacó de su ensimismamiento.

Ella se quitó la corona y se peinó con los dedos.

—Bueno, ¿te ha gustado Halloween? —le preguntó Hunter mientras lo hacía.

—Me ha encantado —respondió Terese. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza el recuerdo de que él se marchaba.

No parecía que Hunter se diera cuenta del humor sombrío de Terese. Él siguió hablando de Halloween.

—¿Cómo solías pasarlo antes? —le preguntó.

Terese se rió.

—Como cualquier otro día. Los estudiantes no lo mencionaban en clase y en mi casa… bueno, los niños no pueden venir a pedir caramelos porque tendrían que atravesar la verja y recorrer tres kilómetros de camino dentro de la finca hasta llegar a la puerta.

—¿No daban fiestas de Halloween en el club de campo, o algo así?

—No. Conozco a gente que las organiza para sus hijos, pero a mí no me invitan.

Hunter la miró brevemente. Después fijó los ojos en la carretera de nuevo.

—¿Sabes? Hay una cosa que dijiste hace un par de días que me tiene intrigado.

—¿Qué es?

—Cuando te dieron la cita para el análisis de sangre, dijiste que no creías que importara que llevaras el gen de la hemofilia porque probablemente nunca te casarías ni tendrías una familia.

—Ah…

—No dejo de preguntarme por qué dijiste una cosa como ésa.

Terese se encogió de hombros.

—Por experiencias pasadas —dijo, sencillamente.

—¿Qué tipo de experiencia te haría pensar que nunca te casarás ni tendrás hijos?

—Una vez estuve comprometida —respondió ella, después de tomar aire—. Con un profesor de Historia. Fue hace cinco años. Nos conocimos en una reunión de la universidad. Se llamaba Dean Wittiker.

—¿Y Dean Wittiker y tú hicisteis buenas migas?

—Sí. O al menos, eso creía yo. Me pareció un poco extraño que me pidiera que saliera con él, porque era un tipo extremadamente guapo. No me parecía lógico que quisiera una cita conmino cuando podía conseguir a cualquier mujer atractiva.

Hunter dejó escapar un exagerado suspiro.

—No te fustigues más, Terese —le ordenó.

—Bueno, sólo estaba relatando los hechos.

—Entonces, saliste con él —dijo Hunter, para recordarle que siguiera con la historia.

—Al principio lo rechacé unas cuantas veces, pero al final le dije que sí y salimos a cenar. Fue muy agradable. Teníamos una conversación fluida e interesante y muchas cosas en común. Es decir, parecía que teníamos muchas cosas en común.

—¿Qué significa eso?

—Que cuando todo terminó, no supe qué era lo que había sido real y qué había sido parte de su engaño. Salimos durante seis meses y yo terminé por enamorarme de él. Él me dijo que me quería y durante un tiempo creí que había encontrado a mi alma gemela. Entonces, él me pidió que me casara con él y yo acepté.

—¿Y qué ocurrió?

—Celebramos una fiesta de petición de mano. Fue un evento muy grande. Yo no quería que fuera algo así, pero estaba en tal estado de… júbilo que me dejé llevar. El mundo era de color de rosa.

—¿Y entonces?

—La fiesta ya había durado horas. En un momento determinado, me di cuenta de que había perdido de vista a Dean hacía un buen rato, así que fui a buscarlo.

—No me digas que te lo encontraste con otra…

—En realidad sí, pero no en una situación comprometida. El mayordomo me dijo que el señor Wittiker estaba en la biblioteca, así que fui a buscarlo allí. La puerta estaba entreabierta y antes de entrar escuché parte de una conversación. Dean estaba hablando con su hermano. Bueno, estaba discutiendo con él.

—¿Por ti?

—Más o menos. Su hermano no quería que se casara conmigo.

—¿Por qué no le parecía bien?

—Porque conocía a Dean. Su hermano sabía que tenía una relación con otra mujer y que no estaba dispuesto a acabar con ella. Iba a casarse conmigo sólo porque tenía unas enormes deudas por préstamos que le había hecho la universidad y a su amante le ocurría lo mismo. Así que habían decidido que sería fácil que él se casara con una rica. El plan era conseguir sacarme todo el dinero posible y después divorciarse y quedarse con la mujer a la que de verdad amaba.

Por el rabillo del ojo, Terese vio que Hunter sacudía la cabeza.

—Siento haber preguntado. Supongo que lo echarías de casa.

—¿Con la casa llena de invitados y periodistas de la crónica social? No podía. Aguanté el resto de la fiesta con la mejor cara posible y después le dije lo que había oído. Al principio lo negó, pero después aceptó que yo no iba a casarme con él.

—¿Y no hiciste que nadie lo echara de casa?

—No. Él se fue por sus propios medios. Después, tuve que decírselo a mi familia…

—¿Por qué me da la impresión de que eso fue igualmente duro?

—Eve y mi madrastra pensaban que debí haber seguido adelante con la boca. No les sorprendió que la causa por la que Dean quisiera casarse conmigo fuera mi dinero. Me dijeron que sería la única razón por la que un hombre querría casarse conmigo. Eve me dijo que tendría que comprarme un marido si quería tenerlo.

—Ese Dean era un completo idiota y alguien debería haberle roto la cara. Pero no me parece que tu hermana y tu madrastra sean mucho mejor que él.

—No sirven precisamente para apoyar a los demás —admitió Terese con una risa forzada.

—¿Y por eso no te gusta la idea de casarte? Tienes miedo de que la persona que se case contigo lo haga por tu dinero. O piensas que nunca podrías estar segura de que no fuera así…

—Sinceramente, nunca se me había ocurrido que eso tuviera algo que ver en las decisiones de Dean —admitió Terese—. Supongo que fui muy ingenua. Pero ahora… ahora tengo los ojos abiertos y sé que es algo muy importante como para no influir en la situación.

Hunter sacudió la cabeza, pero Terese no estuvo segura de si era un gesto negativo o de comprensión hacia ella.

—Lo siento mucho, Terese.

—Tú no tienes la culpa de nada.

—Lo sé. Pero siento que te hicieran eso. Y que tu propia familia… Tú te mereces algo mejor —le dijo y le acarició suavemente la mejilla.

Era extraño, pero tan sólo el roce de su mano consiguió calmar la mayor parte de los malos sentimientos que afloraban al hablar de Dean. Hacía que todo lo que había pasado con Dean pareciera menos importante. Al mirar la magnífica cara de

Hunter, Terese pensó que Dean sólo había sido un reflejo superficial de un hombre, pero que Hunter era un hombre real…

Algo de aquello hizo que se estremeciera. Hunter lo vio e interpretó el escalofrío como síntoma de que ella tenía frío, una vez que el motor del coche estaba apagado y la calefacción también.

Él le tomó la mano y le dijo:

—Vamos dentro, donde estés más caliente. Entonces, él salió de la camioneta y la rodeó para abrirle la puerta.

Ninguno de los dos dijo nada mientras caminaban hacia la cabaña. El silencio y el aire frío y limpio ayudó a Terese a aclararse la cabeza y cuando llegaron a la puerta, Hunter era todo lo que tenía en la mente. El hecho de que hubieran pasado juntos todo el día no había conseguido saciarla de él. Y mucho menos, teniendo en cuenta que no iba a verlo durante dos semanas.

Quizá el viaje fuera también lo que él tenía en la cabeza, porque mientras Terese abría la puerta de la cabaña, él dijo:

—¿Tienes alguna duda sobre lo que necesitas saber mientras yo estoy fuera?

—No, gracias. Con las listas que me has dejado, las instrucciones y los números de teléfono, creo que lo tengo todo claro.

—Supongo que sí —dijo él y apoyó el hombro en el quicio, como hacía cuando estaban a punto de despedirse.

Terese también estaba en la misma posición que las noches anteriores, pero no quería despedirse de él. Y no parecía que Hunter quisiera marcharse, tampoco. En vez de eso, repitió algo que ella ya sabía:

—Me marcho a las cinco de la mañana.

—Mmm, mmm.

—No tiene sentido que te levantes tan temprano, así que supongo que ya no te veré hasta que vuelva.

—Podría levantarme.

—Creo que eso sólo me haría más difícil marcharme —dijo Hunter, en voz baja.

—¿De verdad? —preguntó Terese, antes de haber reflexionado sobre el significado de aquellas palabras, sorprendida porque ella pudiera tener aquel efecto en él.

—Nunca había querido marcharme y separarme de Johnny pero de repente y hoy en especial, tampoco quiero separarme de ti.

—¿Porque no te fías de mí cuidando a Johnny?

—Claro que sí me fío. Pero Johnny no es al único al que voy a echar de menos.

Ella se estremeció de nuevo y él lo vio. O lo sintió.

—Esta noche estás destemplada —dijo él.

Entró en la cabaña y le puso ambas manos en los brazos. Se los frotó de arriba abajo para generar calor y ella intentó pensar qué podía decirle.

—Pero tienes que irte —le recordó, con un deje de lamentación en la voz.

—Sí, tengo que irme. Pero esta última semana… No sé. Me siento como si estuviera dejando más cosas atrás que las que habría dejado antes.

Terese no supo cómo responder a aquello tampoco y lo único que pudo hacer fue mirar su rostro perfecto y disfrutar del calor de su mirada.

Y mientras lo hacía, el tiempo se detuvo. El resto del mundo se retiró y lo único que permaneció fue Hunter. Y ella. Los dos solos, tan cerca que Terese percibía el olor de su loción de afeitar y veía la sombra de su barba en las mejillas y las pequeñas arrugas que el sol y la risa habían empezado a marcarle alrededor de los ojos.

Hunter dio un paso hacia delante en aquel momento y la besó sin titubeos. Sin timidez. Casi como si estuviera retomando las cosas donde las habían dejado la noche anterior, porque supiera que ella había lamentado terminarlas prematuramente.

Terese salió a su encuentro y lo correspondió, preguntándose si realmente quería rendirse y dejar que la naturaleza siguiera su curso.

Pero la respuesta estaba justo ante ella. La naturaleza era más fuerte que ella. Y sí, quería rendirse. Quería dejar de luchar contra lo que sentía por aquel hombre. Y eso era lo que iba a hacer aquella noche. Iba a dejar de resistirse.

Hunter había entrado en la casa y Terese, casi como en un acto reflejo, cerró la puerta.

El sonido hizo que Hunter mirara hacia arriba e interrumpiera el beso, con las cejas arqueadas inquisitivamente.

Una vez que había llegado tan lejos, Terese no sabía qué hacer. Ni qué decir.

Y entonces, Hunter sonrió con picardía.

—¿Significa eso que todavía tienes frío, o es una invitación?

—No tengo frío —dijo ella.

—¿Ni estás asustada esta noche?

Tal y como había estado la noche anterior, cuando había terminado bruscamente con lo que estaba ocurriendo entre ellos por sus dudas.

—Quizá un poco nerviosa —confesó Terese.

—¿Pero no lo suficiente como para mandarme a casa?

—No.

Él observó atentamente su rostro, como si quisiera estar seguro de que ella sabía lo que estaba haciendo.

—No quiero confundir las señales, así que voy a preguntártelo. ¿Me estás dando la oportunidad de quedarme esta noche?

Terese asintió.

—Si tú quieres… —dijo, casi imperceptiblemente.

Hunter se rió.

—¿Que si quiero? No quería dejarte salir de mi cocina anoche. Sí, quiero.

Su entusiasmo hizo que Terese también se riera.

—Entonces, de acuerdo.

Él continuó mirándola a los ojos, estudiando su rostro, memorizando sus rasgos. Su mirada era tan intensa que ella casi podía sentirla.

Entonces, Hunter la besó de nuevo. No en los labios, en aquella ocasión, sino en la mejilla, con un roce suave. Después le besó las cejas y la nariz. Y sólo entonces le besó los labios. Juguetonamente. Suavemente. Le dio besos cortos y castos, tan excitantes que cada uno de ellos intensificaba la impaciencia de Terese por sentir el siguiente.

Y entonces, él comenzó a alargarlos. A recrearse. A lamerle el labio inferior y después el superior y a intentar atraer con su lengua la de Terese.

Entonces, sus bocas se abrieron y sus besos se hicieron más profundos.

Él le quitó el abrigo y dejó que cayera al suelo.

A Terese le pareció buena idea, así que hizo lo mismo: le quitó la cazadora vaquera y la dejó caer.

Y una vez que comenzaron, siguieron besándose y desvistiéndose hasta que Terese se quedó tan sólo en braguitas y sujetador y él se quedó con los vaqueros. Hunter apagó la luz para que la luz de la luna que entraba por la ventana bañara la estancia y los iluminara suavemente mientras terminaban de desnudarse el uno al otro.

Entonces, él la tomó de la mano y la llevó junto a la cama y allí la besó, tomándose su tiempo, lenta y suavemente. Sin embargo, pese al ritmo tranquilo de aquellos besos, Terese no se sentía precisamente relajada. Quería conocer hasta el último centímetro del cuerpo de Hunter y quería que él conociera hasta el último centímetro del suyo.

Ella comenzó a acariciarle los hombros casi inconscientemente y sintió una sonrisa en los labios de Hunter mientras seguía besándola. La abrazó con fuerza y Terese sintió que sus pechos se aplastaban contra el fuerte torso masculino, donde los pezones endurecidos lo saludaron con insolencia. Ella también pudo sentir todo lo que Hunter la deseaba. Y durante todo aquel tiempo, Hunter no dejó de besarla, de provocarla con la lengua, mientras le acariciaba la espalda y la excitaba tan sólo con aquellas caricias.

Entonces, él hizo que ambos se tumbaran sobre la cama, Terese de espaldas y él sobre el costado, con su gran cuerpo sobre ella, de modo que pudiera tomar uno de los pechos de Terese en la palma de la mano.

Aquella mano poderosa, encallecida pero suave a la vez, conocía el punto intermedio entre la presión y la delicadeza, el punto perfecto para volverla loca. Mientras él la acariciaba y jugueteaba con su pezón, ella arqueó la espalda y separó sus labios de los de Hunter.

Él aprovechó para besarle el cuello y después la garganta y fue descendiendo hasta que su boca reemplazó a su mano. Caliente, húmeda, maravillosa. Él la hundió profundamente en una dulce oscuridad mientras pasaba la lengua por la punta sensible, dibujando unos círculos que la atormentaban.

Y por si aquello no fuera suficiente, comenzó a explorar su cuerpo con la mano, regando de suaves caricias su estómago, sus caderas, desde la parte superior del muslo hasta la rodilla y después hacia arriba de nuevo hasta que alcanzó el hueco que había entre sus piernas.

Terese no pudo contener un gemido y no pudo evitar encogerse bajo sus caricias, al sentir la suavidad con que los dedos de Hunter buscaban y encontraban aquella parte secreta y húmeda de su cuerpo y se deslizaban dentro y fuera de ella, avanzando con unos roces de seda que acabaron de construir todo su deseo e hicieron que la sangre corriera ardiendo por sus venas.

Ella se llenó las manos con su cuerpo gloriosamente masculino, dibujó la expansión de su espalda musculosa, sus pectorales perfectos, los tendones de sus muslos y las tensas colinas de su trasero y después, acarició la dura prueba de su deseo por ella, hasta que lo excitó tanto como él la estaba excitando a ella.

Entonces, Hunter se colocó sobre ella, encajó su cuerpo en aquella unión que su mano acababa de abandonar y capturó sus labios con la boca.

Fue una sensación tan asombrosa que Terese apenas podía respirar. Sentirlo sobre ella, dentro de ella, moviéndose con un ritmo y una fuerza cada vez mayores, era algo increíble.

Terese se colgó de su espalda mientras él la llevaba cada vez más alto, hasta que ella tuvo la sensación de que habían vencido a la fuerza de la gravedad. Hunter la elevó hasta la cumbre con una explosión de éxtasis. Aquel éxtasis la envolvió durante un interminable momento en el que lo único que existía era la sensación de estar unida a él, de formar un solo cuerpo con él.

Y después, la sensación se desvaneció mientras Hunter disfrutaba de una última oleada de placer, de una última embestida que lo hizo estremecerse. Terese absorbió y saboreó aquellos escalofríos.

Entonces, agotado, él se relajó y apoyó cuidadosamente su peso sobre ella.

Durante un tiempo permanecieron así, demasiado exhaustos como para moverse, mientras recuperaban la respiración.

Entonces, Hunter separó el torso de ella y se apoyó con los antebrazos sobre el colchón para darle un beso de ternura.

—Dime que estás bien —le pidió entonces.

Terese sonrió.

—Estoy bien —dijo ella. Y entonces añadió, con una expresión de petulancia—: Quizá incluso un poco mejor que bien.

Hunter se rió.

—¿Sólo un poco mejor que bien?

—Bastante bien, en realidad.

—Yo también —dijo él.

Entonces rodó hasta tumbarse de espaldas en el colchón e hizo que ella se acurrucara a su costado. La abrazó y la mantuvo pegada a su cuerpo.

—Me habré ido cuando te despiertes, ¿sabes? —le dijo entonces.

—Mmm —fue todo lo que le dijo Terese, porque aquello era lo último en lo que quería pensar.

—Pero llamaré todos los días.

—Mmm, mmm.

—Y volveré.

—Lo sé —dijo ella, manteniendo los ojos cerrados para poder seguir envuelta en la magia y el calor que desprendía la piel de Hunter bajo su mejilla.

—Y después ya veremos… —susurró él.

«*Y después, ya veremos*», pensó ella.

Sin reflexionar, realmente, sobre lo que significaba aquello.

Capítulo 8

Terese había pensado honestamente, que se despertaría cuando Hunter se levantara de la cama. Había querido despertarse para despedirse de él.

Pero cuando los ruidos que hacía Willy mientras trabajaba junto al establo y la voz de Johnny llamándolo penetraron en sus sueños, algo le dijo a Terese que no lo había conseguido.

Aun así, con la esperanza de que Willy y Johnny estuvieran recogiendo a Hunter para llevarlo al aeropuerto y ella pudiera verlo, abrió los ojos.

Sin embargo, los rayos brillantes del sol entraban a raudales por la ventana y el despertador decía que eran las ocho menos veinte.

Aquello significaba que Hunter se había ido ya. Y Terese ya había comenzado a echarlo de menos.

«*Pero volverá*», pensó mientras se levantaba.

Sin embargo, a la luz del día, el sentido común no pudo mantener por más tiempo sus dudas controladas. Su cabeza comenzó a llenarse de otros pensamientos.

Recordó que tenía razones para dudar. Años y años en los que su hermana y su madrastra le habían repetido una y otra vez que no tenía ningún atractivo y un compromiso con un hombre que le había dicho que había querido casarse con una mujer del montón por dinero.

Recordó también las promesas que se había hecho mucho tiempo atrás. Se había jurado que no vincularía su futuro a ningún hombre y mucho menos a uno tan guapo que podría conquistar a cualquier mujer. En aquel caso concreto, era un hombre que ya había estado casado con una mujer tan guapa como para ganarse la vida con su belleza.

Aquella reflexión tenía la fuerza suficiente como para anular los buenos recuerdos de la noche anterior, así que para cuando se hubo duchado y vestido, se estaba preguntando en qué había estado pensando para acostarse con Hunter.

Pero ya era demasiado tarde, se dijo, mientras experimentaba una sensación agobiante. Lo que había hecho ya no podía borrarse. Y lo mejor que podía hacer era prevenir más pérdidas.

Con aquella idea en mente, se hizo otro juramento. Mientras trasladaba sus cosas desde la cabaña a la habitación de invitados de la casa principal, se prometió que durante las próximas dos semanas dedicaría todas sus fuerzas y su concentración a su sobrino. Él era la razón por la que ella estaba en aquel rancho. Él era lo que importaba y a Terese le quedaba muy poco tiempo con él.

Y mientras disfrutara de aquel tiempo, haría todo lo posible por no pensar en Hunter. Intentaría olvidar la noche que habían pasado juntos.

No pensaría en lo que podría pasar cuando Hunter volviera…

Ni albergaría esperanzas de ningún tipo…

A Terese no le resultó difícil cumplir su promesa de dedicarle toda su energía a Johnny durante las dos semanas siguientes. El niño era como un juguete para Terese y ella disfrutó plenamente de cada minuto que pasó jugando a ser su mamá, incluso los momentos en los que Johnny estaba refunfuñón o demostraba que tenía una vena de obstinación.

De todos modos, aquellos momentos no eran frecuentes, porque durante la mayor parte del tiempo él quería agradarla a ella, tanto como ella quería agradarlo a él. De hecho, el niño ni siquiera protestó cuando el miércoles de la primera semana, los dos tuvieron que ir a sus citas con el médico. Johnny se portó muy bien e hizo todo lo que pudo por apoyar a Terese cuando el médico le estaba haciendo el análisis de sangre para comprobar si llevaba el gen de la hemofilia.

Pese a todo aquello, Terese no podía olvidarse de Hunter.

No quería pensar en él, ni echarlo de menos, ni imaginarse cómo sería que él no volviera a casa sólo por Johnny sino también por ella. Algunas veces, pese a que se esforzaba mucho, no conseguía detener aquellos pensamientos, sobre todo debido al hecho de que él llamaba todos los días.

Terese se aseguraba de que Hunter estuviera hablando casi todo el tiempo con Johnny y mantenía con él unas conversaciones breves e impersonales.

Sin embargo, cuando pensaba en él, Terese no bajaba la guardia y se recordaba continuamente que no habían hablado de lo que iba a ocurrir cuando él volviera. No había habido ninguna insinuación de que las cosas serían distintas porque hubieran hecho el amor. Y lo único que había dicho Hunter había sido «*Después, ya veremos*», lo cual, ciertamente, no era ninguna promesa.

Hunter iba a volver aquel sábado, dos semanas después de haberse marchado. El día anterior a su vuelta, Terese tenía otra cita con el médico para conocer el resultado del análisis de sangre. Así que, después de llevar a Johnny a comer a su restaurante favorito de hamburguesas, los dos fueron al Hospital General de Portland otra vez.

Mientras estaban sentados en la sala de espera, sólo había otra pareja cerca, en el pasillo. Ella los reconoció a los dos. Eran la misma pareja a la que había visto la noche que Hunter y ella habían ido a la reunión de la Asociación de Padres Adoptivos.

La mujer llevaba su uniforme de enfermera y en aquella ocasión tenía en las manos un montón de carpetas de expedientes y Terese recordó que Hunter le había dicho que se llamaba Nancy. Recordó también el nombre de la tarjeta de identificación que el hombre llevaba en la solapa: *Everett Baker*.

De nuevo, Terese se dio cuenta de que no podía evitar escuchar la conversación que mantenían, puesto que la sala de espera estaba muy silenciosa.

—No lo entiendo —decía la enfermera—. Creía que las cosas iban bien entre nosotros y de repente, comienzas a marcar las distancias.

—Es sólo que he estado… bueno ya sabes cómo es esto… he tenido mucho trabajo y otras cosas… —dijo el hombre tímidamente, buscando las palabras adecuadas. No parecía el mismo de la barra del restaurante.

—Te he visto en la cafetería un par de veces, con la mirada perdida. ¿Estás bien? —insistió la enfermera.

—Muy bien, muy bien. Todo va bien.

—Porque si te ocurre algo, yo soy muy buena escuchando. Quiero decir, que si quieres hablar de ello…

Aunque Terese estaba intentando no mirar directamente a la pareja, tuvo la impresión de que el hombre tenía la tentación de abrirse a la enfermera. Incluso comenzó a decir algunas frases antes de interrumpirse, como si estuviera reprimiendo el impulso de decir más.

Entonces, finalmente, dijo:

—No, no necesito hablar de nada en particular. Pero he echado de menos tu compañía —añadió—. Y si he herido tus sentimientos, lo siento.

—No es eso. Es sólo que espero que estés bien.

—Bien, estoy bien —repitió él—. De hecho, estoy tan bien que quizá pudiéramos cenar juntos una noche de esta semana, si no tienes planes.

Aquello animó considerablemente a la enfermera.

—No, no tengo planes —dijo—. ¿Qué te parece mañana?

El hombre y la mujer quedaron para cenar aquel sábado, pero aun así, Terese tuvo la impresión de que a él le ocurría algo, porque su entusiasmo se desvaneció rápidamente, como si no estuviera seguro de si había hecho lo correcto. Era algo extraño, porque el hombre se acercaba y después se alejaba, tanto verbal como físicamente, a la enfermera. Parecía que quería estar con ella, pero que también lo temía.

Finalmente, la pareja hizo sus planes mientras Terese continuaba fingiendo que no oía nada.

Después, el hombre le dijo a la mujer que tenía que hacer una llamada y se marchó. La enfermera vio a Johnny y se acercó a saludarlo y a preguntarle qué estaba haciendo con las piezas de construcción de juguete que había llevado a la consulta.

Terese se sintió aliviada por no tener que seguir escuchando una conversación privada y oyó a su sobrino explicarle a la enfermera que estaba haciendo un establo como el que tenía su padre para guardar los caballos.

Everett Baker veía la sala de espera desde el rincón en el que se había escondido y durante un momento, observó a Nancy mientras charlaba con el pequeño.

¿Habría hecho lo correcto al quedar con ella para cenar de nuevo?

Era cierto que había intentado mantenerse a distancia de ella, porque estaba muy preocupado de que lo descubrieran. Pero había una parte de él que no podía resistirse al dulce atractivo de Nancy.

Quizá no fuera tan malo, se dijo. Quizá pudiera mantener separadas las cosas. Y ella era una buena fuente de información que él podría usar para su propio beneficio.

Sintió una punzada de culpabilidad por pensar en utilizar a Nancy pero no le prestó atención. «*En el amor y en la guerra, todo vale*», pensó.

Nancy terminó de hablar con el niño y siguió su caminó, así que Everett se escondió aún más en el rincón y marcó un número de teléfono en su móvil. Cuando respondieron al otro extremo de la línea, Everett se volvió hacia la pared y sin identificarse, preguntó:

—¿Has hecho la entrega?

La confirmación le llegó en el mismo tono rápido y despiadado que él había usado y como era todo lo que él necesitaba saber, colgó rápidamente.

Después se volvió y se metió el teléfono móvil en el bolsillo. No pudo evitar que una sonrisa petulante se le dibujara en los labios.

Así que la entrega de los óvulos, maduros para la fecundación, había sido un éxito. Bien.

Y él iba a ver a Nancy de nuevo la noche siguiente. Aquello también era estupendo.

Estaba siendo un buen día para Everett Baker. Y nadie se lo merecía más que él. Al menos, eso pensaba Everett.

—¿Señora Warwick? Pase, por favor. El doctor la atenderá ahora —le dijo la enfermera de la consulta del médico.

Cuando Terese y Johnny entraron en su despacho, el doctor alzó la vista de sus papeles y les indicó que se sentaran frente al escritorio.

Después de intercambiar unos saludos con ellos, el médico fue directamente al grano.

—Acabo de estudiar los resultados de su análisis de sangre —le dijo a Terese—. Y me alegro mucho de poder decirle que no tiene usted el gen de la hemofilia.

Aquello fue un alivio para ella y se lo dijo al doctor.

Pero entonces, el médico la sorprendió.

—Pero hay más noticias.

—¿De veras?

—No se alarme, está usted bien. Muy sana, diría yo. Es sólo, que cuando pedí el análisis al laboratorio, indiqué que fuera exhaustivo para estar completamente seguros de que no tiene usted el gen de la hemofilia. Y eso incluye una prueba de embarazo.

—¿Una prueba de embarazo? —preguntó Terese débilmente, intentando entender el nuevo rumbo que había tomado la conversación.

—Sí. Y espero que sean buenas noticias para usted, porque la prueba dio positiva.

—¿Positiva? ¿Cómo puede ser eso? Quiero decir, mi… —de repente, se dio cuenta de que Johnny estaba a su lado y dijo—: Ni siquiera tengo un retraso. No me toca hasta dentro de uno o dos días.

—El análisis de sangre es más fiable que el de orina. Detecta las hormonas incluso en los primeros días de la concepción. Y aunque los niveles son bajos, lo cual indica que está en el primer estadio, está usted embarazada.

Terese notó que se le secaba la boca. No daba crédito a lo que había oído.

—No puede usted hablar en serio —le dijo al médico.

—Sí, se lo he dicho en serio —respondió él.

—¿No puede haber un error? ¿Un cambio de resultados, o algo así?

—Somos muy cuidadosos —le aseguró el doctor. Ya no estaba tan seguro de que acabara de darle una buena noticia a su paciente, pero aquello no cambiaba la realidad—. Espero que pueda darle la enhorabuena, porque no hay duda. Va a tener un bebé.

Terese condujo de vuelta al rancho totalmente anonadada.

No podía dejar de pensar en que estaba embarazada.

Siempre había creído que aquélla era una parte de la vida que no iba a experimentar. Después de lo que le había ocurrido con Dean y del dolor que aquello le había causado, era como si hubiera anulado todas sus esperanzas y sus sueños de tener una familia. Era algo que había terminado por aceptar. No le gustaba, pero lo aceptaba.

Pero aunque le resultara increíble, se había quedado embarazada. Iba a tener un hijo. El hijo de Hunter.

—¿Terese? Ya hemos llegado. ¿Vamos a salir del coche?

Terese había estado distraída durante todo el camino. Sólo había prestado la atención justa a las cosas como para llevarlos con seguridad hasta el rancho. No sabía cuánto tiempo llevaba sentada allí antes de que la pregunta de Johnny la avisara de que habían llegado.

Entonces, intentó fingir que todo era normal.

—Bueno, vamos a entrar en casa. Parece que Willy y Carla ya han llegado. Carla iba a traer la cena hoy —le dijo al niño, con un entusiasmo fingido.

—¡Y también dijo que iba a hacer una tarta de calabaza! Espero que la haya hecho.

—¿Por qué no vas a preguntárselo? Yo me voy a quedar aquí durante un minuto —le dijo Terese.

Johnny aceptó la sugerencia. Se quitó el cinturón, bajó del coche y entró en la casa mientras Terese lo observaba.

Sabía que debía seguirlo. Sabía que debía entrar en la casa, cenar con Willy, Carla y Johnny y al día siguiente, ir a buscar a Hunter al aeropuerto con los demás. Y tenía que hacerlo como si nada hubiera cambiado.

Pero para ella, había cambiado todo. ¡Estaba embarazada de Hunter! Hunter, que volvía al día siguiente. ¿Cómo iba a manejar aquel asunto? ¿Se suponía que tenía que encontrarse con él en el aeropuerto y anunciarle que iba a ser padre por segunda vez? Hunter pensaría que estaba loca.

¿Y qué más pensaría?

Aquella pregunta no podía ignorarla.

¿Qué pensaría Hunter? ¿Cómo iba a reaccionar? ¿Qué iba a hacer?

Su parte optimista quería pensar que se emocionaría y la abrazaría. Pero su parte realista no lo creía.

No había lazos entre ellos y el hecho de que hubieran pasado la noche juntos no constituía ningún compromiso. Lo único que Hunter había dicho después de pasar la noche con ella había sido «*Después, ya veremos*».

Teniendo en cuenta todo aquello, ¿era probable que él se emocionara al saber que estaba embarazada? ¿Era probable que la tomara entre sus brazos e hiciera que todos sus sueños se convirtieran en realidad?

Terese no lo creía. O al menos, no creía que él lo hiciera por voluntad propia, alegremente.

Conocía lo suficiente a Hunter como para saber que él no rehuiría ninguna responsabilidad y mucho menos, la responsabilidad de tener un hijo. Así que se sentiría obligado a casarse con ella. Y en aquellas circunstancias, ¿no se sentiría atrapado? Si Hunter se casaba con ella, sería sólo porque debía hacerlo.

Aquel pensamiento la dejaba helada. ¿Qué iba a hacer?

Podría contarle a Hunter que iban a tener un bebé, pero decirle también que no estaba interesada en el matrimonio y que no necesitaba su ayuda financiera, que no esperaba nada de él.

Pero, ¿y si él no hacía caso de todo aquello e intentaba convencerla para que se casaran, de todos modos?

Sería tan tentador…

Terese no quería ponerle nombre a lo que sentía por Hunter, pero los sentimientos, aun así, eran muy fuertes. Y Hunter tenía a Johnny. Sería tan maravilloso formar parte de aquella pequeña familia…

Pero también sabía que si cedía a la tentación, siempre sabría que Hunter no estaba con ella por ninguna de las razones que ella desearía. Terese sabría que

Hunter no la quería de verdad. Sabría que su matrimonio sería vacío, superficial, una cáscara vacía que ella se había jurado que no tendría nunca.

—Por lo tanto, sólo me queda una opción… —se dijo en voz alta, en el silencio del coche. No dejar que Hunter supiera que iba a tener un bebé. Considerarlo su bebé y nada más que suyo. Entonces, Hunter no se sentiría atrapado por la responsabilidad. No lo sabría y para él, la ignorancia sería la alegría.

Aquello sería mucho mejor que atarlo en un matrimonio con una persona a la que no quería. Una persona que nunca podría estar a la altura de su esposa anterior.

No era la solución perfecta y no era una solución de la que Terese se enorgulleciera. Pero en aquel momento le parecía que era lo mejor para todo el mundo. Ella tendría un bebé que nunca había pensado que tendría y estaría agradecida, durante el resto de su vida, por el regalo que le había hecho Hunter. Y Hunter sería libre para buscar otra mujer cuando estuviera preparado, que le hiciera sentir todas las cosas que su primera esposa le había hecho sentir.

—Pero aún tengo que pasar esta noche y el día de mañana —se recordó.

Y no sabía cómo podría pasar aquel tiempo fingiendo que no se había enterado de la noticia más importante de su vida.

No sabía cómo iba a enfrentarse a Hunter, cómo iba a mirarlo a los ojos y cómo iba a actuar con normalidad, como si entre ellos no hubiera ocurrido nada monumental.

Así que sólo había una cosa que pudiera hacer.

Entraría en el rancho y les diría a Willy y a Carla que había ocurrido algo en su casa y que tenía que marcharse inmediatamente. Ellos se quedarían a cuidar de Johnny. Terese sabía que no habría problema. Y ellos también recogerían a Hunter al día siguiente, en el aeropuerto. Y entonces, sus vidas continuarían tal y como habían sido antes de que Hunter y ella se conocieran.

Pero la idea de dejar a Johnny de repente, le encogió el corazón. Y el pensar que quizá no volviera a verlo le dolió aún más. Demasiado como para aceptarlo.

Ella volvería a ver a Johnny.

Podría arreglar las cosas para verlo a solas y Hunter no se enteraría de que estaba embarazada. Y si lo averiguaba por alguna casualidad, ella podría decirle que el bebé era de otro.

Tampoco era la solución perfecta, pero esperaba que funcionara, porque no podía imaginarse la vida sin volver a ver nunca a su sobrino.

Decidió que haría lo que tuviera que hacer para que las cosas funcionaran. Inspiró profundamente y después dejó escapar el aire con lentitud.

Un bebé. Iba a tener un hijo.

Haría lo que fuera necesario, porque aquello le causaba una intensa punzada de dolor al pensarlo.

Capítulo 9

El avión de Hunter aterrizó a las tres y cinco de la tarde del sábado. Cuando llegó a la recogida de las maletas, se quedó sorprendido al no ver a Terese esperándolo con Johnny, Willy y Carla.

—Se ha ido a su casa —le dijo Carla cuando les preguntó dónde estaba—. Ayer, cuando volvió de su cita con el médico, hizo que Johnny entrara en casa solo y después, cuando ella entró un poco más tarde, nos dijo que había ocurrido algo y que tenía que marcharse. Nos preguntó si podíamos quedarnos a cuidar a Johnny por la noche y recogerte hoy sin ella. Después hizo las maletas, estuvo despidiéndose de Johnny y se marchó antes de cenar.

—Quizá haya ocurrido algo en su casa —dijo Hunter, como si no fuera para tanto el hecho de que Terese no estuviera allí.

Pero para él sí era importante. No dejó de pensar en ello durante todo el trayecto de vuelta al rancho, incluso mientras les contaba a los demás su viaje. No dejó de pensar en ello durante la cena, ni siquiera dejó de pensar en ello cuando bañaba a Johnny y le leía el cuento antes de acostarlo.

Hunter no volvió a mencionar el nombre de Terese y no hizo más preguntas hasta que Johnny la mencionó por sí mismo, mientras Hunter lo estaba arropando en la cama.

—Ojalá Terese todavía estuviera aquí —dijo el niño.

—Yo creía que iba a estar —respondió Hunter—. Al menos, hoy. ¿Te dijo algo de por qué tenía que irse?

Johnny sacudió la cabeza.

—No, pero estaba triste. Estaba llorando cuando se despedía de mí y me dijo que iba a echarme muchísimo de menos.

—¿Te dijo que te vería de nuevo?

—Yo le dije que no quería que se fuera, pero ella dijo que tenía que hacerlo y que iba a intentar verme otra vez, pero que quizá tardaría un poco. Dijo que no quería que la olvidara y que me mandaría cartas.

Hunter dudó sobre si hacer la siguiente pregunta que le rondaba la cabeza. Había tenido mucho cuidado de no permitir que las cosas entre Terese y él alcanzaran a las emociones. Pero como lo habían hecho, era mucho más difícil de entender por qué se había marchado sin despedirse de él, sin dejarle ni siquiera una nota para explicarle qué había sucedido. Así que tuvo que preguntar.

—¿Dijo algo sobre mí? ¿No te dio ningún mensaje que se te haya olvidado?

—No —dijo Johnny.

A Hunter se le ocurrió algo más, e incluso aunque pensaba que era descabellado que su hijo pudiera saber la respuesta, hizo otra pregunta.

—¿Sabes qué le dijo ayer el médico? ¿Le dio malas noticias?

—Sí, le dio noticias. Eso fue lo que le dijo el médico. Que tenía noticias.

—¿Entraste en el despacho del médico con ella?

—Sí. Terese me había dicho que sólo era una consulta, así que podía acompañarla. Y el médico le dijo que tenía noticias.

—¿Y te acuerdas de cuáles eran esas noticias?

—Sí, lo oí. No tiene lo mismo que yo, la hemolilia y va a tener un bebé.

Hunter no estaba seguro de haber entendido bien.

—¿Que no tiene el gen de la hemofilia y qué más?

—Que va a tener un bebé —repitió Johnny, que claramente no tenía ni idea de lo importante que era aquella información.

—¿Un bebé?

—Ella también se quedó sorprendida, pero el médico le dijo que el análisis de sangre lo decía muy pronto, o algo así y que enhorabuena. Entonces, Terese se quedó muy rara y no habló casi nada durante el viaje de vuelta a casa. Después se marchó.

A Johnny se le cerraron los ojos como si tuviera los párpados demasiado pesados y se tumbó de lado, completamente ajeno a la bomba que acababa de soltarle a su padre.

—Ahora tengo que dormirme —dijo, y lo hizo.

—Está bien. Que duermas bien —murmuró Hunter, inclinándose para darle un beso a su hijo.

Después salió de la habitación. Se sentía como si hubiera tenido una venda en los ojos.

¿Terese estaba embarazada?

¿Podría tener razón Johnny o habría entendido mal las cosas? Quizá el médico hubiera dicho algo de que Terese no tenía que preocuparse a la hora de tener un bebé porque no tenía el gen de la hemofilia.

Pero Johnny también había dicho que el médico le había dicho a Terese que los resultados de los análisis podían indicar muy pronto si estaba embarazada. Y que el doctor le había dado la enhorabuena…

Hunter llegó al salón y se dejó caer sobre el sofá, mirando al horizonte. ¿Terese estaba embarazada? ¿Podría haber sucedido la noche anterior a que él se marchara? ¿Lo habría detectado el análisis tan pronto?

Quizá ella tuviera una relación con otro hombre antes de que ellos se conocieran.

Pero al pensarlo se dio cuenta de que no podía ser así. Él sabía lo mucho que había sufrido y que por causa de aquel sufrimiento rehuía las relaciones. También

sabía que Terese no era de la clase de mujer que tendría relaciones sexuales superficiales. No. Si estaba embarazada, aquel bebé era suyo.

Pero… ¿cómo era posible?

Era cierto que no habían usado ningún método anticonceptivo. Y una noche sin protección era suficiente, admitió.

Y si el médico había dicho que el análisis de sangre podía detectarlo tan pronto…

Terese podía estar embarazada de él.

Pero por mucho que se lo repitiera, no podía creerlo.

De todas las cosas en las que había pensado Hunter durante su viaje, aquélla no se le había ocurrido. Y había pensado mucho en Terese. Casi constantemente, casi tanto como había pensado en Johnny.

Había pensado en lo buena que Terese era con el niño y en lo mucho que él disfrutaba en su compañía. Y en lo guapa que era, lo creyera o no. Y también en lo fácil que era hablar con ella y en lo bien que había encajado en su familia. En cómo había despertado muchas cosas que habían permanecido dormidas en su interior durante mucho tiempo.

Y por supuesto, había pensado mucho en la noche que habían pasado juntos y en lo increíble que había sido.

Pero nunca había pensado en que ella pudiera haberse quedado embarazada aquella última noche.

Embarazada.

Hunter se pasó las manos por el pelo. Se tumbó en el sofá, con la cabeza sobre un cojín y se quedó mirando al techo. Embarazada.

Él también había pensado mucho en lo que ocurriría cuando volviera a casa. Terese se tendría que marchar y él se sentiría muy mal por no poder verla tan a menudo. De hecho, cada vez que había pensado en su marcha había intentando encontrar una solución para continuar lo que había empezado entre ellos. Pero no lo había conseguido.

Y en aquel momento, ella se había marchado, él estaba allí solo y todo se había complicado mucho más de lo que sería pedirle que fueran al cine o a cenar, o que hiciera algo con Johnny y con él, o que los visitara los fines de semana.

Embarazada…

Terese iba a tener un hijo suyo. Pero si estaba embarazada de él, ¿por qué no estaba allí, contándoselo? De repente, se enfadó. ¿Por qué se había ido sin decírselo? ¿Por qué se había ido sin darle ni siquiera una pista de lo que había ocurrido y de qué quería que ocurriera a partir de aquel momento?

Si él iba a ser padre de nuevo, tenía derecho a saberlo. Tenía derecho a saber en qué punto se encontraban. ¿En qué demonios estaba pensando Terese para marcharse así? ¿Qué estaba sintiendo?

Aquel último pensamiento hizo que la cólera que había sentido se aplacara.

¿Qué estaba sintiendo Terese?

Seguramente, estaba tan conmocionada como él. Pero, ¿era feliz?

¿Y él? ¿Era feliz con aquella noticia?

Un bebé. Un hermano o una hermana para Johnny…

Margee y él siempre habían querido tener más hijos y habían pensado en adoptar al menos un segundo bebé y quizá un tercero. Pero entonces, Margee había muerto y él había tenido que aceptar que Johnny sería el único hijo que tendría. Y en aquel momento, parecía que aquello no era cierto y que tenía que probar aquella nueva posibilidad como si fueran un par de botas nuevas.

Y no le desagradaba nada la idea. De hecho, cuanto más lo pensaba, más le gustaba.

Terese y él iban a tener un hijo… Sin embargo, se le ocurrió que en realidad no existía un «*Terese y él*». Y aquello lo desanimó un poco.

Terese y él no eran una pareja. No habían hablado de un futuro juntos, ni habían establecido ningún tipo de compromiso. Sólo eran dos personas vinculadas por Johnny sin otros lazos. Salvo el bebé que iban a tener.

Hunter no sabía a donde se dirigían desde allí. Ni siquiera sabía a donde quería ir.

El techo no tenía respuestas para él, así que se incorporó y volvió a sentarse para no mirar a nada en particular mientras intentaba aclarar sus sentimientos.

Y en aquel momento, supo que no quería que Terese estuviera en el rancho de la manera que había estado antes. Quería que estuviera en su casa, en su cama, en su vida. Quería que estuviera con él, ayudándolo a criar a Johnny y a su nuevo hijo.

Pero había un camino muy largo entre el lugar del que provenía Terese y su rancho, se recordó Hunter. El rancho era modesto y rústico, mientras que ella estaba acostumbrada a vivir en una impresionante mansión, en una finca enorme con sirvientes, chóferes, jardineros y más comodidades de las que él podría proporcionarle nunca.

Así que quizá ella no quisiera vivir allí…

Sin embargo, Hunter tampoco creyó aquello, de la misma manera que no había creído que el bebé pudiera ser de otro.

A Terese no le había importado nada quedarse en aquel rancho de repente, pese a que fuera algo muy diferente a lo que ella estaba acostumbrada. Al menos, no le había importado por una temporada corta. ¿Sería diferente para vivir allí?

Hunter no lo creyó así, al recordar que habían ido a un picnic en el que Terese se había comido un malvavisco con tierra para hacer feliz a Johnny y al recordar que había cocinado, feliz, en su modesta cocina. Y recordó que no se le habían caído los anillos cuando había tenido que ayudar a Johnny a hacer sus tareas y que parecía que disfrutaba estando en casa, charlando con Carla y Willy.

Terese tenía una sencillez que le permitía pensar a Hunter que a ella no le importaría dejar atrás la riqueza y su círculo social si él se lo pedía.

Pero, ¿y sus propios votos sobre no dejar que la relación con una mujer lo apartara nunca de Johnny?

Las cosas no habían sido así con Terese. Por mucho que ella hubiera llamado su atención, que hubiera estado presente en sus pensamientos, nunca lo había apartado de Johnny. Hunter había seguido haciendo las mismas cosas que siempre había hecho con su hijo y Terese, sencillamente, había sido incluida en ellas.

De aquel modo, Johnny no había perdido nada, sino que lo había ganado. Había ganado la atención de Terese, su amor y su afecto.

No, Terese no le había quitado nada a la vida de Johnny sino que más bien le había dado mucho. Por aquella razón, probablemente, Johnny estaba tan feliz con ella y quería quedársela, tal y como le había dicho antes de que Hunter se fuera de viaje. *Quedársela*.

Eso era lo que quería él también. Quería quedársela para él y para su hijo. Con bebé o sin bebé.

Hunter se levantó del sofá y fue directamente al teléfono.

No podía despertar a Johnny y llevárselo, así que necesitaba que Willy y Carla fueran al rancho a cuidarlo mientras él estaba fuera.

Después de arreglarlo todo con ellos, subió las escaleras de dos en dos, se dio una ducha y se cambió de ropa.

Durante todo el camino se preguntó si podría conseguir que Terese volviera al rancho aquella misma noche.

Capítulo 10

—¡Por fin! Pensé que ibas a llegar tarde otra vez.

Cuando Eve Warwick abrió la puerta principal de la mansión, quedó claro que no esperaba encontrarse a Hunter en el umbral. Él tampoco se quedó entusiasmado al verla, pero tenía mejores modales que Eve y no demostró sus emociones, al contrario que ella.

En la cara de la mujer, completamente maquillada, se formó un gesto de desdén y dijo:

—Usted otra vez.

—Eso me temo —confirmó Hunter.

—Está haciendo que lamente haber accedido a una adopción abierta.

—Relájese. No he venido a verla a usted —le informó él, sin miramientos—. He venido a ver a Terese —añadió y entró al vestíbulo sin ser invitado, obligando a Eve a apartarse al pasar.

—El banco de sangre del hospital tiene que haber repuesto ya las reservas de AB negativo y usted no necesita un donante directo —respondió la mujer.

—No es por su sangre. Es un asunto personal. Quiero hablar con Terese.

—Bien, déjeme pensar. Es sábado por la noche… ¿dónde puede estar Terese? ¿Habrá salido y estará rodeada de hombres que miran embobados su preciosa cara? No, eso no parece propio de Terese. Mmm… oh, sí, ahora que lo recuerdo, está en la biblioteca. Sola, como siempre.

—¿Quiere decirle que estoy aquí, o prefiere explicarme cómo llegar hasta la biblioteca?

—Tengo una cita y están a punto de recogerme. La biblioteca está al final del pasillo, en la tercera puerta a la izquierda. Por favor, sorpréndala.

Hunter no podía sorprender a Terese porque ella estaba escuchando la conversación desde la biblioteca, cuya puerta estaba entreabierta y se había dado cuenta de que Hunter estaba en la casa.

Sin embargo, no había salido de la biblioteca. Se había quedado allí escondida, preguntándose qué podía hacer.

Tan sólo el hecho de saber que estaba tan cerca hacía que se le acelerara el corazón, pero no podía permitirse perder la compostura. Tenía que recordar en todo momento por qué se había marchado del rancho. Estaba embarazada y no quería que él lo supiera, no quería que le ofreciera un futuro sólo por el bebé.

Hunter llamó suavemente. A los pocos segundos, la puerta se abrió por completo y allí estaba él.

—¿Puedo pasar?

Terese intentó fingir que estaba sorprendida.

—Hunter, ¿de dónde vienes? —le preguntó devorando desde el primer instante su imagen, la primera que veía en dos semanas.

Alto, delgado, vestido con unas botas, unos pantalones vaqueros y un jersey negro de cuello alto con una chaqueta vaquera, estaba incluso más guapo de lo que ella recordaba, si aquello era posible.

—Tu hermana me ha dicho dónde podía encontrarte.

Entró por completo en la habitación y cerró tras él. Después se apoyó en la puerta como si quisiera bloquearles el paso a otras personas.

Durante un largo instante permaneció allí, observándola con atención.

Su escrutinio no sirvió precisamente para tranquilizar a Terese, aunque no estaba preocupada por cómo iba vestida. Llevaba el pelo recogido en una coleta y se había puesto unos pantalones grises perfectamente aceptables y una chaqueta de color chocolate para estar en casa. Sin embargo, no parecía que a él le importara mucho su vestimenta. Terese tuvo la sensación de que sus ojos buscaban algo que estaba más allá de las apariencias.

Cuando ya no pudo soportar más el silencio, preguntó:

—¿Está bien Johnny?

Hunter tardó unos momentos en responder y antes de hacerlo, asintió.

—Johnny está bien. Está profundamente dormido en casa, con Carla y Willy. Ni siquiera sabe que me he ido.

—¿Y todo lo demás va bien? —le preguntó Terese, intentando no encogerse bajo la intensidad de su mirada de color ámbar.

—No. No todo va bien —dijo él, en tono significativo—. He llegado hoy impaciente por veros a Johnny y a ti, pero tú no estabas. Te habías ido, sin ni siquiera decirme adiós.

—Ha ocurrido algo —dijo ella, demasiado rápidamente, deseando que se le hubiera ocurrido alguna buena excusa de antemano. Sin embargo, no se había esperando ver tan pronto a Hunter, así que no había pensado nada. Sobre todo, teniendo tantas cosas en la cabeza.

—Me preguntaba si el médico te había dado malas noticias —le dijo entonces Hunter—. Pero Johnny me ha dicho que no tienes el gen de la hemofilia.

—No, ha sido un alivio —confirmó ella.

Sin embargo, al mismo tiempo comenzó a preocuparse de que Johnny hubiera podido contarle más cosas sobre la visita al médico. Y se preguntó cómo no se le había ocurrido que su sobrino podía contar lo que había escuchado el día anterior. Todo lo que había oído.

—También me ha dicho que tenías buenas noticias —confirmó Hunter.

Y en aquel momento, por su tono de voz, Terese supo que Hunter sabía que el médico le había dicho que estaba embarazada.

Se quedó helada.

Permaneció sentada allí, muy quieta, notando cada latido de su corazón.

—Ya sabes que Johnny sólo tiene cuatro años —le dijo Hunter—. No siempre entiende bien las cosas. Así que… ¿qué te parece si te digo lo que él me contó y tú me dices si es cierto?

Terese no pudo seguir sentada un segundo más. Se levantó y se acercó a la chimenea como si tuviera que atizar el fuego y no dijo nada que pudiera animar a Hunter.

—¿Terese? —le dijo él tras unos instantes, cuando estuvo claro que Terese ya no tenía que avivar más el fuego.

«*No vas a poder evitarlo*», se dijo Terese. «*Tendrás que pasar por ello de la mejor manera posible*».

Tomó aire profundamente y se volvió hacia Hunter.

—Johnny me dijo que el médico te había dado la noticia de que ibas a tener un bebé.

Terese cerró los ojos. Y sin saber qué otra cosa podía hacer, respondió:

—Parece que esta vez, Johnny sí entendió bien.

—Entonces, ¿estás embarazada? —le preguntó Hunter con la voz muy baja.

—Según el médico, el análisis de sangre puede detectar una elevación de los niveles de hormonas desde los primeros días de la concepción.

—¿Y cuando tú lo averiguaste, saliste corriendo? —le preguntó él, sin dar crédito.

—Yo no lo veo así.

—¿Y cómo lo ves?

Terese se encogió de hombros.

—Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Ha sido la impresión más fuerte que he tenido en mi vida. Pero sobre todo, no quería que tú sintieras ningún tipo de… obligación.

—Obligación —Hunter repitió la palabra como si fuera algo absurdo—. ¿Y no se te ocurrió pensar que yo podría sentir otras muchas cosas?

—¿Como por ejemplo?

—Por ejemplo, que podría sentirme feliz.

—¿Feliz porque una noche impulsiva haya dado lugar a un embarazo no planificado? ¿Y conmigo, de entre todas las personas del mundo? No, definitivamente, no se me ocurrió pensar eso.

—¿Contigo, de entre todas las personas?

—Sí, conmigo. No es que me eligieras de entre una multitud, o me conocieras en una fiesta y pensaras «*Ésta es la mujer de mi vida*». Yo soy la mujer del montón a la

que dejaste entrar en tu vida a causa de unas circunstancias desafortunadas y en tu casa porque te sentías obligado después de que donara la sangre para Johnny.

Hunter la miró durante un largo momento, antes de sacudir la cabeza sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Está bien. Posiblemente, así es como empezaron las cosas. Pero no es así como han terminado. Tú eres la única persona a la que me he sentido cercano desde hace dos años y he pensado en ti durante cada minuto del día desde que te vi por primera vez. Tú eres la única persona con la que me siento yo mismo, la persona que ha hecho que me sintiera vivo de nuevo. La única persona a la que he deseado…

Terese no sabía que él se había sentido así. Hunter se lo había explicado con sinceridad, como si fuera cierto y ella quería creerlo, deseaba creerlo más que ninguna otra cosa en el mundo. Pero ella sabía que él sabía que estaba embarazada y le resultaba difícil.

—Pero tú querías una noche, no un bebé que te atara a mí para siempre —insistió.

—¿Pensabas que era una aventura de una noche?

—No estaba pensando —confesó ella—. Sólo estaba… sintiendo. Me dejé llevar y tú también. Ésa es la cuestión.

—Pero después yo me he pasado dos semanas sin ti y lo he visto todo con claridad. ¿Sabes? Eso es lo que ocurre cuando te das cuenta de que echas tanto de menos a una persona que casi no puedes pensar en otra cosa. No podía dormir por las noches porque quería que estuvieras a mi lado y todo, la comida, el sol en la cara, el olor del aire, hacía que recordara algo de ti. He estado contando las horas que faltaban para llamar a casa y oír tu voz y los días que faltaban para verte. Todo eso ha ocurrido porque me he dado cuenta de que quiero mucho más que una aventura de una noche.

—Pero no un bebé.

Aquello hizo que él sonriera con ironía.

—Está bien, un bebé es algo un poco extremo. Pero eso no significa que sea algo malo. No cambia nada de lo que pienso, siento y quiero.

—Tú has vuelto a casa pensando en que quizá podríamos quedar para vernos después de que yo me marchara del rancho, no en tener un hijo conmigo. Eso lo cambia todo.

—En realidad, después de que mi hijo de cuatro años me dijera que voy a ser padre de nuevo —dijo Hunter, en tono de burla—, he pensado mucho en todas las cosas que cambia un bebé. Sin embargo, sé que hay cosas que no va a cambiar. No va a cambiar el hecho de que yo no quiera tener sólo unas cuantas citas contigo. Quiero que vuelvas al rancho, que estés allí conmigo y con Johnny todos los días. Quiero que estés en nuestro rancho y en nuestras vidas.

De nuevo, Terese quiso creerlo. Pero no tenía ninguna experiencia con alguien que la hubiera querido por sí misma, así que dijo:

—Por el bebé.

Al oírlo de nuevo, Hunter sacudió la cabeza con resignación.

—No. Por ti —dijo, pronunciando cada sílaba con énfasis.

Se alejó de la puerta y se puso directamente frente a Terese.

—Sé lo que estás pensando —le dijo—. Sé que estás pensando en aquel tipo que te dijo que te quería a ti cuando lo que en realidad quería era tu dinero. Sé que estás pensando que yo he venido a decirte que te quiero a ti porque estás embarazada. Pero te equivocas. Johnny y yo queríamos quedarnos contigo antes de que esto ocurriera.

—¿Quedaros conmigo?

—Fue la frase que utilizó Johnny. Cuando estaba haciendo las maletas para el viaje, él me preguntó qué iba a ocurrir cuando yo volviera y me dijo que quería quedarse contigo. Y cuando más lo pensaba, más claro tenía que yo quería lo mismo. Y el motivo es que estoy enamorado de ti, Terese. Con o sin embarazo.

Él estaba tan cerca que Terese percibía claramente su olor limpio y sentía su calor. Pero más que pensar en lo que tenía frente a ella, Terese comenzó a pensar en lo que sabía de aquel hombre.

Hunter Coltrane no era el mismo tipo de persona que Dean Wittiker. Y no sólo por el hecho de que trabajara para conseguir lo que tenía y porque ella había comprobado que el dinero no le interesaba. Hunter era un hombre sin falsedades. Era un hombre totalmente honesto, sencillo, con un carácter fuerte y unos valores sólidos. Y aunque también era un hombre que podría sentirse obligado a hacer lo correcto con ella y con el bebé, no le habría dicho cosas que no pensara.

Así que si a Terese le resultaba difícil creerlo, pensó, era algo que tenía más que ver con ella y con lo que le habían inculcado su hermana, su madrastra y también Dean.

Sin embargo, pese a darse cuenta de aquello, seguía resultándole difícil aceptar que aquel hombre tan asombrosamente guapo y atractivo pudiera estar enamorado de ella.

—Repítelo —susurró.

—Estoy enamorado de ti —repitió él, claramente.

—¿Estás seguro? —le dijo.

Hunter se rió.

—Nunca he estado tan seguro de algo. Cuando llegué y vi que no estabas esperándome en el aeropuerto, con los demás y me enteré de que te habías ido, sentí un agujero dentro de mí. Y eso sólo puede ser por una cosa, Terese, porque te quiero.

—Yo también te quiero —dijo ella, permitiéndose admitirlo por primera vez. Permitiéndose sentirlo por completo.

Entonces, Hunter se acercó a ella y la abrazó. Mientras la miraba a los ojos fijamente, con una gran sonrisa, arqueó las cejas.

—¿Un bebé? —le preguntó, casi riéndose.

—Un bebé —confirmó ella y se permitió también sentir toda la alegría que aquello le causaba.

—Sé que hicimos magia aquella noche, pero no sabía cuánta —le dijo Hunter.

Después, la besó y volvió a provocar aquella magia que transformó aquel beso casto en algo ardiente.

Sin previo aviso, la pasión estalló entre ellos, pese a la confusión que los había llevado a aquel punto, pese al lugar en el que estaban y aunque aquello no fuera sensato.

Hunter comenzó a desabotonarle la chaqueta y ella le quitó la cazadora vaquera deslizándosela por los hombros. Entre besos hambrientos, se desnudaron y se tumbaron en la alfombra, junto al fuego y las manos de Hunter se reencontraron con el cuerpo de Terese, mientras ella a su vez, recorría cada centímetro de su piel.

Hicieron el amor allí mismo, en la biblioteca, sin pensar en otra cosa que en el otro, sin necesitar otra cosa que no fueran ellos. Y si Terese todavía tenía alguna duda de que ella era lo que quería Hunter, aquella duda no sobrevivió a la apasionada explosión que hizo temblar sus cuerpos unidos como si uno hubiera sido tallado a partir del otro.

La pasión que había comenzado con un beso los envió más alto cada vez…

Y cuando todo terminó y quedaron tumbados con los brazos y las piernas entrelazados y sus cuerpos desnudos bajo el brillo dorado de las llamas, Terese supo una cosa con toda certeza: que su sitio estaba entre los brazos de Hunter, que aquél era el lugar donde realmente quería estar.

—Te quiero —le dijo. Le besó el torso desnudo y después descansó la mejilla en aquel mismo lugar.

—Te quiero —respondió él—. Y quiero que vengas conmigo a casa esta noche. No puedo esperar a que nos casemos para tenerte allí.

Terese alzó la cara y lo miró.

—¿Vamos a casarnos?

—Sí, señora. ¿Qué creías que te estaba pidiendo?

—No recuerdo que me hayas pedido nada —le dijo ella, burlonamente.

—¿Quieres que me ponga de rodillas? —se ofreció él.

—Eso requeriría que nos moviéramos y no creo que tenga la energía suficiente.

—Está bien, entonces imaginemos que estoy de rodillas —le dijo Hunter y después carraspeó ligeramente—. Terese Warwick, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, quiero casarme contigo.

—¿Y vendrás conmigo a mi casa, lejos de tu mansión, a vivir con nosotros la vida sencilla de un rancho?

—Por favor —dijo ella, como si se lo estuviera suplicando.

—¿Y me ayudarás a criar a tu sobrino y a nuestro hijo y quizá a un par de ellos más después?

—Sólo si puedo llevar la corona de princesa todos los domingos.

—Si te tiene a ti como madre, es posible que Johnny quiera que la lleves todos los días.

Terese sonrió, mientras pensaba que aquel hombre y su hijo hacían que de verdad se sintiera tan bella como una princesa.

—Pero por el momento —dijo Hunter—, ¿qué te parece si dormimos un poco antes de hacer tus maletas e irnos a casa?

—Bueno, quizá dormir un poco no estaría mal —concedió ella.

Sin embargo, al ver cómo se le cerraban los ojos a Hunter, Terese no sintió sueño. En vez de dormir, se quedó muy quieta a su lado, deleitándose con toda su buena fortuna.

Deleitándose porque sabía que quería a aquel hombre y que él la quería a ella.

Porque sabía que quería a Johnny y que ya no tendría que vivir sin él.

Porque sabía que iba a tener un hijo.

Y porque sabía que aunque aún era un poco difícil de asimilar, había encontrado lo que siempre había querido y siempre había pensado que no podría tener: un hombre maravilloso y una familia propia.

Fin.